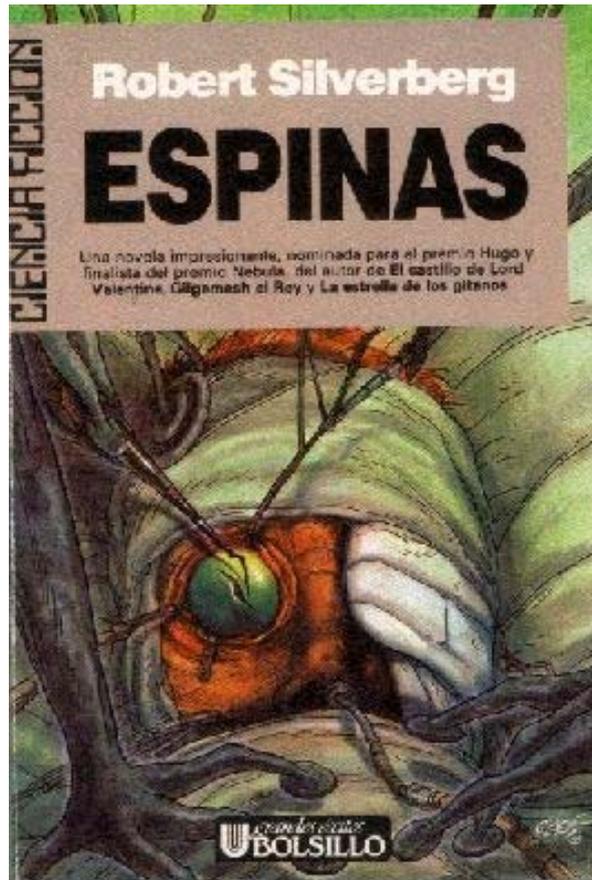


ESPINAS



Robert Silverberg

Título original: Thorns.
Traducción: Alberto Solé.
© 1967 by Robert Silverberg
© 1990 Ultramar Editores
Mallorca 49 - Barcelona
ISBN: 84-7386-551-0
Edición digital: Electronic_sapiens
Revisión: Letyquagliaro
R6 07/02

Para Jim y Juldy Blish

CAMILLA: Señor, deberíais quitaros la máscara.

DESCONOCIDO: ¿De veras?

CASSILDA: Desde luego. Ya ha llegado el momento. Todos nos hemos quitado nuestros disfraces excepto vos.

DESCONOCIDO: No llevo máscara.

CAMILLA: (Aterrorizada, en un aparte a Cassilda.) ¿No lleva máscara? ¿No lleva máscara?

El Rey de amarillo: Acto primero, Escena segunda.

1 - La canción que cantaron las neuronas

—El dolor es instructivo —dijo Duncan Chalk con voz sibilante.

Subió por los peldaños de cristal de la pared este de su oficina. El escritorio se encontraba en lo alto de la pared: esa caja de madera labrada era el centro de comunicaciones desde el que controlaba su imperio. Para Chalk no habría supuesto ningún problema subir la pared ayudado por el bastón de un gravitrón. Pero cada mañana se imponía a sí mismo esa escalada.

Iba acompañado por varias personas. Leontes D'Amore, el de los ágiles labios de chimpancé; Bart Aoudad; Tom Nikolaides, notable por sus hombros. Y otros más. Pero Chalk, que había aprendido una vez más la lección del dolor, era el centro focal del grupo.

La carne se agitaba y ondulaba en él. Dentro de aquella gran masa se encontraban los cimientos de los huesos, anhelando ser liberados. Doscientos setenta kilos de carne comprimían a Duncan Chalk. Su vasto corazón, de una textura parecida a la del cuero, bombeaba desesperadamente, inundando de vida los inmensos miembros. Chalk subió. La ruta hacía zigzags y retrocedía sobre sí misma a lo largo de quince metros de pared hasta llegar al trono situado en la cima. A lo largo del camino había retazos de hongos termoluminiscentes que brillaban con un fuerte resplandor, ásteres amarillos manchados de rojo que despedían pulsaciones de calor y brillantez.

En el exterior reinaba el invierno. Delgadas hebras de nieve recién caída se enroscaban en las calles. El cielo color plomizo empezaba a responder a la ionización matinal derramada en él por las grandes columnas diurnas. Chalk gruñía. Chalk trepaba.

—Señor, el idiota estará aquí dentro de once minutos —dijo Aoudad—. Actuará.

—Ahora me aburre —dijo Chalk—. De todas formas, le veré.

—Podríamos probar con la tortura —sugirió el astuto D'Amore, con una voz tan suave como el roce de una pluma—. Quizás entonces el don que tiene para los números resplandezca con mayor fuerza.

Chalk escupió. Leontes D'Amore se encogió como si le hubieran lanzado un chorro de ácido. La ascensión continuó. Manos pálidas y carnosas se extendían para aferrarse a los relucientes barrotos. Los músculos gruñían y palpitaban bajo las grandes losas de carne. Chalk iba fluyendo por la pared, sin detenerse apenas para descansar.

Los mensajes internos del dolor le aturdían y le deleitaban. Normalmente prefería recibir sus sufrimientos de segunda mano, pero esto era la mañana, y la pared era su desafío. Arriba. Arriba. Hacia la sede del poder. Trepó, peldaño a peldaño a peldaño, con el corazón protestando, los intestinos cambiando de posición dentro de la vaina de carne, los riñones estremeciéndose, sus mismos huesos flexionándose y doblándose bajo su carga.

A su alrededor esperaban los chacales de ojos brillantes. ¿Y si caía? Serían necesarios diez de ellos para levantarlo y ponerlo nuevamente en la pasarela. ¿Y si su corazón, presa de los espasmos, enloquecía en una salvaje fibrilación? ¿Y si sus ojos se vidriaban mientras le estaban mirando?

¿Se alegrarían mientras su poder se disipaba en el aire?

¿Conocerían la alegría mientras él perdía asidero, y la presa de hierro que mantenía sobre sus vidas se debilitaba?

Por supuesto. Por supuesto. Los delgados labios de Chalk se curvaron en una fría sonrisa. Tenía los labios de un hombre mucho más esbelto, los labios de un beduino quemado hasta los huesos por el sol. ¿Por qué no eran sus labios gruesos y húmedos?

El peldaño número dieciséis se alzaba ante él. Chalk lo subió. El sudor brotó hirviendo de sus poros. Se quedó inmóvil durante un segundo, suspendido, desplazando laboriosamente su peso de los dedos del pie izquierdo al talón del pie derecho. No había recompensa alguna en ser un pie de Duncan Chalk, y, desde luego, no había ningún placer en ello. Por un instante, se ejercieron tensiones casi incalculables a través del tobillo derecho de Chalk. Después, siguió avanzando, bajando la mano en un gesto salvaje al subir el último peldaño, como si cortara algo, y su trono se abrió alegremente para acogerle.

Chalk se hundió en el asiento que le esperaba y sintió cómo éste cuidaba de él. Las manos accionadas por micropilas se agitaron en las profundidades del material, apretándole y dando masaje, calmándole. Cuerdas fantasmales de alambre esponjoso se deslizaron por entre sus ropas para secar la transpiración de los valles y montículos de su carne. Agujas ocultas se abrieron paso por el epitelio, lanzando chorros de fluidos benéficos. El trueno de su corazón sometido a un ejercicio excesivo se fue calmando hasta convertirse en un rítmico murmullo. Los músculos que se habían abultado y llenado de nudos por el esfuerzo se relajaron. Chalk sonrió. El día acababa de empezar; todo iba bien.

—Señor, me asombra lo fácilmente que ha subido —dijo Leontes D'Amore.

—¿Piensas que estoy demasiado gordo para moverme?

—Señor, yo...

—La fascinación de lo difícil —dijo Chalk—. Es lo que hace girar el mundo sobre su eje.

—Traeré al idiota —dijo D'Amore.

—El idiota sabio —le corrigió Chalk—. No me interesan los idiotas.

—Por supuesto. El idiota sabio. Por supuesto.

D'Amore se deslizó por una abertura en forma de iris que había en la pared trasera. Chalk se reclinó en su asiento y cruzó los brazos sobre la lisa extensión de su pecho y su vientre. Sus ojos atravesaron el amplio golfo de la sala. La estancia era grande y de techo muy alto, un gran espacio abierto a través del cual flotaban los gusanos luminosos. Chalk sentía una vieja ternura hacia los organismos luminosos. Hágase la luz, la luz, la luz; si hubiera tenido tiempo para ello, quizá él mismo se habría encargado de la iluminación.

Muy por debajo de él, en el suelo de la habitación, allí donde había estado Chalk al empezar su ascensión de cada día, unas siluetas se movían diligentemente de un lado para otro, llevando a cabo la obra de Chalk. Más allá de las paredes de la estancia se encontraban otras oficinas que convertían en una colmena el edificio de forma octagonal del que esta sala era el núcleo. Chalk había construido una organización soberbia. Había logrado excavar un cómodo bolsillo de intimidad dentro de un cosmos grande e indiferente, pues el mundo seguía obteniendo su placer del dolor. Si las deliciosamente mórbidas excitaciones de contemplar los detalles de los crímenes de masas, la bajas de la guerra, los accidentes aéreos y cosas parecidas eran básicamente algo perteneciente al pasado, Chalk era perfectamente capaz de conseguir sustitutos más fuertes, más extremados y más directos. Incluso ahora trabajaba muy duro para darle placer a muchas personas, dolor a unas pocas, placer y dolor combinados para sí mismo.

El accidente genético le había diseñado de forma única para su tarea: un devorador de emociones que respondía al dolor y se alimentaba del dolor, que dependía de un suministro de angustia en estado puro, del mismo modo que otros dependían de un suministro de pan y carne. Era el representante definitivo de los gustos de su público, y

por ello era perfectamente capaz de abastecer las necesidades internas de ese vasto público. Pero, aunque su capacidad había disminuido con los años, seguía sin estar saciado. Ahora se abría paso delicadamente a través de los banquetes emocionales que ponía en escena, tomando aquí un pedazo bien fresco y allá un sangriento pastel de los sentidos, ahorrando su propio apetito para las más grotescas permutaciones de la crueldad, buscando siempre las sensaciones nuevas y terriblemente viejas.

—No creo que el idiota sabio sirva de mucho —dijo, volviéndose hacia Aoudad—. ¿Todavía sigues vigilando a Burris, el navegante estelar?

—Diariamente, señor. —Aoudad era un hombre flaco y austero, con unos muertos ojos grises y un aspecto que invitaba a confiar en él. Tenía las orejas casi puntiagudas—. Mantengo vigilado a Burris.

—¿Y tú, Nick? ¿La chica?

—Es aburrida —dijo Nikolaides—. Pero la vigilo.

—Burris y la chica... —dijo Chalk con voz pensativa—. La suma de dos agravios. Necesitamos un nuevo proyecto. Quizá... quizá...

D'Amore reapareció en una pequeña terraza que asomaba de la pared opuesta. El idiota sabio se encontraba junto a él, con una tranquila expresión de placidez en su rostro. Chalk se inclinó hacia delante, y su vientre se dobló, un pliegue sobre otro. Fingió interés.

—Éste es David Melangio —dijo D'Amore. Melangio tenía cuarenta años, pero su amplia frente carecía de arrugas y sus ojos eran tan confiados como los de un niño. Producía una impresión de palidez y humedad, como algo surgido de la tierra. D'Amore le había vestido elegantemente, con una túnica reluciente en la que había hebras de color hierro, pero el efecto resultaba grotesco en él; la gracia y la dignidad de aquel atuendo tan caro se perdían por completo, y sólo servían para subrayar todavía más la vacua inocencia de Melangio, más propia de un niño.

La inocencia no era algo por lo que el público fuera a pagar un gran precio. Ése era el negocio de Chalk: proporcionarle al público lo que exigía. Sin embargo, la inocencia unida a otra cosa quizá pudiese satisfacer las necesidades actuales.

Chalk jugueteó con el módulo del ordenador situado junto a su mano izquierda y dijo:

—Buenos días, David. ¿Cómo te encuentras hoy?

—La noche pasada nevó. Me gusta la nieve.

—La nieve pronto habrá desaparecido. Las máquinas la están derritiendo.

—Me gustaría poder jugar en la nieve. —Con voz melancólica.

—Te helarías de frío —dijo Chalk—. David, ¿qué día de la semana fue el 15 de febrero del año 2002?

—Viernes.

—¿Y el 20 de abril del año 1968?

—Sábado.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene que ser así —se limitó a decir Melangio.

—¿El decimotercer Presidente de los Estados Unidos?

—Fillmore.

—¿Qué hace el Presidente?

—Vive en la Casa Blanca.

—Sí, ya lo sé —dijo Chalk afablemente—. Pero, ¿cuáles son sus deberes?

—Vivir en la Casa Blanca. De vez en cuando, le dejan salir.

—¿Qué día de la semana fue el 20 de noviembre de 1891?

—Viernes. —Al instante.

—En el año 1811, ¿en qué meses cayó en lunes el quinto día?

—Sólo en agosto.

—¿Cuándo volverá a ser sábado el 29 de febrero? Melangio lanzó una risita.

—Eso es demasiado fácil. Sólo tenemos un 29 de febrero cada cuatro años, así que...

—De acuerdo. Explícame qué es un año bisiesto —dijo Chalk.

Inexpresividad.

—¿No sabes por qué existe, David?

—Señor, puede darle cualquier fecha en un período de nueve mil años empezando por el año 1 —dijo D'Amore—. Pero es incapaz de explicar nada. Pruebe con los informes meteorológicos.

Los delgados labios de Chalk se fruncieron en una mueca.

—Háblame del 14 de agosto del año 2031, David. La voz, débil y aflautada, respondió inmediatamente:

—Temperaturas frescas por la mañana, subiendo hasta los veintiocho grados a las dos de la tarde cuando actuaron los anillos de sobrecarga. A las siete de la tarde la temperatura había bajado hasta los dieciocho grados, donde permaneció hasta pasada la medianoche. Después empezó a llover.

—¿Dónde estabas tú ese día? —preguntó Chalk.

—En casa, con mi hermano y mi hermana y mi madre y mi padre.

—¿Fuiste feliz ese día?

—¿Eh?

—¿Te hizo daño alguien ese día? —dijo Chalk. Melangio asintió.

—Mi hermano me dio una patada aquí, en la espinilla. Mi hermana me tiró del pelo. Mi madre me hizo comer quimezcla para el desayuno. Después salí a jugar. Un chico le tiró una piedra a mi perro. Después...

La voz estaba libre de toda emoción. Melangio repetía las agonías de su niñez de forma tan desapasionada como si estuviese dando la fecha del tercer martes de septiembre del año 1794. Sin embargo, bajo la superficie cristalina de esa infancia prolongada se ocultaba un dolor real. Chalk lo sentía. Dejó que Melangio siguiera hablando, impulsándole y guiándole de vez en cuando con alguna otra pregunta.

Los párpados de Chalk se fueron cerrando hasta juntarse. De esa forma resultaba más fácil lanzar los receptores, extenderse y captar el substrato de pena que había existido bajo el cerebro con el que David Melangio hacía sus trucos de feria. Dolores viejos y minúsculos flotaron igual que pequeñas corrientes por la habitación: un pez muerto, un padre que gritaba, una chica desnuda de opulentos pechos con pezones rosados dándose la vuelta y pronunciando palabras que mataban. Todo estaba allí, todo era accesible: el alma herida y sangrante de David Melangio, de cuarenta años de edad, una isla humana separada por sólidas murallas del mar tormentoso que la rodeaba.

Por fin, el recitado acabó deteniéndose. Chalk ya había tenido el alimento suficiente; se había cansado de apretar los botones de Melangio. Decidió terminar volviendo a los extraños poderes de recordar que poseía el idiota sabio.

—David, acuérdate de estos números: 96748759.

—Sí.

—Y de éstos: 32807887.

—Sí.

—Y también: 333141187698. Melangio aguardó.

—Ahora, David —dijo Chalk.

Los números fluyeron en una rápida corriente.

—9674875932807887333141187698.

—David, ¿cuánto es siete veces doce? Una pausa.

—¿Sesenta y cuatro?

—No. Resta nueve de dieciséis.

—¿Diez?

—Si eres capaz de memorizar el calendario entero del derecho y del revés, ¿por qué no puedes hacer una operación aritmética?

Melangio le miró, sonriendo plácidamente. No dijo nada.

—David, ¿no te preguntas nunca por qué eres como eres?

—¿Cómo soy? —preguntó David.

Chalk estaba satisfecho. Los únicos placeres que se podían extraer de David Melangio eran de bajo nivel. Chalk ya había obtenido su leve descarga de placer de esta mañana, y el público sin rostro encontraría un breve destello de diversión en las extrañas habilidades que Melangio poseía, el soltar ristras de fechas, números e informes meteorológicos. Pero nadie sacaría un auténtico sustento de David Melangio.

—Gracias, David —dijo Chalk, despidiéndole sin apenas mirarle.

D'Amore parecía algo irritado. Su prodigio no había conseguido impresionar al gran hombre, y el que la prosperidad de D'Amore continuara dependía de que consiguiera dar con frecuencia en ese blanco. Quienes no lo conseguían no solían durar mucho al servicio de Chalk. El soporte de la pared se retrajo, llevándose con él a Melangio y D'Amore.

Chalk contempló los relucientes anillos aprisionados en los rebordes de grasa de sus cortos y gruesos dedos. Después volvió a recostarse en su asiento y cerró los ojos. A su mente acudió la imagen de un cuerpo hecho de núcleos internos concéntricos, como una cebolla, sólo que con cada una de las capas aislada de sus vecinas por una lámina de mercurio. Los estratos separados de Duncan Chalk se movían y deslizaban uno sobre otro, bien lubricados, desplazándose lentamente a medida que el mercurio cedía bajo las presiones y fluía a chorros por canales oscuros...

—Debemos investigar un poco más al navegante estelar —le dijo a Bart Aoudad. Aoudad asintió.

—Me encargaré de controlar los sensores, señor.

—Y la chica —le dijo Chalk a Tom Nikolaides—. Esa chica tan espantosamente aburrida... Intentaremos llevar a cabo un experimento. Sinergia. Catálisis. Reunirles. ¿Quién sabe? Puede que logremos generar un poco de dolor. Algún sentimiento humano. Nick, podemos aprender lecciones del dolor. Nos enseña que estamos vivos.

—Este Melangio... —dijo Aoudad—. No parece sentir su dolor. Lo registra y lo graba en su cerebro. Pero no lo siente.

—Exacto —replicó Chalk—. Justo lo que decía. No puede sentir nada, sólo registrar y repetir. El dolor está allí y hay suficiente. Pero no puede llegar hasta él.

—¿Y si nos encargáramos de liberarlo nosotros en su lugar? —sugirió Aoudad. Sonrió, no muy agradablemente.

—Demasiado tarde. Si ahora fuese realmente capaz de llegar a su dolor, se quemaría en un instante. No, Bart, déjale con sus calendarios. No debemos destruirle. Seguirá haciendo sus trucos, y todo el mundo le aplaudirá, y luego le volveremos a dejar en el charco de donde le sacamos. Pero el navegante estelar... eso es algo totalmente distinto.

—Y la chica —le recordó Nikolaides.

—Sí. El navegante estelar y la chica. Debería ser interesante. Deberíamos aprender muchas cosas.

2 - Así en la tierra como en el cielo

Mucho tiempo después, cuando la sangre fresca manchara sus manos y su corazón latiera con la potencia de la vida renovada, todo empezaría a parecerle un simple sueño feo y desagradable. Pero tendría que cruzar el reluciente puente de Heimdall para llegar hasta ahí. Ahora mismo seguía viviendo en el dolor, y sus sensaciones eran las mismas que mientras estaba sucediendo. Una multitud de terrores sumergían a Minner Burris.

Normalmente, no era un hombre vulnerable al terror. Pero esto había sido demasiado: las grandes siluetas grasientas moviéndose alrededor de su nave, las esposas doradas, el estuche de instrumentos quirúrgicos abierto y preparado.

—había dicho el monstruo cubierto de marcas que se encontraba a su izquierda.

—había replicado la criatura del otro lado, con lo que parecía ser un respeto untuoso.

Después, habían empezado la tarea de destruir a Minner Burris.

Entonces era entonces y ahora era ahora, pero Burris llevaba consigo una carga de dolor y de extrañeza que le recordaba eternamente, ya estuviera dormido o despierto, lo que se le había hecho más allá de la capa de oscuridad, más allá del hielo inmóvil de Plutón.

Había vuelto a la Tierra hacía tres semanas. Ahora vivía en un apartamento individual de las Torres Martlet, mantenido por una pensión del gobierno y sostenido, no sabía muy bien cómo, gracias a su propia resistencia interior. Ser transformado en monstruo por unos monstruos no era un destino fácil de aceptar, pero Burris estaba haciendo cuanto podía.

Si al menos no hubiera tanto dolor...

Los doctores que le habían examinado confiaron al principio en que podrían hacer algo respecto al dolor. No se necesitaba sino aplicar la moderna tecnología médica.

—...disminuir la entrada sensorial...

—...dosis mínima de drogas para bloquear los canales aferentes, y después...

—...cirugía menor correctiva...

Pero los canales de comunicación que había dentro del cuerpo de Burris se encontraban trastornados más allá de toda esperanza de arreglo. Fuera lo que fuese lo que le habían hecho los cirujanos alienígenas, lo cierto es que le habían transformado en algo que se encontraba más allá de la comprensión de la moderna tecnología médica y, desde luego, más allá de su capacidad. Las drogas normales para eliminar el dolor no hacían más que intensificar las sensaciones de Burris. Sus pautas de flujo neural eran extrañas; las sensaciones se veían alteradas, rechazadas, desviadas. No podían reparar el daño causado por los alienígenas. Y, finalmente, Burris se alejó de ellos, palpitante, mutilado, dolido, para esconderse en una habitación oscura de este decrepito coloso residencial.

Setenta años antes, las Torres Martlet habían sido la última palabra en alojamientos: delgados edificios de un kilómetro y medio de alto dispuestos en apretadas hileras a lo largo de lo que antes habían sido las verdes laderas de los Adirondacks, a una distancia de Nueva York que permitía ir y volver con facilidad. Setenta años es un tiempo muy largo en la existencia de los edificios contemporáneos. Ahora las Torres estaban corroídas, marcadas por el tiempo, atravesadas por las flechas de la decadencia. Las resplandecientes suites de antaño habían sido subdivididas en alojamientos de una sola habitación. Un sitio ideal para esconderse, pensó Burris. Aquí uno podía quedarse inmóvil en su celda igual que un pólipo dentro de su caverna de piedra. Se podía descansar; se podía pensar; se trabajaba en la agotadora tarea de llegar a una aceptación de lo que se le había hecho a tu cuerpo indefenso.

Burris oyó ruidos en los pasillos. No los investigó. ¿Buccinos y quisquillas misteriosamente mutados para adaptarse a la vida terrestre, infiltrándose en los espacios del edificio donde les era posible arrastrarse? ¿Ciempiés buscando el dulce calor de las hojas pudriéndose? ¿Juguetes pertenecientes a esos niños de ojos vacuos y apagados? Burris se quedó en su habitación. A menudo pensaba en salir de noche y recorrer los pasadizos del edificio como si fuera su propio fantasma, avanzando por la oscuridad para provocar el terror en quienes le vieran. Pero desde el día en que las alquiló a través de un intermediario no había abandonado estas cuatro paredes, esta zona de calma en la tempestad. Estaba tendido en la cama. Una pálida luz verdosa se filtraba a través de los muros. El espejo no podía quitarse pues formaba parte de la estructura del edificio, pero al menos podía ser neutralizado; Burris lo había desconectado, y ahora no era más que un óvalo de un apagado color marrón en la pared. De vez en cuando lo activaba y se enfrentaba consigo mismo, como disciplina. Pensó que quizá lo hiciese hoy.

Cuando me levante de la cama.

Si me levanto de la cama.

¿Por qué debería levantarme de la cama?

En el interior de su cráneo había algo clavado, sus vísceras estaban sujetas por pinzas, clavos invisibles atravesaban sus tobillos. Sus párpados le raspaban los ojos igual que papel de lija. El dolor era una constante, algo que incluso estaba empezando a convertirse en un viejo amigo.

¿Qué dijo el poeta? Esa cualidad de estar con típica del cuerpo...

Burriss abrió los ojos. Ya no se abrían hacia arriba y hacia abajo, como los ojos de los seres humanos. Ahora las membranas que servían de párpados se apartaban del centro para ir hacia las comisuras. ¿Por qué? ¿Por qué habían hecho todo aquello los cirujanos alienígenas? Pero este detalle en particular no parecía servir a ningún propósito válido. Un párpado arriba y otro abajo ya funcionaban bien. Estos nuevos párpados no mejoraban el funcionamiento de los ojos; sólo servían para actuar como guardianes que se entrometían en cualquier tipo de comunicación provista de significado que pudiera haber entre Burriss y la raza humana. A cada parpadeo proclamaba a gritos su extrañeza.

Los ojos se movieron. Un ojo humano se mueve en una serie de minúsculas sacudidas que la mente funde hasta llegar a la abstracción de la unidad. Los ojos de Burriss se movían como se movería el ojo de una cámara en un barrido si las cámaras estuviesen perfectamente montadas: con suavidad, de forma continua, sin pestañear. Lo que Burriss vio carecía de atractivo. Paredes, un techo bajo, el espejo neutralizado, la piletta con el vibrador, la escotilla del conducto de la comida, todas las grises instalaciones de una sencilla habitación de poco precio diseñada para ser autosuficiente. La ventana había permanecido opacificada desde que se mudó aquí. No tenía ni la menor idea de la hora, del tiempo que hacía, ni tan siquiera de la estación del año, aunque cuando vino aquí era invierno y sospechaba que seguía siendo invierno. La iluminación del cuarto era mala. Los manchones formados por la luz indirecta seguían una pauta aleatoria. Éste era el período en que Burriss sufría una baja receptividad a la luz. Había épocas, que duraban días enteros, en las que la máxima brillantez del mundo le parecía una oscuridad cenagosa, como si se hallara en el fondo de un estanque lleno de barro. Después, el ciclo se invertía a sí mismo con una sacudida impredecible, y unos pocos fotones bastaban para encender su cerebro en una llamarada salvaje.

La imagen de su yo desvanecido brotó de la penumbra. El Minner Burriss que había sido borrado se encontraba en una esquina de la habitación, estudiándole.

Diálogo del yo y el alma.

—¡Has vuelto, sucia alucinación!

—Nunca te abandonaré.

—Todo lo que tengo, ¿es eso? Bien, ponte a gusto. ¿Un poquito de coñac? Acepta mi humilde hospitalidad. ¡Siéntate, siéntate!

—Me quedaré de pie. ¿Qué tal te va, Minner?

—Mal. Aunque a ti eso no te importa mucho.

—¿Lo que he detectado en tu voz es o no una nota de autocompasión?

—¿Y qué si lo es? ¿Y qué si lo es?

—Una voz terrible, y una voz que jamás te he enseñado.

Burriss ya no era capaz de sudar, pero una nube de vapor se acumulaba sobre cada uno de sus nuevos poros exhaladores. Clavó la mirada en su antiguo yo.

—¿Sabes lo que deseo? —dijo en voz baja—. Que te pillaran a ti y te hicieran lo que me hicieron. Entonces lo comprenderías.

—¡Minner, Minner, ya me lo han hecho! ¡Ecce homo! ¡Ahí estás, acostado, para probar todo aquello por lo que he pasado!

—No. Estás ahí, de pie, para demostrar que no te ha ocurrido nada. Tu rostro. Tu páncreas. Tu hígado y tu vesícula biliar. Tu piel. Duele, duele... ¡Es a mí a quien le duele, no a ti!

La aparición sonrió con dulzura.

—¿Cuándo empezaste a sentir tanta lástima por ti mismo? Esto es algo nuevo, Minner. Burris torció el gesto.

—Quizá tengas razón. —Sus ojos se deslizaron fluidamente por la habitación, examinándola de una pared a otra—. Me están observando, ése es el problema —murmuró.

—¿Quiénes?

—¿Cómo voy a saberlo? Ojos. Telesentidos en las paredes. Los he buscado, pero no sirve de nada. Dos moléculas de diámetro..., ¿cómo voy a poder encontrarlos nunca? Y me ven.

—Pues entonces déjales que miren. No tienes nada de qué avergonzarte. No eres ni hermoso ni feo. No hay ningún punto de referencia para ti. Creo que ha llegado el momento de que vuelvas a salir fuera.

—A ti te es fácil decir eso —respondió secamente Burris—. A ti nadie te mira.

—Ahora mismo me estás mirando.

—Cierto —admitió Burris—. Pero ya sabes por qué.

Con un esfuerzo consciente, hizo comenzar la fase del cambio. Sus ojos lucharon con la luz de la habitación. Ya no tenía retinas, pero las placas focales introducidas en su cerebro le iban bastante bien. Contempló su antiguo yo.

Un hombre alto, corpulento y de anchas espaldas, con grandes músculos y una densa cabellera color arena. Así había sido. Así era ahora. Los cirujanos alienígenas habían dejado intacta la estructura subyacente. Pero todo lo demás era distinto.

La imagen del yo que tenía ante él poseía un rostro casi tan ancho como alto, con unos pómulos generosos, orejas pequeñas y ojos oscuros bastante separados. Los labios eran de ese tipo que se comprimen fácilmente para formar una línea más bien quisquillosa. La piel estaba cubierta por un ligero espolvoreo de pecas; un fino vello rubio se esparcía por casi todas las partes de su cuerpo. El efecto producido era de una rutinaria virilidad: un hombre de cierta fuerza, cierta inteligencia y cierta habilidad, que destacaría de entre un grupo no en virtud de ningún rasgo positivo claramente visible sino gracias a toda una constelación de rasgos positivos poco evidentes. Éxito con las mujeres, éxito con los demás hombres, éxito en su profesión..., todas esas cosas acompañaban un atractivo tan poco espectacular como triunfante.

Ahora todo eso había desaparecido.

—No quiero dar la impresión de que me estoy autocompadeciendo —dijo Burris en voz baja y suave—. Dame una patada si empiezo a gimotear. Pero, ¿te acuerdas de cuando veíamos jorobados? ¿Un hombre sin nariz? ¿Una chica doblada sobre sí misma, sin cuello y con la mitad de un brazo? ¿Fenómenos? ¿Víctimas? Y nos preguntábamos cómo resultaría el ser horrible.

—No eres horrible, Minner. Sólo diferente.

—¡Ojalá se te atragantara tu apestosa semántica! Ahora soy algo que todo el mundo se quedará mirando. Soy un monstruo. De repente, estoy fuera de tu mundo y metido en el mundo de los jorobados. Ellos saben condenadamente bien que no pueden escapar a todos esos ojos. Dejan de tener existencias independientes y se pierden en el hecho de sus propias deformidades, se vuelven borrosos.

—Estás proyectando tus sentimientos, Minner. ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque me está ocurriendo. Ahora toda mi vida está construida alrededor de lo que me hicieron las Cosas. No tengo ninguna otra existencia. Es el hecho central, el único hecho. ¿Cómo podemos distinguir al bailarín de la danza? Yo no puedo hacerlo. Si saliera al exterior sería como estar siempre expuesto en un escaparate.

—Un jorobado tiene toda una vida para acostumbrarse a sí mismo. Acaba olvidándose de su espalda. Todavía eres nuevo en esto. Sé paciente, Minner. Acabarás acostumbrándote. Perdonarás a los ojos que te miran.

—¿Cuándo? ¿Cuándo?

Pero la aparición se había ido. Burris examinó la habitación, provocándose varios cambios de visión, y descubrió que estaba solo. Se irguió en la cama, sintió cómo las agujas se le clavaban en sus nervios. No había ningún movimiento que no trajera consigo una serie de incomodidades. Su cuerpo le acompañaba constantemente.

Se puso en pie, alzándose con un solo movimiento lleno de fluidez. Este nuevo cuerpo me proporciona dolor, se dijo, pero es eficiente. Tengo que llegar a quererlo.

Con un esfuerzo, se quedó inmóvil en el centro de la habitación.

La autocompasión es fatal, pensó Burris. No debo hundirme en ella. Tengo que acostumbrarme. Tengo que adaptarme a esto.

Tengo que salir al mundo.

Era un hombre fuerte, no sólo físicamente. ¿Acaso toda mi fuerza, esa fuerza, ha desaparecido ahora?

En su interior los tubos se enroscaban, se unían y separaban. Pequeñas válvulas liberaban hormonas misteriosas. Las recámaras de su corazón ejecutaban una intrincada danza.

Me están observando, pensó Burris. ¡Que miren! ¡Que miren hasta saciarse!

Conectó el espejo con un salvaje barrido de su mano y contempló su yo desnudo.

3 - Rumores subterráneos

—¿Y si cambiáramos? —dijo Aoudad—. Tú observa a Burris y yo observaré a la chica. ¿Eh?

—No. —Nikolaides prolongó la vocal de forma casi lujuriosa—. Chalk me la ha dado a mí, y a ti te ha tocado él. De todas formas, resulta muy aburrida. ¿Por qué cambiar?

—Estoy cansado de él.

—Pues aguántate —le aconsejó Nikolaides—. Soportar lo desagradable es bueno para reforzar el carácter.

—Llevas demasiado tiempo escuchando a Chalk.

—¿No lo llevamos todos?

Sonrieron. No habría ningún intercambio de responsabilidades. Aoudad accionó el interruptor, y el vehículo en el que viajaban pasó bruscamente de una red de control a otra y empezó a dirigirse hacia el norte a doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Aoudad había diseñado él mismo ese vehículo para uso de Chalk. Era muy parecido a un útero, recubierto con suaves y cálidas fibras esponjosas de color rosa, y estaba equipado con todas las comodidades posibles, aparte los gravitrones. Últimamente Chalk se había cansado de él y consentía que sus subordinados lo utilizaran. Aoudad y Nikolaides viajaban a menudo en el vehículo. Cada uno de ellos se consideraba el más íntimo asociado de Chalk; cada uno, en su fuero interno, consideraba al otro como un mero criado. Era una ilusión mutua que resultaba útil.

El truco consistía en establecer algún tipo de existencia para uno mismo, independiente de Duncan Chalk. Chalk exigía la mayor parte de las horas que pasabas despierto y, si podía, no desdeñaba el utilizarte también durante tu sueño. Sin embargo, siempre había algún fragmento de tu vida en el cual te encontrabas separado del hombre gordo y te considerabas como un ser humano completo que gobernaba su propia existencia. Para Nikolaides, la respuesta se hallaba en el ejercicio físico: hacer esquí por los lagos, viajar hasta el cráter de un volcán hirviente lleno de azufre, volar, hacer excavaciones en el desierto. Aoudad había escogido también el ejercicio, pero de una clase más suave; con las piernas abiertas y el pie de una tocando al de otra, sus mujeres formarían una cadena que abarcaría varios continentes. D'Amore y los demás tenían sus propias escapatorias individuales. Chalk devoraba a quienes no las poseían.

Estaba volviendo a nevar. Los delicados copos parecían casi cuando aterrizaron, pero el sendero del vehículo se encontraba algo resbaladizo. Los servomecanismos ajustaron rápidamente el equipo de guía para mantener erguido el vehículo. Sus ocupantes reaccionaron de formas distintas; Nikolaides se animó ante la idea del peligro potencial, por diminuto que fuera, mientras que Aoudad pensó lúgubrementemente en los muslos anhelantes que le aguardaban si sobrevivía al viaje.

—Sobre ese trato... —dijo Nikolaides.

—Olvídalo. Si la respuesta es no, la respuesta es no.

—Sólo quiero saber una cosa. Respóndeme, Bart: ¿Estás interesado en el cuerpo de la chica?

Aoudad retrocedió con un gesto de inocencia demasiado exagerado.

—¿Qué infiernos te piensas que soy?

—Sé lo que eres, y también lo saben todos los demás.

Pero ahora lo único que hago es curiosear. ¿Se te ha metido en la cabeza la extraña idea de que si nos intercambiamos las misiones y te quedas con Lona podrás acabar consiguiéndola?

—Tengo un límite, y ciertas mujeres quedan fuera de él —dijo Aoudad, casi balbuceando—. Nunca intentaría meterme con ella. ¡Por el amor de Cristo, Nick! La chica es demasiado peligrosa. Una virgen de diecisiete años con un centenar de críos... ¡Jamás la tocaría! ¿Piensas realmente que sería capaz de hacerlo?

—No, realmente no.

—Entonces, ¿por qué lo preguntas? Nikolaides se encogió de hombros y contempló la nieve.

—Chalk te ha pedido que lo averigües, ¿verdad? —dijo Aoudad—. Tiene miedo de que la importune, ¿no? ¿Es eso? ¿Es eso? —Nikolaides no respondió, y de repente Aoudad empezó a temblar. Si Chalk podía concebir la sospecha de que era capaz de tales deseos, Chalk tenía que haber perdido la fe en él. Los compartimientos estaban separados: aquí el trabajo, allí las mujeres. Aoudad todavía no había unido nunca esos dos compartimientos, y Chalk lo sabía. ¿Qué andaba mal? ¿En qué le había fallado al hombre gordo? ¿Por qué se le había retirado la confianza de esa forma?—. Nick —dijo con voz ronca—, te juro que no tenía tales intenciones al proponer un intercambio. La chica no me interesa en lo más mínimo, sexualmente hablando. En lo más mínimo. ¿Crees que puedo querer a una condenada cría grotesca como ella? Me había cansado de contemplar el cuerpo deforme de Burris, eso es todo. Quería variar un poco de trabajo. Y tú...

—Basta, Bart.

—...lees toda clase de siniestras y perversas...

—No es cierto.

—Pues entonces ha sido Chalk. Y tú has estado de acuerdo en ayudarlo. ¿Es una trampa? ¿Quién pretende acabar conmigo?

Nikolaides apretó con el pulgar izquierdo el botón del dispensador, y por la abertura asomó una bandeja de tranquilizantes. Le entregó uno a su compañero sin decir palabra, y Aoudad aceptó el delgado tubo color marfil y lo apretó contra su antebrazo. Un instante después la tensión le abandonó. Aoudad le dio un tirón a su puntiaguda oreja izquierda. Ese brote de tensión y suspicacia había sido bastante malo. Ahora estaba sucediendo con más frecuencia. Temía que le estuvieran jugando una mala pasada y que Duncan Chalk no estuviera absorbiendo sus emociones, bebiendo las sensaciones que emitía siguiendo un rumbo predestinado a través de la paranoia y la esquizofrenia hasta terminar en la suspensión catatónica.

No permitiré que me ocurra eso, decidió Aoudad. Puede obtener sus placeres donde quiera, pero no hundirá sus colmillos en mi garganta.

—Seguiremos con nuestras misiones hasta que Chalk diga otra cosa, ¿de acuerdo? — dijo en voz alta.

—De acuerdo —replicó Nikolaides.

—¿Les observamos durante el trayecto?

—No tengo objeción.

Ahora el vehículo estaba pasando por el Túnel de los Apalaches. Los inmensos y pulidos muros se cerraron a su alrededor. Aquí la ruta tenía una fuerte inclinación y, mientras el coche se lanzaba por ella, con la alta gravedad de la aceleración apareció en los ojos de Nikolaides un brillo de apreciación sensual. Se reclinó en el inmenso asiento concebido para Chalk. Aoudad, a su lado, abrió los canales de comunicación. Las pantallas se iluminaron.

—Tuyo —dijo—. Mío.

Miró su pantalla. Aoudad ya no se estremecía al ver a Minner Burris, pero incluso ahora la imagen resultaba más bien aterradora. Burris se hallaba delante de su espejo, con lo cual le proporcionaba un espectáculo repetido.

—Así habríamos podido acabar, de no ser por la gracia de como se llame —murmuró Aoudad— ¿Te gustaría que te hiciesen eso?

—Me mataría al instante —dijo Nikolaides—. Pero pienso que es la chica quien se encuentra en peor situación, aunque no sabría decirte por qué. ¿Puedes verla desde donde estás sentado?

—¿Qué hace ahora? ¿Está desnuda?

—Está bañándose —dijo Nikolaides—. ¡Cien niños! ¡Ningún hombre la ha poseído jamás! Lo que llegamos a dar por supuesto, Bart... Mira.

Aoudad miró. La pequeña y brillante pantalla le mostró a una chica desnuda debajo de un vibrorociador. Tenía la esperanza de que Chalk estuviera conectado a su torrente emocional en ese mismo instante, porque mientras contemplaba el cuerpo desnudo de Lona Kelvin no sentía nada. Nada en absoluto. Ni una sola brizna de sensualidad.

No debía pesar mucho más de cuarenta y cinco kilos. Tenía los hombros encorvados, el rostro pálido y macilento, y a sus ojos les faltaba brillo. Sus pechos eran pequeños, la cintura estrecha y las caderas angostas y parecidas a las de un muchacho. Mientras Aoudad la observaba, se dio la vuelta, mostrándole unas nalgas planas que apenas si parecían de mujer, y desconectó el vibrorociador. Empezó a vestirse. Se movía con lentitud, y en su rostro había una expresión triste y abatida.

—Quizá yo tenga prejuicios por haber estado trabajando con Burris —dijo Aoudad—, pero me parece que él es mucho más complejo que ella. No es más que una niña tonta que lo ha pasado bastante mal. ¿Qué verá en ella?

—Verá a un ser humano —dijo Nikolaides—. Puede que eso sea suficiente. Quizá. Quizá. Vale la pena intentarlo y hacer que se reúnan.

—Hablas igual que un benefactor de la humanidad —dijo Aoudad, asombrado.

—No me gusta ver cómo sufre la gente.

—¿Y a quién le gusta, aparte de a Chalk? Pero, ¿cómo puedes sentir nada por esos dos? ¿Por donde se les puede coger? Están demasiado lejos de nosotros. Son seres grotescos. Extravagancias. No veo forma alguna de que Chalk pueda vendérselos al público.

—Individualmente son dos extravagancias —dijo Nikolaides con paciencia—. Ponlos juntos, y son Romeo y Julieta. Chalk tiene cierto genio para ese tipo de cosas.

Aoudad contempló el rostro vacío de la muchacha y luego la extraña y distorsionada máscara que era el rostro de Minner Burris. Agitó la cabeza. El vehículo siguió disparado hacia adelante, una aguja penetrando la negra tela de la noche. Desconectó las pantallas y cerró los ojos. Las mujeres empezaron a bailar por su cerebro: mujeres de verdad, adultas, con cuerpos suaves y llenos de curvas.

La nieve empezó a caer con más intensidad a su alrededor. Incluso estando en el protegido hocico del vehículo que parecía un útero, Bart Aoudad sintió cierto frío.

4 - Hija de la tormenta

Lona Kelvin se vistió. Las dos prendas de ropa interior, otras dos piezas por encima de éstas, todo gris sobre gris, y estuvo lista. Fue hacia la ventana de su pequeña habitación y miró hacia fuera. Nieve. Torbellinos blancos en la noche. En cuanto cayera al suelo podían librarse de la nieve con bastante rapidez, pero no podían impedir que cayera. Todavía no.

Un paseo por la Arcada, decidió Lona. Después, dormir, y otro día terminado.

Se apretó la chaqueta alrededor del cuerpo. Sintió un escalofrío de anticipación. Miró lo que la rodeaba.

Ordenadamente dispuestas en las paredes de la habitación había fotos de bebés. No cien bebés; debían ser más bien sesenta o setenta. Y no eran sus bebés. Pero sesenta fotos de bebés bien podrían ser cien. Y, para una madre como Lona, cualquier bebé podía ser suyo.

Tenían el aspecto que tienen todos los bebés. Rostros carentes de una forma definida, regordetes, con narices respingonas, labios brillantes cubiertos de saliva y ojos que no veían nada. Orejas diminutas, dolorosamente perfectas. Manos que se agarraban a cualquier cosa, con uñas tan espléndidas que parecían improbables. Piel suave. Lona alargó la mano y tocó la fotografía más cercana a la puerta e imaginó que estaba tocando la aterciopelada piel de un bebé. Después, llevó la mano a su cuerpo. Tocó la lisura del vientre. Tocó un pecho, pequeño y duro. Tocó las caderas de las que había brotado toda una legión de niños que, sin embargo, no habían brotado de allí. Agitó la cabeza en lo que podría haberse tomado por un gesto de autocompasión, pero a esas alturas la autocompasión ya se había agotado, dejando sólo un sedimento residual de confusión y vacío.

Salió de la habitación. La puerta se cerró silenciosamente a su espalda.

El pozo la llevó rápidamente al nivel de la calle. El viento azotaba el angosto pasaje situado entre los grandes edificios. En lo alto, el brillo artificial de la noche rechazaba la oscuridad; globos de colores se movían silenciosamente de un lado para otro. Los copos de nieve bailaban recortados contra ellos. El pavimento estaba caliente. Los edificios que la flanqueaban se hallaban brillantemente iluminados. A la Arcada, le dijeron los pies de Lona. A la Arcada, para caminar un rato bajo la brillantez y el resplandor de esta noche de nevada. Nadie la reconoció.

No era más que una chica paseando sola por la noche. Cabello color ratón agitándose alrededor de sus orejas. Un cuello delgado, hombros caídos, un cuerpo insuficiente. ¿Cuántos años? Diecisiete. Pero podían ser catorce. Nadie lo preguntó. Una chica insignificante, una ratita. Ratita.

Doctor Teh Ping Lin, San Francisco, 1966: «En el tiempo previsto de la ovulación inducida hormonalmente, los ratones hembras de la clase agutí negro C3H/HeJ fueron colocados en jaulas con machos fértiles de clase albina, del tipo BALB/c o Cal A (originalmente A/Crgl/2). De nueve a doce horas después del esperado apareamiento, los óvulos fueron expulsados de los oviductos, y los óvulos fertilizados fueron identificados mediante la presencia del segundo cuerpo polar o por observación de pronúcleos.»

El experimento exigía mucho del doctor. La microinyección de células vivas no era nada nuevo ni tan siquiera entonces, pero el trabajo con células de mamífero nunca había salido bien. Los experimentadores no habían sido capaces de salvaguardar la integridad estructural o funcional de los óvulos.

Nadie le había informado nunca a Lona Kelvin de que:

«Aparentemente, el óvulo de los mamíferos es más difícil de inyectar que otras células debido a la gruesa zona pelucida y la membrana vitelina, que son altamente elásticas y resistentes a la penetración de un microinstrumento, especialmente en el estadio anterior a la fertilización.»

Como de costumbre, en el vestíbulo que llevaba a la Arcada había numerosos grupos de chicos. Algunos de ellos estaban acompañados por chicas. Lona los contempló tímidamente. El invierno no se extendía a este vestíbulo; las chicas se habían quitado los chales térmicos y se exhibían orgullosamente. Ésta le había dado cierta fosforescencia a sus pezones. Aquélla se había afeitado el cráneo para mostrar su delicada estructura ósea. Allí, voluptuosa en las últimas semanas del embarazo, una pelirroja tenía cogidos del brazo a dos jóvenes muy altos que rugían obscenidades entre carcajadas.

Lona la contempló, nerviosa. Un gran vientre, una pesada carga. ¿Puede verse los dedos de los pies? Tiene los pechos hinchados. ¿Le duelen? La criatura fue concebida al viejo estilo. Lona parpadeó. Jadeo y golpe y empujón a los riñones, y ya se había fabricado un bebé. Un bebé. Era posible que fuesen dos. Lona echó hacia atrás sus flacos hombros y llenó de aire sus tensos pulmones. El gesto alzó sus pechos y los hizo asomar hacia delante, Y en sus angulosas mejillas apareció un poco de color.

—¿Vas a la Arcada? Ven conmigo.

—¡Eh, pajarito! Trinemos juntos.

—¿Necesitas un amigo, amiga?

Oleadas de charla. Zumbantes invitaciones hechas con voz de bajo. No son para ella. Nunca son para ella.

Soy madre.

Soy la madre.

«Esos óvulos fertilizados fueron colocados a continuación en un medio que consistía en tres partes de solución de Locke modificada, una parte de dihidrato de sodio al 2,9 por ciento, y 25 miligramos de gammaglobulina de buey (GBB, Armour) por mililitro de la solución Lockecitratos. Al medio se le añadió penicilina (100 unidades por mililitro) y estreptomina (50 µg/ml). La viscosidad del medio a 22 grados centígrados era de 1,1591 cp y su pH 7,2. Los óvulos fueron conservados para la micromanipulación y la inyección en una gota de gammaglobulina de buey -solución de Lockecitrato (GSC)-, que fue introducida en un recipiente de vaselina cubierto con aceite mineral y situado sobre una platina de microscopio.»

Esta noche había una pequeña sorpresa para Lona. Uno de los chicos del vestíbulo se acercó a ella. ¿Estaba borracho? ¿Sufría tal privación sexual que le resultaba atractiva? ¿Impulsado por la piedad hacia la huerfanita? ¿O sabía quién era y deseaba compartir su gloria? Eso era lo menos probable de todo. No lo sabía, no desearía saberlo. En cuanto a la gloria, no había ninguna que compartir.

El chico no era ninguna belleza, pero tampoco resultaba claramente repulsivo. Estatura media; cabello negro untado con gomina y echado hacia delante hasta llegarle casi hasta las cejas; esas mismas cejas ligeramente distorsionadas quirúrgicamente para arquearse en una escéptica V invertida; ojos grises ardiendo con una mezquina astucia; mentón débil; nariz afilada, prominente. Sobre los diecinueve años de edad. Piel cetrina marcada por estriaciones subyacentes, dibujos sensibles al sol que arderían con una gloria llameante al mediodía. Parecía hambriento. En su aliento había toda una mezcla de cosas: vino barato, pan de especias, una pizca de (¡fanfarrón!) ron de caña.

—Hola, guapa. Vayamos juntos. Soy Tom Piper, el hijo de Tom Piper, ¿sabes? ¿Y tú?

—Por favor... no —murmuró Lona. Intentó alejarse de él. El chico le cerró el paso, dejando escapar su aliento.

—¿Ya tienes pareja? ¿Vas a encontrarte con alguien dentro?

—No.

—Entonces, ¿por qué no yo? Podría irte peor.

—Déjame en paz. —Un débil gimoteo. Él la miró con una fea sonrisa. Ojos diminutos clavándose en los suyos.

—Soy un navegante estelar —dijo—. Recién llegado de mundos lejanos. Conseguiremos una mesa y te contaré todo lo que se puede contar sobre ellos. No puedes decirle que no a un navegante estelar.

La frente de Lona se cubrió de arrugas. ¿Un navegante estelar? ¿Otros mundos? ¿Saturno bailando dentro de sus anillos, soles verdes más allá de la noche, pálidas criaturas con muchos brazos? No era un navegante estelar. El espacio marca el alma. El hijo de Tom Piper no llevaba encima ninguna marca. Incluso Lona era capaz de darse cuenta de eso. Incluso Lona.

—No eres un navegante estelar —dijo.

—Lo soy. Te hablaré de las estrellas. Ofiuco. Rigel. Aldebarán. He estado allí fuera. Ven, florecita. Ven con Tom.

Estaba mintiendo. Adornándose para realzar su magnetismo. Lona se estremeció. Más allá de su corpulento hombro podía ver las luces de la Arcada. Tom se acercó un poco más a ella. Su mano bajó, encontró su cadera y se enroscó lascivamente sobre su lisa superficie, acariciando su delgado flanco.

—¿Quién sabe? —le murmuró con voz ronca—. La noche podría acabar en cualquier parte. Quizá te haga un bebé. Apuesto a que eso te gustaría. ¿Has tenido alguna vez un bebé?

Las uñas de Lona le desgarraron la mejilla. Tom retrocedió tambaleándose, sorprendido, cubierto de sangre, y por un instante las bandas de adornos que había bajo su piel se iluminaron brillantemente incluso a la luz artificial. Había furia en sus ojos. Lona se dio la vuelta y pasó junto a él, perdiéndose en la multitud que iba y venía por el vestíbulo.

Se abrió paso con los codos hacia la Arcada.

Tom, Tom, el hijo del flautista, te hará un bebé antes de terminar contigo...

«Trescientos un óvulos recién fertilizados fueron mantenidos en preparaciones de vaselina, y cada óvulo recibió uno de los siguientes tratamientos experimentales: (I) ninguna perforación con pipeta, ninguna inyección; (II) perforación del óvulo pero sin inyección; (III) inyección de 180 μ 3 de la solución conteniendo alrededor de 5 pg de GBB; (IV) inyección de 770 μ 3 de la solución conteniendo 20 pg de GBB; o (v) inyección de 2730 μ 3 de la solución conteniendo 68 pg de BGG.»

La Arcada relucía. Aquí estaban todos los placeres baratos reunidos bajo un solo techo de cristal. Al entrar por la puerta Lona pegó el pulgar al torniquete para dejar registrada su presencia y que le cobraran la visita. Entrar no era caro. Pero Lona tenía dinero, sí, tenía dinero. Se habían ocupado de eso.

Plantó firmemente los pies en el suelo y alzó la vista hacia un nivel de terraza tras otro, hasta llegar el techo situado a sesenta y cinco metros de distancia. Allí arriba la nieve estaba cayendo pero no conseguía posarse; eficientes ventiladores impedían que tocara la bóveda del techo, y los copos se desplomaban hacia una pegajosa muerte en el pavimento caldeado por los aparatos.

Vio los niveles de las partidas donde un hombre podía jugar a cualquier juego haciendo cualquier apuesta. Generalmente las apuestas no eran altas. Este sitio era para los jóvenes, para los que no tenían muy llena la bolsa. Para los miserables. Pero, si estaba dispuesto a ello, un hombre podía perder mucho dinero aquí, y algunos lo habían perdido. Ése era el nivel donde giraban las ruedas, donde las luces se encendían y se apagaban, donde los botones emitían chasquidos. Lona no comprendía los juegos de azar.

Más arriba, en laberínticas redes de pasillos, aquellos que sintieran la necesidad o la inclinación a ello podían comprar carne. Mujeres para los hombres, hombres para las mujeres, chicos para las chicas, chicas para los chicos, y cualquier otra combinación concebible. ¿Por qué no? Un ser humano era libre para disponer de su cuerpo en

cualquier forma que no interfiriese directamente con el bienestar de otro. Quienes se vendían aquí no eran obligados a venderse. En vez de ello, podían convertirse en tenderos. Lona no iba a las casas de la carne.

Aquí, en el nivel principal de la Arcada, se encontraban los puestos de los pequeños comerciantes. Un puñado de monedas bastarían para comprar unas cuantas sorpresas. ¿Por qué no una minúscula cuerda de luz viva para iluminar los días de mal tiempo? ¿O un animalito de otro mundo, o eso decían, aunque en realidad los sapos con ojos de joya eran cultivados en los laboratorios del Brasil? ¿Y una caja de poesía para que te hiciera dormir con sus canciones? ¿Fotografías de los grandes y los famosos, astutamente diseñadas para sonreír y hablar? Lona fue de un puesto a otro. Lona miró. Lona no tocó nada, no compró nada.

« La viabilidad de los óvulos fue puesta a prueba trasplantándolos a receptoras albinas ya apareadas dentro de la clase BALB/c o Cal A que se encontraban bajo anestesia. Las receptoras habían sido inducidos mediante inyección de hormonas a ovular simultáneamente con las donantes agutí C3H y habían sido apareadas con machos fértiles de su propia clase albina.»

Algún día mis niños vendrán aquí, se dijo Lona. Comprarán juguetes. Se lo pasarán bien. Correrán a través de las multitudes...

...ellos solos ya serán una multitud...

Sintió el aliento de alguien en su nuca. Una mano acarició su trasero. ¿Tom Piper? Se dio la vuelta, presa del pánico. No, no, no era Tom Piper, sólo un chico parecido a una jirafa que ahora alzaba muy concentradamente la vista hacia los lejanos niveles de los tratantes de carne. Lona se apartó de él.

«El procedimiento usado desde el momento en que los óvulos del experimento fueron sacados del oviducto de la donante hasta el momento de su trasplante en el infundíbulo de la receptora requirió de 30 a 40 minutos. Durante este período de mantenimiento in vitro a temperatura ambiente, muchos óvulos se encogieron dentro de sus zonas pelucidas.»

Aquí estaba la exhibición zoológica. Criaturas enjauladas yendo de un lado para otro, mirando, implorando. Lona entró. ¿Las últimas bestias, aquí? ¿Un mundo del que se había barrido a los animales? Aquí estaba el oso hormiguero gigante. ¿Qué era el hocico, qué la cola? Un perezoso arborícola clavaba plácidamente sus garras en la madera muerta. Nerviosos coatís recorrían sus dominios. El hedor de las bestias era eliminado de la estancia por las zumbantes bombas ocultas bajo el suelo de losas.

«...normalmente, los óvulos encogidos sobrevivieron y fueron considerados como básicamente normales...»

Los animales asustaban a Lona. Salió del zoológico, alejándose de ellos, y fue una vez más por la galería principal de la Arcada. Creyó ver a Tom Piper persiguiéndola. Rozó ligeramente el rígido vientre de la chica embarazada.

«...el número de embriones que sufrieron degeneración y los casos de rechazo fue igualmente examinado en las receptoras, a las que se practicó la autopsia...»

Se dio cuenta de que no deseaba estar aquí. El hogar, segura, calor, sola. No sabía qué resultaba más aterrador, si la gente en grandes números o una sola persona, sin compañía.

«...un número considerable de óvulos sobrevivió a la micromanipulación y a la inyección de una sustancia extraña...»

Quiero irme, decidió Lona.

Salida. Salida. ¿Dónde estaba la salida? Aquí las salidas no estaban señalizadas. Querían que te quedases. ¿Y si hay un incendio? Robots saliendo de sus paneles ocultos, apagando las llamas. Pero yo quiero irme.

«...con ello se proporciona un método útil...»

«...la supervivencia de los óvulos pronucleares después de los varios tratamientos es mostrada en la Tabla 1...»

«...los fetos que se desarrollaron a partir de los óvulos microinyectados tendían a ser más pequeños que sus compañeros de carnada no manipulados, aunque no se observó ninguna otra anomalía externa...»

Gracias, doctor Teh Ping Lin de San Francisco.

Lona huyó.

Corrió en un frenético círculo alrededor del vientre de la brillante Arcada. Tom Piper volvió a encontrarla, le gritó algo, alargó sus manos hacia ella. Quiere ser amigo tuyo. No pretende hacerte ningún daño. Está solo. Quizá sea realmente un navegante estelar.

Lona huyó.

Descubrió un exfundíbulo y se precipitó a la calle. Los sonidos de la Arcada se fueron apagando. Aquí fuera, en la oscuridad, se sentía más tranquila, y el sudor del pánico fue secándose en su piel, enfriándola. Lona se estremeció. Mirando muchas veces por encima del hombro, fue presurosa hacia su edificio. Junto a su muslo había armas que frustrarían los propósitos de cualquier posible violador: una sirena, una pantalla de humo, un láser para emitir pulsaciones de luz cegadora. Con todo, nunca se podía estar segura. Ese Tom Piper; podía estar en cualquier parte, ser capaz de cualquier cosa.

Llegó a su casa. Mis bebés, pensó. Quiero estar con mis bebés.

La puerta se cerró a su espalda. Se encendieron las luces. Sesenta o setenta imágenes de carne suave colgando de las paredes. Lona las tocó. ¿Haría falta cambiarles los pañales? Los pañales eran una verdad eterna. ¿Habrían regurgitado un poco de leche sobre sus rosadas mejillas? ¿Debería cepillarles sus rizadas cabelleras? Cráneos tiernos y blandos, todavía por cerrarse las fontanelas; huesos flexibles; narices chatas. Mis bebés. Las manos de Lona acariciaron las paredes. Se quitó la ropa. Finalmente, llegó un instante en que el sueño se apoderó de ella.

5 - Entra Chalk; junto a él, Aoudad

Duncan Chalk había estado estudiando las cintas de la pareja durante tres días, consagrándole casi toda su atención al proyecto. Ahora tenía la impresión de conocer a Minner Burris y a Lona Kelvin tan profundamente como nadie les había llegado a conocer nunca. También le parecía que la idea de reunirles tenía su mérito.

Chalk había sabido intuitivamente eso desde el principio. Pero, aunque confiaba en sus juicios intuitivos, raras veces actuaba basándose en ellos hasta haber tenido el tiempo necesario para efectuar un reconocimiento más racional. Ahora ya lo había hecho. Aoudad y Nikolaides, en quienes había delegado las fases preliminares de la tarea, le habían entregado sus selecciones de las cintas obtenidas por los sensores. Chalk no confiaba tan sólo en su juicio; dispuso que otras personas vieran también las cintas, y que preparasen sus propias antologías de episodios reveladores. Resultaba gratificante ver hasta qué punto coincidían las elecciones de todos. Justificaba su fe en Aoudad y Nikolaides. Eran buenos hombres.

Chalk se mecía hacia delante y hacia atrás en su sillón neumático y consideró la situación, mientras a su alrededor la organización que había construido zumbaba y latía, llena de vida.

Un proyecto. Una empresa. Una reunión de dos seres humanos que sufrían. Pero, ¿eran humanos? En un tiempo lo habían sido. El material de base había sido humano. Semen, óvulos, un juego de códigos genéticos. Un bebé gimoteante. De momento, nada raro. Un niño, una niña, placas en blanco dispuestas a recibir las huellas de la vida. Y la vida había sido dura con aquellos dos.

Minner Burris. Navegante estelar. Inteligente, vigoroso, educado. Hecho prisionero en un mundo alienígena y transformado contra su voluntad en algo monstruoso. Naturalmente, a Burris le atormentaba y preocupaba aquello en que se había convertido. Un hombre de menos categoría se habría hecho pedazos. Burris se había limitado a doblarse un poco. Chalk sabía que eso era interesante y digno de alabanza en términos de lo que el público podía conseguir con la historia de Minner Burris. Pero, además, Burris también sufría. Y eso resultaba particularmente interesante para Chalk.

Lona Kelvin. Una chica. Quedó huérfana muy pronto, confiada al Estado. No era bonita pero, por supuesto, aún tenía por delante los años de su madurez, y quizá llegara a florecer. Insegura, sin tener apenas ninguna idea de cómo tratar a los hombres, y no muy inteligente. (Aunque Chalk se preguntaba si no sería más inteligente de lo que se atrevía a dejar ver.) Tenía una cosa en común con Burris. Ella también había caído en poder de unos científicos: no eran horribles Cosas alienígenas, sino abstracciones de alto orden, amables, bondadosas e imparciales, vestidas con batas blancas, que, sin hacerle ningún daño a Lona, se habían limitado a tomar prestados algunos objetos innecesarios almacenados dentro de su cuerpo y los habían utilizado en un experimento. Eso era todo. Y ahora los cien bebés de Lona estaban germinando de sus relucientes úteros de plástico. ¿Habían brotado? Sí. Ya habían nacido. Dejando cierto vacío dentro de Lona. Sufría.

Duncan Chalk acabó decidiendo que sería un acto de caridad reunir a ese par de seres que sufrían.

—Que venga Bart —le dijo a su silla.

Aoudad entró de inmediato, como si se desplazara sobre ruedas, como si hubiera esperado tensamente en una antesala a que llegara esta misma llamada. Su tensión resultaba gratificante. Hacía mucho tiempo, Aoudad había sido un hombre emocionalmente ágil que se bastaba a sí mismo, pero Chalk sabía que al final se había roto bajo la prolongada presión. Su compulsivo perseguir a las mujeres era una clave de aquello. Sin embargo, cuando se le miraba, se podía ver una pretensión de fuerza. Los ojos fríos, los labios firmes. Chalk captó las emanaciones del miedo y el nerviosismo ocultas bajo la superficie. Aoudad esperó.

—Bart, ¿puedes traerme ahora mismo a Burris? —dijo Chalk.

—No ha salido de su habitación en semanas.

—Ya lo sé. Pero que sea yo quien acuda a él resultaría inútil. Tiene que ser convencido de que vuelva a mezclarse con la gente. He decidido seguir adelante con el proyecto.

Aoudad irradió una especie de terror.

—Le visitaré, señor. He estado planeando técnicas de contacto durante un cierto tiempo. Le ofreceré incentivos. Vendrá.

—No le menciones todavía a la chica para nada.

—No. Desde luego que no.

—Llevarás muy bien todo el asunto, Bart. Puedo confiar en ti. Ya lo sabes, ¿no? Hay mucho en juego, pero tú, como de costumbre, harás un trabajo excelente.

Chalk sonrió. Aoudad sonrió. En uno la sonrisa era un arma. En el otro, una defensa. Chalk captó las emanaciones. En lo más hondo de su ser estaban siendo activadas glándulas carentes de conductos evacuadores, y Chalk respondió a la inquietud de Aoudad con una sacudida de placer. Tras los fríos ojos grises de Aoudad se agitaba un remolino de incertidumbres. Sin embargo, Chalk había dicho la verdad: tenía fe en la destreza de Aoudad para encargarse de este asunto. Era Aoudad quien no tenía fe en sí mismo; y por esa razón todo lo que Chalk dijera para tranquilizarle no hacía sino hundir un poco más el cuchillo en la herida. Chalk había aprendido muy pronto ese tipo de tácticas.

—¿Dónde está Nick? —dijo Chalk.

—Fuera. Creo que anda siguiendo a la chica.

—La última noche estuvo a punto de estropearlo todo. La chica se encontraba en la Arcada y no estaba adecuadamente protegida. Un idiota intentó meterle mano. Nick tuvo suerte de que la chica se resistiera. La estoy manteniendo en reserva.

—Sí. Por supuesto.

—Naturalmente, nadie la reconoció. Ha sido olvidada. Tuvo su año de celebridad y hoy no es nada. Con todo —dijo Chalk—, hay una buena historia en ella si se la maneja adecuadamente. Pero, si algún desgraciado ignorante consigue echarle las zarpas encima y la mancha, eso arruinará la historia. Nick tendría que vigilarla más estrechamente. Se lo diré. Ocúpate de Burris.

Aoudad salió rápidamente de la habitación. Chalk se quedó sentado, canturreando en voz baja, sin hacer nada, lleno de placer. Esto funcionaría. Cuando el romance floreciese, el público estaría encantado. Habría mucho dinero a ganar. Naturalmente, a Chalk le serviría de muy poco tener más dinero. Eso le había motivado en tiempos pasados, pero ahora ya no era así. Tampoco le complacía demasiado el adquirir más poder. Pese a las teorías que circulaban sobre él, Chalk había alcanzado el poder suficiente para estar dispuesto a dejar de expandirlo con sólo tener la seguridad de que iba a conservar el que ya poseía. No, lo que gobernaba ahora sus decisiones era algo distinto, algo interior. Cuando tanto el amor al dinero como el amor al poder han quedado saciados, sigue existiendo el amor al amor. Chalk no encontraba su amor allí donde podían hallarlo otros, pero tenía sus necesidades. Minner Burris y Lona Kelvin quizá pudieran colmar esas necesidades. Catálisis. Sinergia. Después, ya se vería.

Cerró los ojos.

Se vio a sí mismo, desnudo, flotando, deslizándose a través del mar azul verdoso. Grandes olas abofeteaban sus lustrosos y blancos costados. Su enorme masa se movía con facilidad pues aquí carecía de peso, sostenida por el seno del océano: por una vez, los huesos no tenían que inclinarse bajo el tirón de la gravedad. Aquí Chalk era veloz. Giró hacia un lado y hacia otro, haciendo piruetas, demostrando su agilidad en el agua. A su alrededor jugueteaban los delfines, el calamar y el pez vela. Junto a él se movía la solemne y estúpida masa envarada del pez luna, que no era precisamente ningún enano, pero al que empequeñecía su reluciente inmensidad.

Chalk vio botes en el horizonte. Hombres que venían hacia él, de pie en sus embarcaciones, el rostro ceñudo. Ahora se había convertido en una presa. Lanzó una carcajada que parecía un trueno. Cuando los botes se aproximaron a él, dio la vuelta y nadó hacia ellos, provocándoles, invitándoles a que usaran contra él sus peores armas. Estaba cerca de la superficie, reluciendo con un brillo blanco bajo la luz del mediodía. Cortinas de agua semejantes a cascadas caían de su espalda.

Ahora los botes estaban muy cerca. Chalk giró. Potentes aletas azotaron el agua; un bote salió disparado hacia lo alto, se convirtió en astillas y dejó caer su manoteante cargamento de hombres en el agua salada. Un agitar de sus músculos le llevó lejos de sus perseguidores. Resopló, lanzando un gran geiser para celebrar su triunfo. Después se sumergió, lleno de alegría, buscando las profundidades, y en unos instantes su blancura se desvaneció en un reino donde la luz no era libre de entrar.

6 - Madre, compasión; déjame fenecer

—Tendrías que salir de tu habitación —sugirió amablemente la visita—. Mostrarte al mundo. Enfrentarte a él de cara. No hay nada que temer.

Burris gimió.

—¡Tú otra vez! ¿No vas a dejarme en paz?

—¿Cómo puedo dejarte? —preguntó su otro yo.

Burrís le miró por entre capas de creciente oscuridad. Hoy había comido tres veces, por lo que quizá fuera de noche, aunque no lo sabía ni le importaba. Una ranura reluciente le proporcionaba cualquier tipo de comida que pidiese. Los que habían cambiado la disposición de su cuerpo habían mejorado su sistema digestivo, pero no habían hecho ninguna alteración fundamental dentro de él. No estaba muy agradecido por esa pequeña bondad, pero aún podía vérselas con la comida terrestre. Sólo Dios sabía de dónde venían ahora sus enzimas, pero eran las mismas. Renina, pepsina, las lipasas, la amilasa pancreática, tripsina, ptialina, todo el viejo y diligente equipo de siempre. ¿Y el intestino delgado? ¿Cuál había sido el destino del duodeno, el yeyuno y el íleon? ¿Qué había reemplazado al mesenterio y al peritoneo? Perdidos, perdidos, todos se habían perdido, pero la renina y la pepsina lograban hacer su trabajo sin que supiera cómo. Eso habían dicho los doctores de la Tierra que examinaron a Burrís. Burrís tuvo la sensación de que habrían sido muy felices diseccionándole para enterarse con más detalle de sus secretos.

Pero todavía no. No, todavía no. Estaba dirigiéndose hacia ese momento, pero tardaría un tiempo en llegar.

Y la aparición de su antigua felicidad no pensaba irse.

—Mira tu cara —dijo Burrís—. Qué estúpidamente se mueven tus párpados, hacia arriba, hacia abajo, pestañeo, pestañeo... Los ojos son tan toscos. Tu nariz deja pasar la basura hacia tu garganta. Debo admitir que represento una considerable mejora comparado contigo.

—Por supuesto. Por eso te digo que salgas, que te dejes admirar por la humanidad.

—¿Cuándo admiró la humanidad a los modelos mejorados de sí misma? ¿Se quedó extasiado el pitecántropo ante los primeros neanderthales? ¿Aplaudió el neanderthal a los auriñacienses?

—La analogía no es adecuada. Tú no has evolucionado dejándoles atrás, Minner. Fuiste cambiado por medios externos. No tienen ninguna razón para odiarte por lo que eres.

—No necesitan odiar. No tienen más que mirar. Además, me duele todo. Es más sencillo permanecer aquí.

—¿Es realmente tan duro de soportar ese dolor?

—Me estoy acostumbrando a él —dijo Burrís—. Sin embargo, cada movimiento es como una cuchillada. Las Cosas estaban experimentando, nada más. Cometieron sus pequeños errores. Esta recámara extra de mi corazón: cada vez que se contrae, lo noto en mi garganta. Esas tripas relucientes y permeables que poseo ahora: cada vez que el alimento pasa por ellas, me duelen. Tendría que matarme. Sería la mejor liberación.

—Busca tu consuelo en la literatura —le aconsejó la aparición—. Lee. Hubo un tiempo en que lo hacías. Eras un hombre bastante instruido, Minner. Tres mil años de literatura a tu disposición. Varias lenguas. Hornero. Chaucer. Shakespeare.

Burrís contempló el sereno rostro del hombre que había sido.

—«Madre, compasión; déjame fenecer» —recitó.

—Termínalo.

—El resto no es aplicable.

—Termínalo de todos modos. Burrís dijo:

—«Que Adán e la perdida humanidad sean salvos del averno.»

—Pues entonces, muere —dijo el visitante con voz apacible—. Para que Adán sea rescatado del infierno junto con la humanidad condenada. De lo contrario, sigue con vida. Minner, ¿crees ser Jesús?

—Sufrió a manos de extranjeros.

—Para redimirlos. ¿Redimirás a las Cosas si vuelves a Manipool y mueres en su umbral? Burrís se encogió de hombros.

—No soy ningún redentor. Necesito redimirme yo mismo. Me encuentro bastante mal.

—¡Otra vez gimoteando!

—«Hijo, veo tu cuerpo pendido, tu seno, tu mano, tu pie de la antorcha quemado.»

Burris torció el gesto. Su nuevo rostro estaba bien diseñado para ello; los labios se deslizaron hacia fuera, igual que una puerta en forma de esfínter abriendo su iris, dejando al desnudo la empalizada subdividida por los dientes que nunca perecerían.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—¿Qué quieres tú, Minner?

—Abandonar esta carne. Recuperar otra vez mi viejo cuerpo.

—Un milagro, eso es lo que quieres. Y quieres que el milagro te suceda dentro de estas cuatro paredes.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro. Y es tan probable que ocurra aquí como en cualquier otra parte.

—No. Sal fuera. Busca ayuda.

—Ya he estado fuera. He sido examinado y han hurgado dentro de mí. No sirvió de nada. ¿Qué voy a hacer..., venderme a un museo? Vete, maldito espectro. ¡Márchate! ¡Márchate!

—Tu redentor vive —dijo la aparición.

—Dame su dirección.

No hubo respuesta. Burris se encontró contemplando las sombras llenas de telarañas. La habitación ronroneaba, cargada de silencio. Sentía latir su cuerpo a causa de la inquietud. Ahora estaba diseñado para mantener su tono muscular pese a la falta de ejercicio; era el cuerpo de un perfecto navegante espacial, equipado para vagar de una estrella a otra soportando todo el largo silencio. Así había llegado a Manipool. Estaba en su ruta. El Hombre era un recién llegado a las estrellas, apenas si había dejado atrás sus propios planetas. No había forma de saber con qué se podía encontrar uno allí, y lo que le sucedería. Burris había sido el infortunado. Había sobrevivido. Los demás yacían en hermosas tumbas bajo un sol de varios colores. Los italianos, Malcondotto y Prolisse..., no habían superado la cirugía. Fueron ensayos para la obra maestra de Manipool, el mismo Burris. Burris había visto a Malcondotto muerto, después de que hubieran terminado con él. Estaba en paz. Tenía un aspecto tan tranquilo, si es que un monstruo puede parecer tranquilo incluso en la muerte... Prolisse le había precedido. Burris no había visto lo que le hicieron a Prolisse, y quizá fuese mejor.

Había ido a las estrellas como un hombre civilizado, alerta a todo, con una mente flexible. No era un mono como los que trabajaban con los tubos, no fregaba cubiertas. Era un oficial, el más alto producto de la humanidad, armado con las mejores matemáticas y la más elevada topología. Una mente repleta de pepitas literarias. Un hombre que había amado, que había aprendido. Ahora Burris se alegraba de no haberse casado nunca. A un navegante estelar le resulta difícil tener esposa, pero aún resulta mucho más difícil regresar de las estrellas transformado y abrazar a tu antigua amada. El fantasma había vuelto.

—Consulta con Aoudad —le aconsejó—. Te llevará a donde puedes hallar ayuda. Hará que vuelvas a ser un hombre completo.

—¿Aoudad?

—Aoudad.

—No pienso verle.

Burris estaba solo una vez más.

Contempló sus manos. Dedos delicados y terminados en punta, dedos que no habían cambiado en nada esencial salvo el tentáculo prensil que le habían injertado a cada lado de la primera falange. Otra de sus pequeñas diversiones. Podrían haberle puesto un par de esos tentáculos bajo los brazos, para lo que le habrían servido... O darle una cola prensil, convirtiéndole al menos en un ser arbóreo tan eficiente como un mono del Brasil. Pero esos dos cables de músculo, del grosor de un lápiz y de siete centímetros y medio de longitud, ¿de qué servían? Por primera vez se dio cuenta de que le habían

ensanchado la mano para acomodar así los nuevos apéndices sin trastornar las proporciones de ésta. Qué considerado por su parte. Burris descubría una faceta distinta de su nuevo yo a cada día que pasaba. Pensó en Malcondotto, muerto. Pensó en Prolisse, muerto. Pensó en Aoudad. ¿Aoudad? ¿En qué forma concebible podía ayudarle Aoudad?

Lo habían tendido sobre una mesa o sobre el equivalente de una mesa en Manipool, algo que se agitaba y no parecía demasiado seguro. Lo habían medido. ¿Qué habían comprobado? Temperatura, ritmo cardíaco, presión sanguínea, peristalsis, dilatación de las pupilas, absorción de yodo, funciones capilares, ¿cuántas cosas más? Habían colocado calibradores sobre la película salina que cubría sus globos oculares. Habían calculado el volumen de contenido celular en el conducto seminal. Habían buscado los caminos seguidos por la excitación neural para poder bloquearlos.

Anestesia. ¡Un triunfo!

Cirugía.

Quitar la corteza, pelándola. Buscar la pituitaria, el hipotálamo, la tiroides. Calmar los aleteantes ventrículos. Descender con escalpelos minúsculos e intangibles para entrar en los pasadizos. El cuerpo, ya lo había sospechado Galeno, no era más que una bolsa de sangre. ¿Existía un sistema circulatorio? ¿Había una circulación? En Manipool habían descubierto los secretos de la constitución humana en tres sencillas lecciones. Malcondotto, Prolisse, Burris. A dos de ellos no habían sabido utilizarlos. El tercero resistió.

Habían anudado los vasos sanguíneos. Habían dejado al desnudo la sedosidad gris del cerebro. Aquí estaba el nódulo de Chaucer. Ahí el arado de Piers. Aquí la agresión. El deseo de venganza. La percepción sensorial. Caridad. Fe. En este bulto reluciente moraban Proust, Hemingway, Mozart, Beethoven, ahí estaba Rembrandt.

¡Mirad, mirad el firmamento donde se extiende la sangre de Cristo!

Había esperado a que todo empezara, sabiendo que Malcondotto había perecido bajo sus manipulaciones y que Prolisse, con la piel arrancada y el cuerpo hecho pedazos, ya no existía. Quedaos quietas, esferas del cielo en eterno movimiento, para que pueda cesar el tiempo y nunca llegue la medianoche. La medianoche llegó. Los cuchillos se hundieron en su cerebro. No le dolería, estaba seguro de eso, y sin embargo le tenía miedo al dolor Su único cuerpo, su yo insustituible. No les había hecho daño. Había acudido a ellos con toda su inocencia.

Una vez, de niño, se hizo un corte en la pierna mientras jugaba, un corte hondo que se abría para revelar la carne en su interior. Una herida, pensó, tengo una herida. La sangre había brotado y caído sobre su pie. Le habían curado, no tan rápidamente como se hacían hoy estas cosas, pero mientras observaba cómo le cosían la roja abertura había pensado en el cambio producido. Su pierna nunca volvería a ser la misma, a partir de ahora llevaría la cicatriz de la herida. A la edad de doce años eso le había conmovido profundamente... un cambio tan fundamental en su cuerpo, tan permanente. Pensó en aquello durante los momentos finales antes de que las Cosas empezaran a trabajar en él. ¡Venid, venid, montañas y colinas, venid y caed sobre mí para ocultarme a la pesada ira de Dios! ¡No, No! Entonces, me hundiré en la tierra: ¡tierra, ábrete!

Una orden inútil.

¡Oh, no, no desea acogerme!

Los silenciosos cuchillos giraron velozmente. El núcleo de la médula, que recibía impulsos del mecanismo vestibular del oído..., fuera. Los ganglios basales. El sulci y el giri. Los bronquios, con sus anillos cartilagosos. Los alvéolos, las maravillosas esponjas. La epiglotis. El vas deferens. Los vasos linfáticos. Dendritas y axones. Los doctores sentían una gran curiosidad: ¿cómo funciona esta maravillosa criatura? ¿De qué está compuesta?

Le fueron desmontando hasta dejarle tendido sobre una mesa, anestesiado, extendido hasta una distancia infinita. ¿Seguía vivo en ese momento? Manojos de nervios, montones de intestinos. ¡Ahora, cuerpo, conviértete en aire, o Lucifer te llevará raudo al infierno! ¡Oh, alma, hazte gotitas de agua y cae en el océano para no ser nunca hallada!

Habían vuelto a montarlo con paciencia. Realizaron la tediosa labor de reconstruirlo, mejorando el modelo original allí donde más importaba mejorarlo. Y, después, no cabía duda de que, sintiendo un gran orgullo, los habitantes de Manipool le devolvieron a su gente.

¡No te acerques, Lucifer!

—Consulta con Aoudad —le aconsejó la aparición.

¿Aoudad? ¿Aoudad?

7 - Aquí está la muerte, tirándome de la oreja

La habitación apestaba. El olor era horrible. Preguntándose si aquel hombre se tomaba alguna vez la molestia de ventilarla, Bart Aoudad introdujo disimuladamente un reductor olfatorio en su sistema. El cerebro funcionaría tan agudamente como siempre; más le valía. Pero, durante un tiempo, las fosas nasales dejarían de informar sobre todo aquello que de otra forma les habría sido posible detectar.

Tenía suerte de estar aquí, con mal olor o sin él. Había ganado ese privilegio tras un concienzudo cortejo.

—¿Es capaz de mirarme? —dijo Burris.

—Es sencillo. Sinceramente, me fascina. ¿Esperaba que me sintiera repelido?

—Hasta el momento, eso es lo que le ha ocurrido a la mayoría de la gente.

—La mayoría de la gente es imbécil —dijo Aoudad.

No reveló que ya llevaba observando a Burris desde hacía muchas semanas, las suficientes como para estar preparado a resistir todo lo que de extraño había en aquel hombre. Era extraño, sí, y tenía mucho de repulsivo; pero los rasgos y configuraciones de su cuerpo eran algo a lo que uno terminaba acostumbrándose. Aoudad aún no estaba preparado para solicitar el mismo tratamiento de belleza, pero era insensible a las deformidades de Burris.

—¿Puede ayudarme? —preguntó Burris.

—Creo que puedo.

—Siempre que yo quiera ayuda.

—Doy por sentado que la desea. Burris se encogió de hombros.

—No estoy seguro de ello. Podría decirse que me estoy acostumbrando a mi aspecto actual. Dentro de unos cuantos días más, incluso es posible que empiece a salir de nuevo a la calle.

Era mentira, y Aoudad lo sabía. En cuanto a cuál de los dos intentaba engañar Burris, Aoudad no podía decirlo. Pero, por muy plácidamente que Burris pudiera ocultar en este momento su amargura, el visitante estaba más que enterado de que, dentro de él, aún seguía hirviendo. Burris quería salir de este cuerpo.

—Trabajo para Duncan Chalk —dijo Aoudad—. ¿Conoce ese nombre?

—No.

—Pero... —Aoudad logró engullir su sorpresa—. Por supuesto. No ha pasado usted mucho tiempo en la Tierra. Chalk le proporciona diversiones al mundo. Tal vez haya visitado la Arcada, o puede que haya estado en el Tívoli de la Luna.

—He oído hablar de ellos.

—Son empresas de Chalk. Entre muchas otras. Mantiene felices y contentas a miles de millones de personas en este sistema. Incluso está planeando extender sus operaciones a

otros sistemas dentro de poco. —Eso era mas bien una hipérbole imaginativa por parte de Aoudad pero Burris no necesitaba saberlo.

—¿Y? —dijo Burris.

—Verá, Chalk es muy rico. Chalk tiene sentimientos altamente humanitarios. La combinación es bastante buena. Contiene posibilidades que podrían beneficiarle.

—Ya las capto —dijo Burris con voz tranquila, inclinándose hacia delante y entrelazando los tentáculos que se retorcían en sus manos—. Me contrata para que me exhiba en los circos de Chalk. Me paga ocho millones al año. Todos los buscadores de curiosidades del sistema vienen a echarme un vistazo. Chalk se hace más rico, yo me convierto en millonario, muero feliz, y las miserables curiosidades de las multitudes se ven gratificadas. ¿Sí?

—No —dijo Aoudad, alarmado por lo cercana a la realidad que estaba la hipótesis de Burris—. Estoy seguro de que bromea usted. Debe comprender que al señor Chalk le resultaría inconcebible explotar su..., esto..., su infortunio de esa forma.

—¿Cree usted que es un infortunio tan grande? —preguntó Burris—. Funciono bastante bien. Hay cierto dolor, por supuesto, pero puedo permanecer bajo el agua durante quince minutos. ¿Puede usted hacer eso? ¿Tanta compasión siente hacia mí?

No debo permitir que me haga perder el control, decidió Aoudad. Es un demonio. Se llevará bien con Chalk.

—Desde luego, me alegra saber que encuentra su situación actual razonablemente satisfactoria —dijo Aoudad—. Con todo, y permítame que sea sincero, sospecho que le alegraría volver a la forma humana normal.

—Eso es lo que piensa, ¿eh?

—Sí.

—Señor Aoudad, es usted un hombre notablemente perceptivo. ¿Ha traído consigo su varita mágica?

—En esto no hay ninguna magia. Pero, si está usted dispuesto a hacer algo a cambio de lo que él haga por usted, es posible que Chalk pueda conseguir que se le transfiera a un cuerpo más convencional.

El efecto que estas palabras tuvieron sobre Burris fue inmediato y electrizante.

Abandonó su pose de despreocupada indiferencia. Hizo a un lado el burlón alejamiento tras el que, Aoudad podía comprenderlo ahora, ocultaba su agonía. Su cuerpo se estremeció igual que una flor de cristal a la que la brisa hace vibrar. Sufrió una pérdida momentánea del control muscular: su boca se movió convulsivamente, mostrando una rápida serie de sonrisas laterales, una puerta abriéndose y cerrándose, y los ojos se agitaron en una veloz docena de parpadeos.

—¿Cómo puede hacerse eso? —preguntó Burris.

—Permita que sea Chalk quien se lo explique. La mano de Burris se clavó en el muslo de Aoudad. Aoudad no se encogió ante aquel contacto metálico.

—¿Es posible? —dijo Burris con voz ronca.

—Puede serlo. La técnica aún no está perfeccionada.

—¿Y esta vez voy a ser también el conejillo de indias?

—Por favor... Chalk nunca sería capaz de hacerle sufrir más molestias. Habrá investigaciones adicionales antes de que pueda serle aplicado el proceso. ¿Hablará con él?

Duda. Una vez más, los ojos y la boca actuaron sin que la voluntad de Burris pareciera intervenir en ello. Después, el navegante estelar recuperó el dominio de sí mismo. Se irguió, entrelazó los dedos de las manos, cruzó las piernas. Aoudad se preguntó cuántas articulaciones tendría en la rodilla. Burris guardaba silencio. Calculando. Electrones recorriendo velozmente los senderos de ese cerebro atormentado.

—Si Chalk puede colocarme en otro cuerpo... —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué ganará con ello?

—Ya se lo he dicho. Sus sentimientos humanitarios. Sabe que usted sufre un gran dolor. Quiere hacer algo al respecto. Hable con él, Burris. Deje que le ayude.

—Aoudad, ¿quién es usted?

—Nadie. Una extremidad de Duncan Chalk.

—¿Es una trampa?

—Es usted demasiado suspicaz —dijo Aoudad—. Deseamos lo mejor para usted.

Silencio. Burris se puso en pie, recorrió la habitación con un paso peculiar, fluido y deslizante. Aoudad estaba rígido.

—Chalk —murmuró finalmente Burris—. Sí. ¡Lléveme a Chalk!

8 - Stabat Mater Dolorosa

En la oscuridad, a Lona le resultaba muy fácil fingir que estaba muerta. A menudo lloraba ante su propia tumba. Se veía a sí misma en una colina, en un montículo de tierra cubierto de hierba, con una minúscula losa clavada en el suelo a sus pies. AQUÍ YACE.

VÍCTIMA. ASESINADA POR LOS CIENTÍFICOS.

Tiró de las sábanas, cubriendo su delgado cuerpo. Sus ojos, con los párpados fuertemente apretados, retuvieron las lágrimas. BENDITO DESCANSO. ESPERANZA DE REDENCIÓN. ¿Qué hacían hoy en día con los cadáveres? ¡Meterlos en el horno! Un relámpago de calor. Una luz, igual que la del sol. Y luego polvo. El polvo al polvo. Un largo sueño.

Una vez casi estuve muerta, se recordó. Pero me detuvieron. Me hicieron volver.

Hace seis meses, en pleno calor del verano. Una buena estación para morir, pensó. Sus bebés habían nacido. Tal y como lo hicieron, metiéndolos en botellas, no se necesitaban nueve meses. Más o menos unos seis meses. El experimento había tenido lugar hacía exactamente un año. Seis meses para que los bebés vieran la luz. Después, la insoportable publicidad..., y aquel breve y deliberado contacto con la muerte.

¿Por qué la habían escogido?

Porque estaba allí. Porque estaba disponible. Porque no podía protestar. Porque llevaba el vientre lleno de óvulos fértiles que probablemente nunca necesitaría.

—Los ovarios de una mujer contienen varios cientos de miles de óvulos, señorita Kelvin. Durante su vida, unos cuatrocientos de esos óvulos llegarán a la madurez. El resto son superfluos. Ésos son los que deseamos utilizar. Sólo necesitamos unos pocos centenares...

—En el nombre de la ciencia...

—Un experimento crucial...

—Los óvulos son superfluos. Puede desprenderse de ellos y no experimentará ninguna pérdida...

—La historia de la medicina..., su nombre..., para siempre...

—Ningún efecto sobre su futura fertilidad. Podrá casarse y tener una docena de hijos normales...

Era un experimento intrincado, con muchas facetas. Habían tenido aproximadamente un siglo para perfeccionar las técnicas, y ahora las estaban reuniendo todas en un solo proyecto. La ovogénesis natural combinada con la maduración sintética de los óvulos. Inducción embriónica. Fertilización externa. Incubación extramaterna después de reimplantar los óvulos fertilizados. Palabras. Sonidos. Capacitación sintética. Desarrollo fetal ex útero. Simultaneidad del material genético. ¡Mis bebés! ¡Mis bebés!

Lona no supo quién era el «padre», sólo que un donante único proporcionaría todo el semen, al igual que una sola donante proporcionaría todos los óvulos. Eso lo había

entendido. Los doctores se mostraron muy buenos y le explicaron el proyecto paso a paso, hablándole como le hablarían a una niña. Lona fue siguiendo casi todo lo que le decían. La trataban con cierta condescendencia porque no había tenido una educación digna de ese nombre y porque le daba miedo enfrentarse a las ideas difíciles, pero la inteligencia básica estaba allí, disponible. Su parte dentro del proyecto era sencilla, y terminó en la primera fase. Sacaron de sus ovarios varios centenares de óvulos fértiles pero inmaduros. En cuanto a ellos concernía, Lona podía volver a la más absoluta oscuridad. Pero ella necesitaba saber lo que ocurría. Fue siguiendo los pasos posteriores.

Los óvulos fueron introducidos en ovarios artificiales hasta madurar. Una mujer sólo podía madurar dos o tres óvulos a la vez en el invernadero oculto en el centro de su cuerpo; las máquinas podían manejar centenares, y lo hacían. Después vino el trabajoso pero esencialmente nada nuevo proceso de la microinyección de los óvulos para fortalecerlos. Y luego la fertilización. Los espermatozoides avanzaron nadando hacia su objetivo. Un solo donante, un solo chorro explosivo en el tiempo de la cosecha. Muchos óvulos se habían perdido en las primeras etapas. Muchos no eran fértiles o no fueron fertilizados. Pero un centenar de ellos sí. El pequeño nadador llegó a su puerto de refugio.

Ahora, la reimplantación de los óvulos fertilizados. Se había hablado de encontrar un centenar de mujeres para que llevaran el centenar de cigotos en el proceso de crecimiento. Fetos-cuculillo, abultando los vientres equivocados. Pero al final se consideró que eso resultaba excesivo. Una docena de mujeres se ofrecieron voluntarias para llevar el embarazo a su final; el resto de los óvulos fertilizados fue a parar a los úteros artificiales. Una docena de pálidos vientres desnudos bajo las brillantes luces. Una docena de pares de suaves muslos abriéndose no para un amante sino para recibir el aluminio gris mate. El lento empujón, la entrada del chorro, el realizarse de la implantación. Algunos de los intentos fracasaron. Ocho de aquellos lisos vientres pronto empezaron a hincharse.

—Dejen que me presente voluntaria —había dicho Lona. Tocando su chato vientre—. Dejen que lleve dentro uno de los bebés.

—No.

Se lo dijeron de forma más amable. Le explicaron que, dentro del marco del experimento, resultaba innecesario que ella sufriera la molestia del embarazo. Hacía mucho tiempo se había demostrado que se podía tomar un óvulo del cuerpo de una mujer, fertilizarlo en otra parte y reimplantarlo de nuevo dentro de ella para el período habitual de gestación. ¿Por qué repetir eso? Ya había sido verificado y confirmado. Podía ahorrársele esa incomodidad. Deseaban saber hasta qué punto era posible que una madre humana llevara dentro un embrión intruso, y para aquello no necesitaban a Lona. ¿Había alguien que necesitara ahora a Lona? Nadie necesitaba ahora a Lona. Nadie. Lona se mantuvo atenta a lo que estaba sucediendo.

Las ocho madres voluntarias no tuvieron problemas. Su embarazo fue acelerado artificialmente. Sus cuerpos aceptaron a los intrusos, los alimentaron con sangre y los envolvieron cálidamente en placentas. Un milagro médico, sí. Pero, ¡qué superior era la emoción de prescindir totalmente de la maternidad!

Una hilera de cajas relucientes. En cada una, un cigoto subdividiéndose. El ritmo de la partición celular cortaba la respiración. A Lona le daba vueltas la cabeza. El crecimiento era inducido en el citoplasma cortical de los cigotos a medida que iban separándose, y luego se provocaba en los principales órganos axiales. «Con el avance de la gastrulación, el manto mesodérmico se extiende partiendo del blastoporo y su borde anterior llega a colocarse justo detrás del futuro ectodermo de la lente. Este borde es el futuro corazón, y es también un inductor de la lente. En la etapa de molde neural abierto del desarrollo, las futuras células lente están localizadas en dos áreas de la epidermis que se encuentran justo a los lados de la placa del cerebro anterior. A medida que la placa neural sube para

convertirse en un tubo, las futuras células retinales se desprenden del proyecto de cerebro como parte de la vesícula óptica.»

En seis meses, un centenar de bebés a los que hacer saltar en el regazo.

Una palabra jamás usada antes en un contexto humano y ahora en los labios de todos: centillizos.

¿Por qué no? ¡Una madre, un padre! El resto era accesorio. Las mujeres que llevaban dentro los óvulos, los úteros metálicos..., habían proporcionado calor y sustento, pero no eran las madres de los niños.

¿Quién era la madre?

El padre no importaba. La inseminación artificial era algo que sólo provocaba bostezos. Estadísticamente al menos, un varón podía fertilizar a todas las mujeres del mundo en dos tardes. Si el semen de un hombre había engendrado de una vez a cien bebés, ¿qué más daba?

Pero la madre...

Se suponía que su nombre no iba a ser difundido. «Donante anónima», ése era su sitio en la historia de la medicina. Pero la noticia era demasiado buena. Especialmente el hecho de que aún no hubiera cumplido los diecisiete años. Especialmente el que fuera soltera. Especialmente (eso juraban los médicos) el que, técnicamente, fuera virgen.

Dos días después del parto simultáneo de los centillizos, el nombre de Lona y su logro eran del dominio público.

Lona, delgada y llena de miedo, ante las luces deslumbrantes.

—¿Se encargará usted misma de darles nombre a los bebés?

—¿Qué sintió cuando le quitaron los óvulos?

—¿Qué se siente sabiendo que es usted la madre de la mayor familia de toda la historia humana?

—¿Quiere casarse conmigo?

—Ven a vivir conmigo, ámame.

—¡Medio millón por los derechos exclusivos de la historia!

—¿No ha estado nunca con un hombre?

—¿Cómo reaccionó cuando le dijeron cuál iba a ser el experimento?

—¿Ha conocido al padre?

Un mes así. Su pálida piel enrojecida por el brillo de las cámaras. Los ojos desorbitados, cansados, inyectados en sangre. Preguntas. Doctores junto a ella para guiar sus respuestas. Su momento de gloria, deslumbrante, confuso. Los doctores lo odiaban casi tanto como ella. Jamás habrían difundido su nombre: pero uno de ellos lo hizo, a cambio de cierto precio, y entonces se abrieron las compuertas del dique. Ahora intentaban evitar más errores instruyéndola sobre lo que debía decir. Lo cierto es que Lona llegó a decir muy poco. Parte de su silencio brotaba de su miedo, parte de la ignorancia. ¿Qué podía contarle al mundo? ¿Qué deseaba el mundo de ella?

Durante un breve período de tiempo fue una de las maravillas del planeta. Las máquinas de música cantaban una canción sobre ella. Un grave compás de cuerdas; el triste lamento de la madre de los centillizos. Sonaba por todas partes. No podía soportar el oírlo. Ven a hacer un bebé conmigo, encanto. Ven a hacer cien más. Sus amigos, que para empezar ya no eran muchos, se dieron cuenta de que la incomodaba hablar de Aquello, así que hablaban deliberadamente de otras cosas, de lo que fuera, y finalmente se limitaron a quedarse callados. Lona guardaba silencio. Los desconocidos querían enterarse de qué sentía teniendo todos aquellos bebés. ¿Cómo podía explicárselo? ¡Apenas si lo sabía! ¿Por qué habían compuesto una canción sobre ella? ¿Por qué cotilleaban, por qué tanto fisgar? ¿Qué querían?

Para algunos, todo aquello era una blasfemia. Desde los pulpitos cayeron truenos. Lona sintió el acre olor del fuego y el azufre en sus fosas nasales. Los bebés chillaban, se agitaban y gorgoteaban. Los visitó una vez, y lloró, y cogió a uno en brazos para acunarlo.

Se lo quitaron enseguida y lo devolvieron a su entorno aséptico. No se le permitió volver a visitarlos.

Centillizos. Cien parientes compartiendo el mismo grupo de genes. ¿Cómo serían? ¿Cómo crecerían? ¿Era posible que un hombre viviese en un mundo compartido por cincuenta hermanas y cincuenta hermanos? Eso era parte del experimento. Este experimento iba a durar toda una vida. Los psicólogos ya habían entrado en escena. De los quintillizos se sabían muchas cosas: los sextillizos habían sido parcialmente estudiados, y treinta años antes hubo un breve tiempo en el que observar a unos septillizos. Pero, ¿centillizos? ¡Un infinito de nuevas investigaciones!

Sin Lona. Su parte había terminado el primer día. Algo frío y que hacía cosquillas metido entre sus muslos por una sonriente enfermera. Después, hombres que contemplaban su cuerpo sin ningún interés. Una droga. Un sopor neblinoso a través del cual era consciente de la penetración. Ninguna otra sensación. El final. «Gracias, señorita Kelvin. Sus honorarios.» Sábanas frescas sobre su cuerpo. En otro lugar estaban empezando a hacer cosas con los óvulos que le habían tomado prestados.

Mis bebés. Mis bebés.

¡Luces en mis ojos!

Cuando llegó el momento de matarse, Lona no tuvo demasiado éxito en ello. Los doctores que eran capaces de darle vida a un puntito de materia también eran capaces de mantener la vida en la fuente de ese puntito. La dejaron como nueva, y luego se olvidaron de ella.

Los prodigios fugaces siempre acaban consiguiendo rápidamente la oscuridad.

La oscuridad, pero no la paz. La paz fue algo que nunca se le concedió; tenía que ser ganada de la forma más dura, desde dentro. Lona vivía de nuevo en la oscuridad, pero nunca podría volver a ser la misma, pues en algún lugar había cien bebés que crecían y se desarrollaban. Habían llegado no sólo a sus ovarios sino también a las mismísimas entrañas de la vida para sacar de ella a esos bebés, y Lona todavía sentía temblar su cuerpo a causa del retroceso.

Se estremecía en la oscuridad.

Pronto volveré a intentarlo, se prometió a sí misma. Muy pronto. Y esta vez nadie se fijará en mí. Dejarán que me vaya. Dormiré mucho tiempo.

9 - En el principio fue el verbo

Para Burris fue algo así como nacer. No había dejado su habitación desde hacía tantas semanas que había llegado a parecerle un refugio permanente.

Claro que Aoudad se encargó de que el parto le resultara tan poco doloroso como fuera posible. Partieron de noche, cuando la ciudad dormía. Burris iba cubierto por una capa y llevaba la cabeza encapuchada. Eso le daba un aspecto tan parecido al de un conspirador que no tuvo más remedio que sonreír ante el efecto; sin embargo, le parecía necesario. La capucha le ocultaba muy bien y, mientras mantuviera la cabeza gacha, estaba a salvo de las miradas de los transeúntes. Cuando salieron del edificio, Burris permaneció pegado a la pared más alejada del pozo, rezando para que a nadie se le ocurriera utilizarlo mientras bajaba. Nadie lo hizo. Pero, cuando iban hacia la entrada, una masa vagabunda de luz le silueteó por un instante, justamente cuando entraba uno de los inquilinos que volvía a su hogar. El hombre se detuvo un segundo, intentando ver algo por debajo del capuchón. Burris no alteró el gesto. El hombre parpadeó al ver lo inesperado. El feroz y distorsionado rostro de Burris le contempló fríamente, y el hombre siguió avanzando. Esa noche tendría el sueño manchado por las pesadillas. Pero Burris pensó que eso era mejor que no ver cómo la pesadilla se infiltraba en la misma textura de tu vida, igual que le había sucedido a él. Un vehículo esperaba pegado al edificio.

—Normalmente, Chalk no celebra entrevistas a estas horas —le dijo con voz animada Aoudad—. Pero, claro, debe comprender que esto es algo especial... Pretende tratarle con tanta consideración como sea posible.

—Espléndido —dijo Burris con voz sombría.

Entraron en el coche. Era como cambiar un útero por otro, menos espacioso pero más acogedor. Burris se acomodó en un asiento-sofá lo bastante grande como para contener a varias personas pero, evidentemente, modelado para acoger a un solo par de enormes nalgas. Aoudad se instaló junto a él, en otro asiento de un tipo más normal. El coche se puso en movimiento, alejándose silenciosamente con un latir de turbinas. Sus sistemas captaron las emanaciones de la autopista más cercana, y muy pronto hubieron dejado tras ellos las calles de la ciudad y se encontraron avanzando velozmente por una ruta de acceso restringido.

Las ventanillas del coche estaban agradablemente opacificadas. Burris se quitó la capucha. Estaba acostumbándose a mostrarse a otras personas, al menos en etapas cortas. Aoudad, a quien no parecían importarle sus mutilaciones, era un buen sujeto con el que practicar.

—¿Algo de beber? —preguntó Aoudad—. ¿Fuma? ¿Algún tipo de estimulante?

—No, gracias.

—¿Puede consumir ese tipo de cosas..., siendo como es ahora?

Burris le sonrió sin ninguna alegría.

—Incluso ahora, mi metabolismo es básicamente parecido al suyo. Las cañerías son diferentes. Puedo comer sus alimentos. Bebo lo mismo que usted. Pero en este momento no me apetece tomar nada.

—No estaba seguro de ello. Disculpe mi curiosidad.

—Por supuesto.

—Y las funciones corporales...

—Mejoraron la excreción. No sé qué han hecho con la reproducción. Los órganos siguen ahí, pero, ¿funcionan? No he tenido demasiadas ganas de hacer la prueba.

Los músculos de la mejilla izquierda de Aoudad se tensaron como en un espasmo. A Burris no se le escapó esa respuesta. ¿Por qué está tan interesado en mi vida sexual? ¿Mera salacidad normal? ¿O es algo más?

—Disculpe mi curiosidad —dijo nuevamente Aoudad.

—Ya la he disculpado. —Burris se reclinó en el asiento y sintió como éste le hacía cosas extrañas. Un masaje, quizá. Sin duda estaba tenso, y el pobre asiento intentaba arreglar las cosas. Pero el asiento estaba programado para un hombre mucho más grande que él. Parecía estar zumbando igual que si tuviera un circuito sobrecargado. Burris se preguntó si lo que le molestaba sería tan sólo la diferencia de tamaño. ¿O acaso eran los contornos reestructurados de su anatomía lo que le ponía tan nervioso?

Le habló de ello a su acompañante, y Aoudad desconectó el asiento. Sonriendo, Burris se felicitó a sí mismo por su plácido estado de relajación. No había dicho ni una sola frase amarga desde la llegada de Aoudad. Se encontraba tranquilo, libre de tempestades, flotando en un punto central muerto. Bien. Bien. Había pasado demasiado tiempo solo y permitiendo que sus miserias le corroyeran. Aoudad, pobre imbécil, era un ángel de misericordia venido para liberarle de sí mismo. Me siento agradecido, se dijo Burris con satisfacción.

—Esto es. La oficina de Chalk se encuentra aquí.

El edificio era relativamente bajo, sólo unos tres o cuatro pisos, pero se encontraba bien apartado de las torres que lo flanqueaban. El gran tamaño de su masa, que se extendía de forma horizontal, compensaba su falta de altura. A derecha e izquierda se abría en ángulos sostenidos por grandes soportes; Burris, usando su visión Periférica aumentada, miró tan lejos como le fue posible hacia los flancos del edificio y calculó que probablemente tendría ocho lados. La pared exterior era de un metal marrón oscuro,

delicadamente acabado y con incrustaciones ornamentales de guijarros. Dentro del edificio no se veía luz alguna; pero, claro, tampoco había ventanas. De repente una de las paredes se abrió ante ellos al moverse silenciosamente un oculto panel. El vehículo se lanzó hacia delante igual que un cohete y se detuvo en las entrañas del edificio. Su compuerta se abrió bruscamente. Burris se dio cuenta de que un hombre bajito y con los ojos brillantes le estaba mirando.

Al encontrarse tan inesperadamente examinado por un desconocido experimentó un breve momento de aturdimiento. Se recobró rápidamente y le devolvió la mirada, invirtiendo el flujo de la sensación. También el hombre bajito era digno de que se le mirase. Pese a no haber podido beneficiarse de los cuidados de cirujanos malévolos, era asombrosamente feo. Casi no tenía cuello; su espesa y revuelta cabellera negra bajaba hacia su pecho; sus orejas eran grandes y deformes; la nariz tenía el puente muy estrecho y poseía unos labios increíblemente largos y delgados que ahora mismo se hallaban fruncidos en un repelente mohín de fascinación. No era ninguna belleza.

—Minner Burris —dijo Aoudad—. Leontes D'Amore, miembro del personal de Chalk.

—Chalk está despierto y esperando —dijo D'Amore. Incluso su voz era desagradable.

Y sin embargo, pensó Burris, se enfrenta al mundo cada día.

Encapuchado una vez más, se dejó absorber por una red de tubos neumáticos hasta que se encontró en una inmensa y cavernosa estancia en la que había empotrados varios niveles de puntos de actividad. En esos instantes la actividad no era demasiada; los escritorios estaban vacíos y las pantallas en silencio. El lugar estaba iluminado por el suave brillo de los hongos termoluminiscentes. Burris giró lentamente sobre sí mismo y paseó la mirada por la habitación, haciéndola subir por una serie de peldaños de cristal hasta ver, sentado como en un trono cerca del techo, al otro extremo de la habitación, a una persona enorme.

Chalk. Obviamente.

Burris se quedó inmóvil, absorto en el espectáculo, olvidando por un momento el millón de minúsculos agujonazos del dolor que eran sus constantes compañeros. ¿Tan grande? ¿Tan recubierto de carne? Aquel hombre había devorado a toda una legión de ganado para alcanzar semejante masa.

Aoudad, que estaba junto a él, le instó amablemente a que avanzara, sin atreverse del todo a tocar el codo de Burris.

—Deje que le vea —dijo Chalk. Su voz era suave y afable—. Aquí arriba. Suba hasta mí, Burris.

Un instante más. Cara a cara.

Burris se quitó la capucha con un encogimiento de los hombros y después se quitó también la capa. Que mire. No necesito sentir vergüenza ante esta montaña de carne.

La plácida expresión de Chalk no se alteró.

Estudió a Burris cuidadosamente, con un profundo interés y sin dar la más mínima señal de repugnancia. Aoudad y D'Amore se esfumaron ante una seña de su gorda mano. Burris y Chalk se quedaron solos en la inmensa habitación sumida en la penumbra.

—Hicieron todo un trabajo con usted —observó Chalk—. ¿Tiene alguna idea de por qué?

—Pura curiosidad. También el deseo de mejorar las cosas. Dentro de su inhumanidad, son bastante humanos.

—¿Qué aspecto tienen?

—Cubiertos como de viruela. Piel parecida al cuero. Prefiero no hablar de ello.

—Está bien. —Chalk no se había levantado. Burris estaba ante él, las manos juntas, los pequeños tentáculos exteriores uniéndose y separándose. Observó que a su espalda había un asiento, y lo ocupó sin que Chalk se lo indicara.

—Un lugar increíble —dijo.

Chalk sonrió y permitió que la frase se perdiera en la nada.

—¿Duele? —dijo.

—¿El qué?

—Sus cambios.

—Hay una considerable incomodidad. Los tranquilizantes terrestres no ayudan demasiado. Le hicieron cosas a los canales nerviosos, y nadie sabe muy bien dónde aplicar los bloqueos. Pero es soportable. Dicen que los miembros de los amputados laten y duelen durante años después de haber sido eliminados. Supongo que se trata de la misma sensación.

—¿Le quitaron algún miembro?

—Todos —dijo Burris—. Y volvieron a ponerlos de una forma nueva. Los médicos que me examinaron estaban muy contentos con mis articulaciones, así como con mis nuevos tendones y ligamentos. Éstas son mis manos originales, un poco alteradas. Los pies también son míos. Realmente, no estoy seguro de qué parte es mía y qué parte de ellos.

—¿E internamente?

—Todo es distinto. El caos. Están preparando un informe al respecto. No llevo mucho tiempo de vuelta en la Tierra. Me estudiaron durante una temporada, y luego me rebelé.

—¿Por qué?

—Me estaba convirtiendo en un objeto. No sólo para ellos, sino también para mí mismo. No soy una cosa. Soy un ser humano que ha sido remodelado. Por dentro sigo siendo humano. Cláveme una aguja y sangraré. ¿Qué puede hacer por mí, Chalk?

Una carnosa mano se agitó en el aire.

—Paciencia. Paciencia. Quiero saber más sobre usted. Era navegante espacial, ¿verdad? ¿Oficial?

—Sí.

—¿La academia y todo eso?

—Naturalmente.

—Sus calificaciones debían ser buenas. Le dieron una misión muy dura. El primer aterrizaje en un mundo de seres inteligentes..., nunca es fácil. ¿Cuántos eran en su equipo?

—Tres. Todos pasamos por la cirugía. Prolisse murió el primero, y luego murió Malcondotto. Fue una suerte para ellos.

—¿Le disgusta su cuerpo actual?

—Tiene sus ventajas. Los doctores dicen que probablemente viviré quinientos años. Pero me duele, y también resulta embarazoso. Nunca pensé que acabaría siendo un monstruo. No estoy hecho para eso.

—No es tan horrible como pueda parecerle —observó Chalk—. Oh, sí, los niños huyen gritando al verle y todo ese tipo de cosas... Pero los niños son unos conservadores. Aborrecen cualquier cosa nueva. Pienso que ese rostro tiene un considerable atractivo, a su manera. Me atrevería a decir que un montón de mujeres serían capaces de arrojarse a sus pies.

—No lo sé. No lo he intentado.

—Lo grotesco posee su atractivo, Burris. Cuando nací, yo pesaba más de nueve kilos. Mi peso nunca me ha molestado. Pienso en él como en un recurso más.

—Ha tenido toda una vida para acostumbrarse a su tamaño —dijo Burris—. Ha logrado adaptarse a él de mil formas diferentes. Además, ha escogido ser así. Yo fui la víctima de un capricho incomprensible. Fue una violación. He sido violado, Chalk.

—¿Quiere que todo vuelva a ser como antes?

—¿Qué cree usted?

Chalk asintió. Sus párpados descendieron lentamente, y dio la impresión de haber quedado sumido al instante en un profundo sueño. Burris esperó, atónito, y así transcurrió más de un minuto.

—Los cirujanos de la Tierra pueden trasplantar con éxito cerebros de un cuerpo a otro —dijo Chalk sin mover ni un músculo.

Burris dio un respingo, como presa de un grana mal de excitación febril. Un nuevo órgano alojado en el interior de su cuerpo inyectó chorros de alguna hormona desconocida en el extraño recipiente que había junto a su corazón. Se mareó. Su cuerpo luchó entre la espuma del mar, arrojado una y otra vez contra la abrasiva superficie de la arena por olas implacables.

—¿Siente algún interés por el aspecto tecnológico del asunto? —siguió diciendo Chalk con voz tranquila.

Los tentáculos de las manos de Burris se agitaron de forma incontrolable.

Las palabras, suaves y tranquilas, fueron llegando a sus oídos:

—El cerebro debe ser aislado quirúrgicamente dentro del cráneo eliminando todos los tejidos anexos. El cráneo en sí es conservado para que sostenga y proteja al cerebro. Naturalmente, durante el largo período de anticoagulación debe mantenerse una hemostasis absoluta, y hay técnicas para sellar la base del cráneo y el hueso frontal a fin de evitar la pérdida de sangre. Las funciones cerebrales son seguidas mediante electrodos y termosondas. La circulación se mantiene uniendo las arterias maxilar interna y carótida interna. Una especie de circuito vascular, ¿entiende? Le ahorraré los detalles de cómo se elimina el cuerpo, dejando tan sólo el cerebro vivo. final se corta el cordón espinal, y el cerebro queda total mente aislado, alimentado por su propio sistema de carótidas. Mientras tanto, se ha preparado el receptor, i carótida y la yugular son eliminadas, y se hace una sección de los grandes músculos de la zona cervical, í cerebro injertado es puesto en su sitio después de haberlo sumergido en una solución antibiótica. Las carótidas del cerebro aislado son conectadas mediante una cánula siliconada a la arteria carótida proximal del receptor. En su yugular se coloca otra cánula. Todo esto se hace a temperaturas bajas para reducir al mínimo los daños. Una vez que la circulación del cerebro injertado se mezcla con la del cuerpo receptor, hacemos que la temperatura vuelva a la normalidad y se empieza con las técnicas postoperatorias de costumbre. Es necesario un período prolongado de reeducación antes de que el cerebro injertado haya asumido el control del cuerpo receptor.

—Notable.

—No es un gran logro comparado con lo que le hicieron —admitió Chalk—. Pero ha sido llevado a cabo con éxito en mamíferos superiores. Incluso con primates.

—¿Con humanos?

—No.

—Entonces...

—Se ha utilizado con pacientes en fase terminal. Cerebros injertados en personas que habían fallecido hacía poco. Pero en esos casos hay demasiados factores en contra de la posibilidad de tener éxito. Con todo, algunas veces han estado muy cerca de ello. Tres años más, Burris, y los seres humanos se estarán intercambiando los cerebros con tanta facilidad como hoy en día se intercambian los brazos y las piernas.

A Burris le disgustaban las intensas sensaciones de ansiedad que rugían por todo su cuerpo. La temperatura de su piel se había elevado de forma muy incómoda. Notaba un fuerte latir en su garganta.

—Construiremos un cuerpo sintético para usted —dijo Chalk—, duplicando su apariencia original en tantos aspectos como sea posible. Verá, lo que haremos será montar un golem a partir del banco de piezas sueltas, pero no incluiremos ningún cerebro. Trasplantaremos su cerebro a ese conjunto. Habrá diferencias, naturalmente, pero en lo básico será usted, e íntegro. ¿Interesado?

—No me torture, Chalk.

—Le doy mi palabra de honor de que le hablo en serio. Hay dos problemas tecnológicos que resolver. Tenemos que dominar la técnica de cómo construir un receptor

partiendo de cero, y tenemos que mantenerlo con vida hasta que podamos llevar a cabo con éxito el trasplante. Ya he dicho que harán falta tres años para lograr lo segundo. Digamos dos más para construir el golem. Cinco años, Burris, y volverá a ser totalmente humano.

—¿Cuánto costará todo eso?

—Quizá cien millones. Quizá más.

Burris lanzó una ronca carcajada. Su lengua —¡cómo se parecía ahora a la de una serpiente!—, se hizo visible durante un fugaz instante.

Chalk:

—Estoy dispuesto a pagar todo lo que cueste su rehabilitación.

—Está hablando de fantasías.

—Le pido que tenga fe en mis recursos. ¿Está dispuesto a despedirse de su cuerpo actual si puedo proporcionarle algo que se aproxime más a las normas humanas?

Era una pregunta que Burris jamás había esperado oír de nadie. Le sorprendía la magnitud de su vacilación ante ella. Detestaba este cuerpo y el peso de lo que había sido perpetrado en él le hacía tambalearse. Y, sin embargo, ¿estaría empezando a sentir amor por su extrañeza?

—Cuanto más pronto pueda librarme de esta cosa, mejor —dijo después de una breve pausa.

—Bien. Y, ahora, está el problema de cómo va a pasar los cinco años aproximados que hará falta para todo eso. Propongo que por lo menos hagamos un intento de modificar su apariencia facial para que le sea posible moverse entre los demás hasta que podamos realizar el intercambio. ¿Le interesa?

—No puede hacerse. Ya exploré esa idea con los doctores que me examinaron después de mi regreso. Soy una confusión de anticuerpos extraños y rechazarían cualquier injerto.

—¿Lo cree así? ¿O piensa que no hicieron sino contarle una mentira cómoda?

—Creo que es cierto.

—Deje que le mande a un hospital —sugirió Chalk—. Haremos unas cuantas pruebas para confirmar el veredicto anterior. Si es cierto, de acuerdo. Si no, podemos hacer que la vida le resulte un poco más fácil. ¿Sí?

—¿Por qué hace todo esto, Chalk? ¿Qué tendré que darle a cambio?

El hombre gordo giró sobre sí mismo y se inclinó pesadamente hacia delante, hasta que sus ojos estuvieron a tan sólo unos centímetros del rostro de Burris. Burris examinó los labios, extrañamente delicados, la fina nariz, las inmensas mejillas y los hinchados párpados.

—El precio es muy elevado —murmuró Chalk en voz baja—. Le dará asco, hará que se ponga enfermo. Rechazará el trato.

—¿Cuál es?

—Me encargo de proporcionarle diversiones al pueblo. No podré recuperar ni de lejos la inversión que haré en usted, pero quiero recuperar lo que pueda.

—¿El precio?

—Todos los derechos para la explotación comercial de su historia —dijo Chalk—. Empezando con su captura por los alienígenas, siguiendo con su regreso a la Tierra y su difícil ajuste a su nuevo estado, y continuando con el futuro período de readaptación. El mundo ya sabe que tres hombres fueron a un planeta llamado Manipool, que a dos los mataron, y que un tercero volvió tras haber sido víctima de experimentos quirúrgicos. Todo eso ya fue anunciado, y después usted desapareció. Quiero hacerle visible otra vez. Quiero mostrarle volviendo a descubrir su humanidad, relacionándose de nuevo con otras personas, emergiendo a tientes del infierno y, finalmente, venciendo su catastrófica experiencia particular y saliendo de ella purgado. Eso supondrá frecuentes intrusiones en

su intimidad, y estoy preparado para oír cómo se niega a ello. Después de todo, podría esperarse que...

—Es una nueva forma de tortura, ¿no?

—Quizá sea una especie de ordalía —admitió Chalk. Su ancha frente estaba manchada de sudor. Tenía el rostro enrojecido y parecía cansado, como si se aproximara a cierta forma de clímax emocional interior.

—Purgado —murmuró Burris—. Me ofrece el purgatorio.

—Llámelo así.

—Me escondo durante semanas. Después me presento desnudo ante el universo durante cinco años. ¿Eh?

—Con los gastos pagados.

—Con los gastos pagados —dijo Burris—. Sí. Sí. Acepto la tortura. Soy su juguete, Chalk. Un ser humano rechazaría la oferta. Pero yo acepto. ¡Acepto!

10 - Un kilo de carne

—Está en el hospital —dijo Aoudad—. Han empezado a estudiarle. —Sus dedos tiraron de las ropas de la mujer—. Quítatelas, Elise.

Elise Prolisse apartó su mano.

—¿Va a ponerle realmente Chalk dentro de un cuerpo humano?

—No dudo de ello.

—Entonces, si Marco hubiera regresado con vida, también podrían haberlo hecho con él.

Aoudad no pensaba entrar en aquel tipo de discusiones.

—Estás tratando con una cantidad de «sí...» demasiado elevada. Marco está muerto. Quítate la ropa, querida.

—Espera. ¿Puedo visitar a Burris en el hospital?

—Supongo que sí. ¿Qué deseas de él?

—Hablar, nada más. Fue el último hombre que vio a mi esposo con vida, ¿lo recuerdas? Puede contarme cómo murió Marco.

—No te gustará nada saberlo —le dijo Aoudad en voz baja y suave—. Marco murió mientras intentaban convertirle en la clase de criatura que Burris es ahora. Si viste a Burris, ya deberías comprender que Marco está mejor muerto.

—De todas formas...

—Es mejor que no lo sepas.

—Pedí verle tan pronto como regresó —dijo Elise, absorta, como si hablara en sueños—. Quería hablar con él sobre Marco. Y el otro, Malcondotto..., también dejó una viuda. Pero no permitieron que nos acercáramos a él. Y, después, Burris desapareció. ¡Podrías llevarme a él!

—Por tu propio bien, es mejor que te mantengas lejos de él —dijo Aoudad. Sus manos treparon por el cuerpo de Elise, sin prisas, buscando los cierres magnéticos y despolarizándolos. El vestido se abrió. Sus opulentos senos se hicieron visibles, muy blancos, coronados por pequeños círculos de un rojo oscuro. Aoudad sintió en su interior la cuchillada del deseo. Cuando alargó las manos hacia ella, Elise las agarró, deteniéndole.

—¿Me ayudarás a verle? —preguntó.

—Yo...

—Me ayudarás a verle. —Esta vez no era una pregunta.

—Sí. Sí.

Las manos que le bloqueaban el camino se apartaron. Aoudad le quitó la ropa, temblando. Era hermosa: ya había dejado atrás su primera juventud y estaba algo entrada

en carnes, pero, aun así, era hermosa. ¡Las italianas! Piel blanca, cabello oscuro. ¡Sensualíssima! Que viera a Burris si lo deseaba. ¿Pondría objeciones Chalk a ello? Chalk ya había indicado el tipo de emparejamiento que esperaba conseguir. Burris y la joven Kelvin. Pero, ¿no podía ser Burris y la viuda de Prolisse antes? La mente de Aoudad era un torbellino.

Elise alzó los ojos hacia él, con una mirada de adoración, mientras su cuerpo, delgado y resistente, se cernía sobre ella.

Su última prenda se rindió por fin. Aoudad contempló aquellos acres de blancura, islas de negro y rojo.

—Mañana te encargarás de hacer los arreglos —dijo Elise.

—Sí. Mañana.

Cayó sobre su desnudez. Alrededor de la parte más carnosa de su muslo izquierdo llevaba una banda de terciopelo negro. Una banda de luto por Marco Prolisse llevado incomprensiblemente a la muerte por unos seres incomprensibles en un mundo incomprensible. ¡Pover'uo! La carne de Elise ardía. Su cuerpo estaba incandescente. Un valle tropical le llamó, haciéndole señas. Aoudad grito de éxtasis.

11 - Dos si es de noche

El hospital se encontraba en el mismo confín del desierto. Era un edificio en forma de U, largo y bajo, cuyos miembros apuntaban hacia el este. La primera luz del sol naciente reptaba a lo largo de ellos hasta derramarse sobre la gran barra horizontal que conectaba las alas verticales situadas en líneas paralelas. El lugar estaba construido con piedra arenisca de color gris con vetas rojas. Al oeste del edificio —es decir, detrás de su parte principal—, se encontraba una angosta tira de jardín, y más allá del jardín empezaba la zona del desierto, seco y amarronado.

El desierto no carecía de vida. Los sombríos arbustos de la salvia eran bastante comunes. Bajo la agrietada superficie se hallaban los túneles de los roedores. Los afortunados podían ver ratones canguro de noche y saltamontes durante el día. Los cactus, las euforbias y otras plantas suculentas brotaban del suelo como remaches.

Parte de la abundante vida del desierto había llegado a invadir los mismos terrenos del hospital. El terreno de atrás era un jardín del desierto, repleto con las espinosas plantas de la sequedad. El patio situado entre los dos Palos de la U también había sido plantado con cactus. Había allí un saguaro de seis veces la altura de un hombre, un áspero tronco central y cinco brazos que se alzaban hacia el cielo. Junto a él, enmarcándolo, había dos especímenes de esa extraña variante, el cactus cáncer, con el tronco sólido y dos brazos pequeños que pedían auxilio, y un grupo de brotes retorcidos y deformes en lo alto. Siguiendo el sendero, tan alto como un árbol, estaba el grotesco cholla blanco. Frente a él, robusto y achaparrado, el tonel ceñido por las espinas de un cactus de agua. Los bastones punzantes de una opuntia; la pera de agujas, achatada y grisácea; la curvada hermosura de un céreo. En otras épocas del año, estas gárgolas formidables, estólicas y erizadas de clavos, lucían tiernas flores de color rosa, violeta y amarillo, pálidas y delicadas. Pero ahora reinaba el invierno. El aire era seco y el cielo de un duro azul sin nubes, aunque aquí nunca caía la nieve. En este lugar el tiempo no existía y la humedad estaba casi en el cero. Los vientos podían dejar helado y sufrir variaciones de casi treinta grados del verano al invierno, pero, por lo demás, el lugar permanecía inalterado.

Éste era el lugar al que había sido llevada Lona Kelvin en verano, hacía seis meses, después de su intento de suicidio. Por aquella época la mayor parte de los cactus ya habían florecido. Ahora había regresado y había vuelto a perderse la estación en que florecían, llegando tres meses demasiado pronto en vez de tres meses demasiado tarde. Habría sido mejor para ella que ajustara con más precisión sus impulsos autodestructivos.

Los doctores rodeaban su cama, hablando de ella igual que si ella se encontrara en algún otro sitio.

—Esta vez será más sencillo repararla. No hace falta curar ningún hueso. Sólo un injerto de pulmón y estará perfectamente.

—Hasta que vuelva a intentarlo.

—Eso no es algo de lo que deba preocuparme. Que la manden a psicoterapia. Yo sólo me encargo de reparar cuerpos rotos.

—Esta vez no se ha roto. Sólo se ha desgastado bastante.

—Tarde o temprano conseguirá acabar con su vida. Una persona realmente decidida a ello siempre acaba teniendo éxito. Basta con que salte dentro de un convertidor nuclear o algo tan permanente como eso. O se tire desde noventa pisos de altura. No podemos hacer nada con un montón de moléculas sueltas.

—¿No tienes miedo de estar dándole ideas?

—No creo que nos esté escuchando. Pero, si lo deseara, podría haber pensado en ello por sí misma.

—Creo que en eso tienes razón. Quizá no esté realmente decidida a terminar con su vida. Quizá lo único que desea es hacerse un poco de publicidad.

—Me parece que estoy de acuerdo contigo. Dos intentos de suicidio en seis meses, los dos fracasados..., cuando todo lo que necesitaba era abrir una ventana y saltar por ella...

—¿Cómo va la cuenta alveolar?

—No está mal.

—¿Y la presión sanguínea?

—Subiendo. El flujo adrenocortical ha bajado. La respiración ha subido dos décimas. Va saliendo adelante.

—Dentro de tres días la tendremos caminando por el desierto.

—Necesitará descanso. Alguien con quien hablar. Y, de todas formas, ¿por qué diablos quiere matarse?

—¿Quién sabe? Jamás hubiera creído que fuese lo bastante inteligente como para querer suicidarse.

—Miedo y temblor. La enfermedad que lleva a la muerte.

—Se supone que la anomia queda reservada para personalidades más complicadas...

Se apartaron de su cama y continuaron con su conversación. Lona no abrió los ojos. Ni tan siquiera había logrado decidir cuántos habían estado apiñados alrededor de ella. Tres, suponía. Más de dos, menos de cuatro..., eso le había parecido. Pero sus voces eran tan semejantes... Y, en realidad, no estaban discutiendo entre ellos; sencillamente colocaban una frase sobre otra igual que si fueran losas, pegándolas cuidadosamente para que se sostuvieran en su sitio. ¿Por qué la habían salvado si la tenían en un concepto tan bajo?

Aquella vez había estado segura de que moriría. Hay formas y formas de matarse. Lona era lo bastante astuta como para pensar en algunas de las más fiables pero, sin saber por qué, no se había permitido el probarlas, no por miedo a encontrarse con la muerte, sino por miedo a lo que podía encontrar durante el camino hacia ésta. La otra vez se había arrojado delante de un camión. No en una autopista, donde los vehículos lanzados hacia ella a casi trescientos kilómetros por hora la habrían reducido a picadillo de forma tan rápida como efectiva, sino en una calle de la ciudad, donde el camión la atropello y la mandó volando por los aires, rota pero no totalmente destrozada, haciéndola rebotar en un edificio. Y los médicos reconstruyeron sus huesos y Lona estuvo caminando de nuevo al cabo de un mes, y no le quedó ninguna cicatriz exterior.

Y, ayer..., había parecido tan sencillo recorrer el pasillo hasta la sala de disolución, y hacer cuidadosamente caso omiso de las reglas, y abrir el saco de los desperdicios, y meter la cabeza dentro, y aspirar una honda bocanada del humo acre...

Garganta, pulmones y corazón tendrían que haberse disuelto. Una hora de tiempo con ella tendida sobre el frío suelo, retorciéndose, y así habría ocurrido. Pero apenas habían

pasado unos minutos cuando Lona ya estaba recibiendo ayuda. Metiéndole a la fuerza por la garganta una sustancia neutralizante. Introduciéndola en un coche. El puesto de primeros auxilios. Y después el hospital, a mil seiscientos kilómetros del hogar. Estaba viva. Había sufrido heridas, por supuesto. Se había quemado los conductos nasales, se había causado daños en la garganta, y había perdido un considerable pedazo de tejido pulmonar. La noche anterior habían reparado los daños menores, y la nariz y la garganta ya se estaban curando. En unos cuantos días sus pulmones volverían a estar enteros. La muerte ya no dominaba esta tierra.

La pálida luz del sol acariciaba sus mejillas. La tarde finalizaba; el sol se hundía hacia el Pacífico detrás del hospital. Lona parpadeó y abrió los ojos. Ropa blanca, sábanas blancas, paredes verdes. Unos cuantos libros, unas cuantas cintas. Un surtido de equipo médico precavidamente sellado tras una lámina de esprayón transparente. ¡Una habitación privada! ¿Quién estaba pagando eso? La última vez habían pagado los científicos del gobierno. Pero, ¿y ahora?

Desde su ventana podía ver las siluetas retorcidas, espinosas y atormentadas de los cactus que había en el jardín de atrás. Frunció el ceño y distinguió dos siluetas que se movían por entre las rígidas hileras de plantas. Una era la de un hombre bastante alto que vestía una bata de hospital color marrón claro. Tenía los hombros de una anchura superior a la normal. Sus manos y su rostro estaban vendados. Ha estado en un incendio, pensó Lona. Pobre hombre. Junto a él había otro hombre, más bajo y vestido con un traje de calle, delgado, inquieto. El más alto le estaba señalando un cactus al otro. Diciéndole algo, quizá dándole una conferencia sobre la botánica de los cactus. Y ahora estaba alargando su mano vendada. Tocando las afiladas espinas. ¡Cuidado! ¡Te harás daño! ¡Se está clavando las espinas en la mano! Ahora se da la vuelta hacia el pequeño. Señala con la mano. El pequeño meneaba la cabeza..., no, no quiere clavarse ninguna espina.

Lona acabó llegando a la conclusión de que el más alto de los dos hombres debía estar un poco loco.

Les observó mientras ellos se aproximaban un poco más a la ventana. Vio que el más pequeño tenía las orejas puntiagudas y unos ojillos grises parecidos a cuentas. De la cara del más alto no podía ver nada. Sólo unas minúsculas rendijas interrumpían la blanca pared de su vendaje. La mente de Lona le proporcionó rápidamente los detalles de su mutilación: la piel arrugada, la carne derretida y deformada por las llamas, los labios rígidos en una mueca inmóvil. Pero eso podían arreglarlo. Seguro que aquí le darían una cara nueva. Se pondría bien. Lona sintió una profunda envidia. Sí, este hombre había sufrido un gran dolor, pero los doctores pronto lo arreglarían todo. Su dolor estaba sólo en la superficie. Le mandarían a su casa, alto, fuerte, nuevamente apuesto, de vuelta junto a su esposa, junto a sus... ..hijos.

Se abrió la puerta. Una enfermera entró en la habitación, una enfermera humana, no un robot. Aunque bien podría haberlo sido. La sonrisa era impersonal, vacía.

—¿Ya despierta, querida? ¿Ha dormido bien? No intente hablar, límitese a mover la cabeza. ¡Estupendo! He venido para prepararla. Vamos a hacerle unos cuantos arreglos en los pulmones. No le supondrá ninguna molestia..., ¡lo único que deberá hacer es cerrar los ojos, y cuando se despierte estará respirando tan bien como si los tuviera nuevos!

Era pura y simplemente la verdad, como de costumbre.

Cuando la devolvieron a su habitación era por la mañana, por lo que Lona supo que habían estado trabajando en ella durante varias horas y luego la habían colocado en la sala postoperatoria. Ahora también ella estaba envuelta en vendas. Habían abierto su cuerpo, le habían proporcionado nuevos segmentos de pulmón, y habían vuelto a cerrarla. No sentía dolor, todavía no. Las palpitaciones vendrían después. ¿Tendría cicatriz? Algunas veces quedaban cicatrices después de la cirugía, incluso ahora, aunque generalmente no las había. Lona vio una huella rojiza que zigzagueaba desde el hueco de su garganta y bajaba por entre sus pechos. Por favor, no, una cicatriz no.

Había tenido la esperanza de morir en la mesa de operaciones. Había parecido su última oportunidad. Ahora tendría que volver a su casa, viva, sin ninguna alteración.

El hombre alto caminaba de nuevo por el jardín. Esta vez iba solo. Y ahora no llevaba los vendajes. Aunque le daba la espalda, Lona vio el cuello desnudo, el filo de la mandíbula. Estaba examinando los cactus, una vez más. ¿Qué había en esas feas plantas que le atraía de tal forma? Ahora se había puesto de rodillas y tocaba de nuevo las espinas. Ahora se ponía de pie. Se daba la vuelta.

¡Oh, pobre hombre!

Lona contempló su rostro, sorprendida y asombrada. Estaba demasiado lejos para que los detalles resultaran visibles, pero le resultaba perfectamente claro que en él había algo erróneo.

Lona pensó que ése era el aspecto con el que le habían dejado los médicos. Después del incendio. Pero, ¿por qué no habían podido darle un rostro normal? ¿Por qué le habían hecho eso?

No podía apartar los ojos de él. La imagen de aquellos rasgos artificiales la fascinaba. El hombre fue hacia el edificio, despacio, confiadamente. Un hombre lleno de fuerza. Un hombre que podía sufrir y soportarlo. Siento tanta pena por él. Ojalá pudiera hacer algo para ayudarlo.

Se dijo que estaba portándose como una tonta. Ese hombre tenía una familia. Lograría salir adelante.

12 - No hay furia en el infierno

Burrís recibió las malas noticias durante su quinto día de estancia en el hospital.

Estaba en el jardín, como de costumbre. Aoudad fue a verle.

—No puede hacerse ningún injerto de piel. Los doctores dicen que no. Tiene el organismo lleno de anticuerpos extraños.

—Eso ya lo sabía. —Con voz tranquila.

—Su piel incluso llega a rechazar su propia piel.

—No puedo culparla por eso —dijo Burrís. Dejaron atrás el saguaro.

—Podría llevar algún tipo de máscara. Sería un poco incómodo, pero en estos tiempos hacen trabajos muy buenos. La máscara prácticamente respira. Plástico poroso, que le cubriría toda la cabeza. Se acostumbraría a ella en una semana.

—Pensaré en ello —le prometió Burrís. Se arrodilló junto a un pequeño cactus barril. Hileras convexas de espinas trazaban una gran ruta circular hacia el polo. Daba la impresión de que ya se estaban empezando a formar los brotes de las flores. La pequeña etiqueta reluciente colocada en la tierra decía *Echinocactus grusonii*. Burrís la leyó en voz alta.

—Estos cactus le fascinan tanto... —dijo Aoudad—. ¿Por qué? ¿Qué ve en ellos?

—Belleza.

—¿Éstos? ¡Son todo espinas!

—Amo los cactus. Ojalá pudiera vivir eternamente en un jardín de cactus. —La yema de un dedo tocó una espina—. ¿Sabe que en Manipool no tienen casi ninguna vegetación aparte de plantas suculentas espinosas? Yo no las llamaría cactus, por supuesto, pero el efecto global es el mismo. Es un mundo seco. Cinturones de lluvia alrededor de los polos, y luego una creciente sequedad a medida que uno se aproxima al ecuador. En el ecuador llueve cada mil millones de años y con una frecuencia algo superior en las zonas de clima más moderado.

—¿Nostalgia?

—Sería bastante difícil. Pero allí descubrí la belleza de las espinas.

—¿Las espinas? Te pinchan.

—Eso es parte de su belleza.

—Ahora me recuerda a Chalk —murmuró Aoudad—. Dice que el dolor es instructivo. El dolor es algo beneficioso. Y las espinas son hermosas. Yo prefiero una rosa.

—Los rosales también tienen espinas —observó Burris en voz baja.

Aoudad pareció ponerse algo nervioso.

—Entonces los tulipanes. ¡Los tulipanes!

—La espina no es sino una forma de hoja altamente evolucionada —dijo Burris—. Una adaptación a los ambientes difíciles. Los cactus no pueden permitirse transpirar como hacen las plantas con hojas, así que se adaptan. Siento que considere fea una adaptación tan elegante.

—Supongo que nunca he pensado mucho en ello. Mire, Burris, a Chalk le gustaría que se quedase aquí otra semana o dos. Hay que realizar unas cuantas pruebas más.

—Pero si la cirugía facial es imposible...

—Quieren hacerle una serie de comprobaciones generales. Con la mirada puesta en un eventual trasplante a otro cuerpo.

—Ya entiendo. —Burris movió levemente la cabeza. Se volvió hacia el sol, dejando que los débiles rayos del invierno golpearan su rostro alterado—. ¡Qué bueno es encontrarse de nuevo bajo la luz del sol! Bart, le estoy agradecido, ¿lo sabía? Me sacó de aquella habitación. Esa noche oscura del alma. Ahora siento que en mi interior todo está descongelándose, liberándose, yendo de un lado para otro. ¿Se me confunden las metáforas? Fíjese en lo relajado que empiezo a estar ya.

—¿Se siente lo bastante flexible como para recibir una visita?

—¿Quién? —Se volvió instantáneamente suspicaz.

—La viuda de Marco Prolisse.

—¿Elise? ¡Pensé que estaba en Roma!

—Roma se encuentra a una hora de aquí. Siente grandes deseos de verle. Dice que las autoridades la han mantenido alejada de usted. No le obligaré a ello, pero creo que debería permitir que le viese. Puede volver a ponerse los vendajes, si quiere.

—No. Nada de vendas, nunca más. ¿Cuándo estará aquí?

—Ya está aquí. Basta con que lo diga y la haré aparecer.

—Tráigala entonces. La veré en el jardín. Este lugar es tan parecido a Manipool...

Aoudad se quedó extrañamente silencioso. Por fin, dijo:

—Véala en su habitación. Burris se encogió de hombros.

—Como usted diga. —Acarició las espinas.

Enfermeras, celadores, doctores, técnicos, pacientes en sillas de ruedas, todos le miraron cuando entró en el edificio. Incluso dos robots le examinaron minuciosamente, intentando hacer que encajara en su conocimiento Programado de las configuraciones corporales humanas. A Burris no le importó. A cada día que pasaba era menos consciente de sí mismo. Los vendajes que había llevado en su primer día aquí le parecían ahora un recurso absurdo. Pensó que era como ir desnudo en público: al principio parecía impensable y luego, con el tiempo, se volvía tolerable y al final resultaba una costumbre. Era preciso acostumbrarse a uno mismo.

Sin embargo, mientras esperaba a Elise Prolisse, sentía cierto nerviosismo.

Cuando llamaron a la puerta estaba ante la ventana, observando el jardín del patio. Algún impulso nacido en el último segundo (¿tacto o miedo?) le hizo seguir de espaldas mientras ella entraba. La puerta se cerró tímidamente. No la había visto en cinco años, pero la recordaba opulenta y quizá un poco demasiado exuberante, una mujer atractiva. Su sentido del oído, superior al de antes, le dijo que había venido sola, sin Aoudad. Su respiración era ronca y casi jadeante. La oyó cerrar la puerta.

—¿Minner? —dijo ella quedamente—. Minner, date la vuelta y mírame. No pasa nada. Puedo soportarlo.

Esto no era igual que mostrarse al anónimo personal hospitalario. Para su sorpresa, Burris descubrió que la aparentemente sólida serenidad de los últimos días estaba disolviéndose con rapidez. El pánico le dominó. Sentía el anhelo de esconderse. Pero de ese abatimiento nació la crueldad, una helada decisión de causar dolor. Giró sobre sus talones y se dio la vuelta para lanzar su imagen hacia los grandes y oscuros ojos de Elise Prolisse. Tenía aguante: había que concederle eso.

—Oh —murmuró ella—. Oh, Minner, es... —un rápido ajuste de los engranajes— ...no es tan horrible. Había oído decir que era mucho peor.

—¿Me encuentras guapo?

—No me asustas. Pensé que quizá dieras miedo —Fue hacia él. Vestía una ceñida túnica negra que probablemente se había colocado sobre su cuerpo con un rociador. Los pechos altos volvían a estar de moda, y ahí era donde Elise llevaba los suyos, brotando casi de sus clavículas y pronunciadamente separados. El secreto estaba en la cirugía corporal. Los montículos de carne quedaban totalmente escondidos bajo su túnica y, sin embargo, ¿qué clase de disimulo podía proporcionar un rociado de un micrón de espesor? Sus caderas eran un estallido, sus piernas columnas. Pero había perdido un poco de peso. Sin duda, en los recientes meses de tensión, la falta de sueño había rebanado dos o tres centímetros de aquellas nalgas parecidas a continentes. Ahora se encontraba muy cerca de él. Un potente perfume asaltó sus fosas nasales, aturdiéndole, y sin ningún esfuerzo consciente Burris se volvió insensible a él.

Su mano se deslizó por entre las de ella.

Sus ojos se encontraron con los de Elise. Ella vaciló, pero sólo durante la más breve fracción de segundo posible.

—Marco..., ¿murió con valor? —preguntó.

—Murió como un hombre. Como el hombre que era.

—¿Lo viste?

—No, los últimos momentos no. Les vi llevárselo. Mientras esperábamos nuestro turno.

—¿Pensaste que tú también morirías?

—Estaba seguro de ello. Pronuncié las últimas oraciones por Malcondotto. Él se encargó de pronunciarlas por mí. Pero volví.

—¡Minner, Minner, Minner, qué terrible debió ser! —Seguía teniéndole cogida la mano. Estaba acariciando sus dedos..., acariciando incluso aquel minúsculo gusano prensil de carne que había junto a su meñique. Burris sintió una sacudida de asombro cuando Elise tocó aquella cosa aborrecible. Sus ojos estaban muy abiertos, solemnes, sin lágrimas. Tiene dos niños, ¿o son tres? Pero sigue siendo joven. Sigue estando llena de vitalidad. Deseó que le soltara la mano. Su proximidad le perturbaba. Sentía las radiaciones de calor que emanaban de sus muslos, bastante bajas dentro del espectro electromagnético, pero aun así detectables. Si su labio hubiera sido aún capaz de situarse entre sus dientes, se lo habría mordido para contener la tensión.

—¿Cuando recibiste la noticia de lo que nos había ocurrido? —preguntó.

—Cuando llegaron de la estación de enlace en Ganímedes. Me las comunicaron con mucho tacto. Pero pensé cosas horribles. Tengo que confesártelas. Quería que Dios me explicara por qué Marco había muerto y tú habías sobrevivido. Lo siento, Minner.

—No lo sientas. Si hubiera podido escoger, yo sería el muerto y él estaría vivo. Marco y Malcondotto, ambos. Créeme. No hablo por hablar, Elise. Preferiría estar en su lugar.

Tenía la sensación de ser un hipócrita. ¡Mejor muerto que mutilado, naturalmente! Pero no era así como entendería ella sus palabras. Sólo vería la parte noble, el superviviente soltero deseando que le fuese posible dar su vida para salvar a los esposos y padres muertos. ¿Qué podía decirle? Había jurado que no volvería a gimotear.

—Cuéntame cómo ocurrió —dijo ella, sosteniendo todavía su mano, tirando de él para que tomara asiento al borde del lecho—. Cómo te cogieron. Cómo te trataron. Cómo fue. ¡Tengo que saberlo!

—Un aterrizaje corriente —le contó Burris—. El aterrizaje y los procedimientos de contacto fueron los habituales. No es un mundo muy malo; seco; dale tiempo, y será como Marte. Otros dos millones de años. Ahora mismo es Arizona allí donde se vuelve Sonora, con una buena porción de Sahara. Les encontramos. Nos encontraron.

Las persianas de sus ojos se cerraron velozmente. Sintió el calor sofocante del viento de Manipool. Vio los contornos de los cactus, plantas grisáceas parecidas a serpientes que se retorcían entre la arena, llenas de espinas, durante centenares de metros. Los vehículos de los nativos vinieron nuevamente a buscarle.

—Fueron corteses con nosotros. Habían sido visitados antes, conocían toda la rutina del contacto. No poseían el vuelo espacial, pero sólo porque no les interesaba. Hablaban unos cuantos idiomas. Malcondotto podía conversar con ellos. El don de lenguas; hablaba un dialecto sirio, y ellos le comprendían. Eran cordiales, distantes..., extraños. Se nos llevaron.

Un techo sobre su cabeza con criaturas creciendo en él. No eran cosas simples que pertenecieran a un filum poco elevado. Nada de hongos termoluminiscentes. Eran criaturas con columna vertebral que brotaban de la curvatura del techo.

Tubos de una papilla que fermentaba con otras criaturas vivientes creciendo en ellos. Minúsculas criaturas de color rosa, bifurcadas, con patas que se agitaban.

—Un lugar extraño —dijo Burris—. Pero no hostil. Nos examinaron un poco, nos tocaron. Hablamos. Llevamos a cabo ciertas observaciones. Después de cierto tiempo nos dimos cuenta de que estábamos confinados.

Los ojos de Elise brillaban con gran intensidad. Iban persiguiendo sus labios a medida que las palabras caían de ellos.

—Una avanzada cultura científica, sin duda. Casi postcientífica. Postindustrial, desde luego. Malcondotto supuso que utilizaban la energía de fusión, pero nunca llegamos a estar totalmente seguros de ello. Después del tercer o cuarto día, ya no tuvimos oportunidad de comprobarlo.

De repente, Burris se dio cuenta de que a ella no le interesaba en lo más mínimo todo aquello. Apenas si le escuchaba. Entonces, ¿por qué había venido? ¿Por qué se lo había preguntado? La historia que se hallaba en el núcleo de su ser tendría que importarle, y sin embargo aquí estaba, el ceño fruncido, contemplándole con los ojos muy abiertos, sin escucharle. Burris la miró fijamente. La puerta estaba cerrada. No le quedaba más remedio que escuchar. Y así el Marinero de ojos relucientes habló de ese viejo.

—El sexto día vinieron y se llevaron a Marco. Una pequeña sacudida de atención. Una fisura en esa lustrosa superficie de suavidad sensual.

—Nunca volvimos a verle con vida. Pero presentimos que iban a hacerle algo malo. Marco fue el primero que lo presintió. Siempre tuvo algunos poderes de precognición.

—Sí. Sí, los tenía. Un poco.

—Se fue. Malcondotto y yo nos dedicamos a especular. Pasaron algunos días, y entonces vinieron también a por Malcondotto. Marco no había regresado. Malcondotto habló con ellos antes de que se lo llevaran. Se enteró de que habían realizado alguna especie de... experimento con Marco. Un fracaso. Lo enterraron sin enseñárnoslo. Después empezaron a trabajar sobre Malcondotto.

He vuelto a perderla, comprendió. Sencillamente, no le importa. Un destello de interés cuando le conté cómo murió Prolisse. Y después..., nulla.

No tiene más remedio que escucharme.

—Días. Vinieron a por mí. Me enseñaron a Malcondotto, muerto. Parecía... un poco lo que yo parezco ahora. Diferente. Peor. No podía comprender lo que me estaban diciendo. Un zumbido ahogado, una serie de crujidos ásperos. ¿Qué sonido harían los cactus si pudieran hablar? Me devolvieron a mi celda y dejaron que me cociera un poco en mi propio jugo. Supongo que estaban repasando sus dos primeros experimentos, intentando

ver dónde se habían equivocado, cuáles eran los órganos con los que no se podía jugar. Pasé un millón de años esperando a que vinieran de nuevo a buscarme. Vinieron. Me pusieron encima de una mesa, Elise. El resto ya puedes verlo.

—Te amo —dijo ella.

—¿ ?

—Te deseo, Minner. Estoy ardiendo. —El viaje de regreso lo hice solo. Me llevaron a mi nave. Aún podía manejarla, más o menos. Me rehabilitaron. Empecé a dirigirme hacia este sistema. El viaje fue bastante malo.

—Pero lograste llegar a la Tierra. ¿Cómo es posible, entonces, que hayas venido del infierno?

Oh, pero si esto es el infierno, y no he salido de él.

—Logré llegar, sí —dijo él—. Te habría visto cuando aterricé, Elise, pero debes comprender que no podía actuar libremente. Primero me tuvieron cogido por el cuello. Después aflojaron un poco su presión, y me escapé. Debes perdonarme.

—Te perdono. Te amo.

—Elise...

Ella tocó algo en su garganta. Las cadenas polimerizadas de su vestido liberaron el fantasma. Retazos de tela negra cayeron alrededor de sus tobillos, y Elise se alzó desnuda ante él.

Tanta carne. Reventando de vitalidad. Su calor le abrumaba.

—Elise...

—Ven y tócame. Con ese extraño cuerpo tuyo. Con esas manos. Quiero sentir esa cosa que se enrosca, esa cosa que tienes en cada mano. Acariciándome.

Tenía los hombros anchos. Sus pechos estaban bien anclados en aquellos fuertes muelles, aquellos tensos cables. Las caderas de la Madre Tierra, los muslos de una cortesana. Estaba terriblemente cerca de él, y él se estremeció entre las llamas, y después ella retrocedió un poco para que pudiera verla por entero.

—Elise, esto no está bien.

—¡Pero yo te amo! ¿No sientes la fuerza de ese amor?

—Sí. Sí.

—Eres todo cuanto tengo. Marco se ha ido. Tú fuiste el último en verle. Eres mi lazo con él. Y eres tan... Eres Helena, pensó él.

—...hermoso.

—¿Hermoso? ¿Soy hermoso?

Chalk lo había dicho, Duncan el Corpulento. Me atrevería a decir que un montón de mujeres serían capaces de arrojarse a sus pies..., lo grotesco tiene su atractivo.

—Por favor, Elise, cúbrete.

Ahora había furia en aquellos ojos suaves y cálidos.

—¡No estás enfermo! ¡Tienes fuerzas suficientes!

—Quizá.

—¿Pero me rechazas? —Señaló hacia la cintura de Burris—. Aquellos monstruos... no te destruyeron. Sigues siendo un... hombre.

—Quizá.

—Entonces...

—He pasado por demasiadas cosas, Elise.

—¿Y yo no?

—Has perdido a tu esposo. Eso es algo tan viejo como el tiempo. Lo que me ha ocurrido a mí es totalmente nuevo. No quiero...

—¿Tienes miedo?

—No.

—Entonces, muéstrame tu cuerpo. Quítate la ropa.

¡Ahí está la cama!

Burris vaciló. Estaba casi seguro de que ella debía conocer su secreta culpa: la había deseado durante años Pero no se juega con las esposas de los amigos, y ella era la esposa de Marco. Y ahora Marco estaba muerto. Elise le miró, una mitad de su ser derriéndose por el deseo la otra mitad helada de furia. Helena. Es Helena.

Y se lanzó sobre él.

Los montículos carnosos temblando en un íntimo contacto, el firme vientre pegándose a su cuerpo, las manos agarrando sus hombros. Era alta. Vio el brillo fugaz de sus dientes. Y un instante después estaba besándole, devorando su boca pese a su rigidez.

Sus labios aspiran mi alma: ¡ved hacia dónde vuela!

Sus manos se posaron sobre la satinada suavidad de la espalda de Elise. Sus uñas se clavaron en la carne. Los pequeños tentáculos se agitaron en círculos, prisioneros. Elise le obligó a retroceder hacia la cama, la esposa amante apoderándose de su compañero. Ven, Helena, ven, dame de nuevo mi alma.

Cayeron juntos en la cama. La negra cabellera de Elise estaba pegada a sus mejillas por el sudor. Sus pechos subían y bajaban salvajemente; sus ojos tenían el brillo del jade. Sus dedos convertidos en garras tiraron de su ropa.

Hay mujeres que buscan jorobados, mujeres que buscan amputados, mujeres que buscan epilépticos, lisiados, viejos débiles. Elise le deseaba a él. La cálida marea de la sensualidad arrastró a Burris. Su bata se abrió, y quedó desnudo ante ella.

Dejó que le contemplara tal y como era ahora.

Era una prueba que esperaba que no lograra vencer, y estaba rezando para que fracasara; pero no fracasó, pues verle en su totalidad sólo sirvió para hacer llamear con más fuerza aún el horno que había dentro de ella. Vio como sus fosas nasales se dilataban, percibió el rubor de la piel. Era su cautivo, su víctima.

Ella gana. Pero salvaré algo de esto.

Se volvió hacia ella, la sujetó por los hombros, la obligó a retroceder hacia el colchón y la montó. Éste era su triunfo final, el de la mujer, perder en el instante de la victoria, rendirse en el último segundo. Sus muslos le sumergieron. Su carne, demasiado suave y lisa, se unió a la sedosidad de Elise. La dominó con una repentina e inmensa erupción de energía demoníaca, hendiendo su cuerpo hasta el núcleo.

13 - La aurora de rosados dedos

Tom Nikolaides entró en la habitación. Ahora la chica estaba despierta y miraba por la ventana al jardín. Nikolaides llevaba una pequeña maceta con un cactus, uno bastante feo, más gris que verde y armado con malignas agujas.

—¿Ya se siente mejor?

—Sí —dijo Lona—. Mucho. ¿Puedo volver a casa?

—Todavía no. ¿Sabe quién soy?

—La verdad es que no.

—Tom Nikolaides. Llámeme Nick. Trabajo en relaciones públicas. Soy ingeniero de respuestas.

La joven recibió esta información con rostro inexpresivo. Nikolaides dejó el cactus sobre la mesita que había junto a ella.

—Lo sé todo sobre usted, Lona. En cierta forma no muy importante, estuve relacionado con el experimento de los bebés el año pasado. Probablemente usted lo habrá olvidado, pero la entrevisté. Trabajo para Duncan Chalk. Quizá sepa quién es.

—¿Debería saberlo?

—Uno de los hombres más ricos del mundo. Uno de los más poderosos. Posee agencias de noticietas, videoestaciones... Es propietario de la Arcada. Está muy interesado en usted.

—¿Por qué me ha traído esa planta?

—Luego. Yo...

—Es muy fea. Nikolaides sonrió.

—Lona, ¿qué le parecería tener un par de esos bebés que nacieron de su semilla? Digamos dos de ellos, para educarlos y criarlos usted misma.

—No me parece una broma muy divertida.

Nikolaides vio cómo el color se iba difundiendo por sus flacas mejillas, y vio aparecer en sus ojos la dura llama del deseo. Sintió que era un bastardo de tal calibre que no había palabras para expresarlo.

—Chalk puede encargarse de ello —dijo—. Usted es su madre, ¿sabe? Podría conseguirle un chico y una chica.

—No le creo.

Nikolaides se inclinó hacia delante y puso en funcionamiento su más apasionada sinceridad.

—Tiene que creerme, Lona. Sé que no es feliz. Y sé por qué no es feliz. Esos bebés... Cien criaturas sacadas de su cuerpo, llevadas lejos de usted. Y luego la arrojaron a un lado, se olvidaron de usted. Como si no fuera más que un objeto, un robot que fabrica bebés.

Ahora estaba interesada. Pero seguía mostrándose escéptica.

Nikolaides volvió a coger el pequeño cactus y acarició la reluciente maceta, metiendo y sacando el dedo por el pequeño orificio para el desagüe que había en el fondo.

—Podemos conseguirle un par de esos bebés —le dijo a la boca muy abierta de Lona—, aunque no será fácil Chalk tendrá que tirar de un montón de hilos. Lo hará pero quiere que a cambio usted haga algo por él.

—Si es tan rico, ¿qué puedo hacer yo por él?

—Podría ayudar a otro ser humano que es también desgraciado. Como un favor personal al señor Chalk. Y, después, él la ayudaría a usted.

El rostro de Lona volvió a carecer de toda expresión.

Nikolaides se inclinó sobre ella.

—Hay un hombre, en este mismo hospital. Quizá le haya visto. Puede que haya oído hablar de él. Es un navegante estelar. Fue a un planeta extraño, y unos monstruos le capturaron y le hicieron cosas. Lo desmontaron y volvieron a montarlo de una forma distinta a la normal.

—Eso también me lo hicieron a mí, sin ni tan siquiera desmontarme antes —dijo Lona.

—De acuerdo. Ha estado dando paseos por el jardín. Un hombre bastante alto. Desde lejos quizá no le resulte posible darse cuenta de que hay algo raro en él, a menos que pueda ver su cara. Tiene unos ojos que se abren así. Hacia los lados. Y una boca..., no puedo enseñarle lo que hace la boca, pero no es humana. Visto de cerca, resulta más bien aterrador. Pero sigue siendo humano por dentro, y es un hombre maravilloso, sólo que, naturalmente, está muy enfadado por lo que le hicieron. Chalk quiere ayudarle. Y la forma en que quiere ayudarle es consiguiendo que alguien se porte bien con él. Usted. Usted sabe lo que es sufrir, Lona. Conozca a este hombre. Sea buena con él. Muéstrole que sigue siendo una persona, que alguien puede amarle. Devuélvale a sí mismo. Y, si hace eso, Chalk se ocupará de que consiga sus bebés.

—¿Se supone que debo acostarme con él?

—Se supone que debe ser buena y amable con él. No creo que haga falta explicarle lo que eso significa. Haga cualquier cosa que pueda hacerle feliz. Usted juzgará. Límitese a tomar sus propios sentimientos y déles la vuelta, póngalos del revés. Usted conoce un poco lo que él ha estado pasando.

—Porque le han convertido en un fenómeno. A mí también me convirtieron en un fenómeno.

Nikolaides no encontró ninguna forma diplomática de contestar a esas palabras. Se limitó a reconocerlas como ciertas.

—Ese hombre se llama Minner Burris —dijo—. Está en la habitación que se encuentra justo delante de la suya, al otro lado del pasillo. Da la casualidad dé que le interesan mucho los cactus, sólo Dios sabe por qué. Pensé que usted podría enviarle este cactus como un regalo, deseándole que se ponga bien. Es un gesto hermoso. Podría llevar a cosas mayores. ¿Sí?

—¿Cuál era su nombre?

—Nikolaides.

—No el de usted. El de ese hombre.

—Minner Burris. Y, mire, podría enviarle una nota con el regalo. No la escriba en la máquina, escríbala usted misma. Yo se la dictaré si quiere, y luego usted puede hacer los cambios que le gusten. —Tenía la boca seca—. Tome. Aquí está el bolígrafo...

14 - Y vivieron felices

Con dos de sus más próximos ayudantes en el oeste, realizando un complicado pas de quatre con Burris y Lona, Duncan Chalk se veía obligado a confiar casi por completo en los servicios de Leontes D'Amore. D'Amore era capaz, naturalmente, o de lo contrario nunca habría llegado tan lejos. Sin embargo, le faltaba la estabilidad de carácter de Nikolaides, y también carecía de la devoradora mezcla de ambición e inseguridad que poseía Aoudad. D'Amore era inteligente pero variable, un hombre parecido a las arenas movedizas.

Chalk estaba en casa, en su palacio junto al lago. A su alrededor parloteaban las noticintas y los monitores, pero él los controlaba sin problemas. Con D'Amore detrás de su oído izquierdo, Chalk fue viéndoselas paciente y rápidamente con las abrumadoras pilas del trabajo cotidiano. El Emperador Ch'in Shih Huang Ti, según decían, había producido cuarenta y cinco kilos de documentos al día, y aún le había quedado el tiempo libre suficiente para construir la Gran Muralla. Naturalmente, en aquellos tiempos los documentos se redactaban sobre hojas de bambú, mucho más pesadas que las microfichas. Pero no había más remedio que admirar al viejo Shih Huang Ti. Era uno de los héroes de Chalk.

—¿A qué hora llamó Aoudad con ese informe? —quiso saber.

—Una hora antes de que usted despertara.

—Tendría que haber sido despertado. Ya lo sabes. Él lo sabe.

Los labios de D'Amore ejecutaron un elegante entre-chat de preocupación e inquietud.

—Dado que no había ninguna crisis, nos pareció que...

—Os equivocasteis. —Chalk giró en redondo y dejó paralizado a D'Amore con una veloz mirada. La inquietud de D'Amore alimentaba en cierta medida las necesidades de Chalk, pero no era suficiente. Los miserables retorcimientos de los subordinados no resultaban más nutritivos que la paja. Chalk necesitaba carne sangrante—. Así que Burris y la chica han sido presentados.

—Con mucho éxito.

—Ojalá pudiera haberlo visto. ¿Qué tal se adaptaron el uno a la otra?

—Los dos están nerviosos. Pero, en lo básico, simpatizaron. Aoudad cree que la cosa saldrá bien.

—¿Todavía no habéis planeado un itinerario para ellos?

—Ya se está haciendo. El Tívoli de la Luna, Titán de todo el circuito interplanetario. Aunque empezaremos con la Antártida. Alojamientos, detalles..., todo está bajo control.

—Bien. Una luna de miel cósmica. Puede que incluso con un feliz desenlace en forma de bebé al final para darle más brillo a la historia. ¡Sería soberbio que él resultara fértil! ¡Por Dios, sabemos que ella lo es!

—Respecto a eso: en estos mismos instantes se le están haciendo pruebas a la viuda de Prolisse —dijo D'Amore con voz preocupada.

—Así que ya la tienes. ¡Espléndido, espléndido! ¿Se resistió?

—Se le dio una historia válida como tapadera. Cree que la están examinando en busca de virus alienígenas. Para cuando despierte, tendremos el análisis del semen y nuestra respuesta. Chalk agitó la cabeza en un brusco gesto de asentimiento. D'Amore le dejó solo, y aquel hombre inmenso sacó de su hendidura la cinta de la visita de Elise a Burris y la colocó en el visor para contemplarla otra vez. Al principio Chalk había estado en contra de la idea de permitir que ella le visitara, pese a las abundantes recomendaciones de Aoudad. Pero Chalk no había tardado en comprender algunas de las ventajas. Burris no había tenido a ninguna mujer desde su regreso a la Tierra. Según Aoudad (¡que estaba en muy buena posición para saberlo!), la signora Prolisse experimentaba un vivaz apetito hacia el distorsionado cuerpo de quien había sido compañero de su difunto marido. Que se reunieran, pues; veamos cuál era la respuesta de Burris. Un semental de categoría no debería ser empujado a un apareamiento cargado de publicidad sin algunas pruebas preliminares.

La cinta era gráfica y muy explícita. Tres cámaras ocultas, de sólo unas moléculas de diámetro en las lentes, lo habían registrado todo. Chalk había visto la secuencia tres veces, pero siempre había nuevas sutilezas que extraer de ella. Observar en el acto del amor a parejas que no sospechaban ser vigiladas no le proporcionaba ninguna excitación especial; obtenía sus placeres de formas más refinadas, y el espectáculo de la bestia con dos espaldas sólo era interesante para los adolescentes. Pero era útil saber algo de lo que podía hacer Burris.

Aceleró la cinta, haciendo pasar la conversación preliminar. ¡Qué aburrida parece ella mientras él le cuenta sus aventuras! ¡Qué asustado parece él cuando ella deja al desnudo su cuerpo! ¿Qué le aterroriza? Las mujeres no le son desconocidas. Por supuesto, eso fue en su antigua existencia. Quizá teme que ella encontrará horrible este nuevo cuerpo y se apartará de él cuando llegue el instante crucial. El momento de la verdad. Chalk pensó en ello. Las cámaras no podían revelar los pensamientos de Burris, ni tan siquiera su constelación emocional, y Chalk no había dado ningún paso para detectar sus sensaciones internas. Por lo tanto, todo debía hacerse a través de inferencias.

Desde luego, Burris se mostraba reluctante. Y, desde luego, la dama estaba decidida. Chalk estudió a la tigresa desnuda mientras ésta reclamaba su presa. Durante un tiempo pareció que Burris iba a rechazarla... No le interesaba el sexo o, en cualquier caso, no le interesaba Elise. ¿Demasiado noble para hacerlo con la viuda de su amigo? ¿O seguía teniendo miedo de abrirse a ella, incluso enfrentado a su indudable anhelo? Bien, ahora estaba desnudo. Elise seguía sin dejarse amilanar. Los doctores que habían examinado a Burris después de su regreso dijeron que seguía siendo capaz de realizar el acto sexual —por lo que ellos podían ver, al menos—, y ahora resultaba totalmente claro que habían estado en lo correcto.

Los brazos y las piernas de Elise se agitaban sin rumbo. Chalk manipuló sus controles mientras las minúsculas figuras de la pantalla ejecutaban el rito. Sí, Burris seguía siendo capaz de hacer el amor. Cuando la pareja corría hacia su clímax, Chalk dejó de interesarse en ella. La cinta se detuvo después de un último plano de dos figuras flácidas y agotadas tendidas una junto a la otra en el revuelto lecho. Podía hacer el amor, pero, ¿y en cuanto a los bebés? Los hombres de Chalk habían interceptado a Elise poco después de que abandonara la habitación de Burris. Hacía apenas unas horas, aquella fogosa mujer había sido colocada sobre la mesa de operaciones delante de un médico, inconsciente y con sus gruesas piernas separadas. Pero Chalk tenía la sensación de que

esta vez iba a llevarse una decepción. Había muchas cosas que podía controlar; pero no todas.

D'Amore había vuelto.

—Ha llegado el informe.

—¿Y?

—No hay semen fértil. No están totalmente seguros de lo que han obtenido, pero juran que no se reproducirá. Los alienígenas también debieron cambiar algo ahí.

—Qué pena —suspiró Chalk—. Tendremos que olvidarnos de ese enfoque. La futura señora Burris no tendrá hijos suyos.

D'Amore se rió.

—Ya tiene suficientes bebés, ¿no?

15 - El matrimonio de los espíritus

Para Burris, la chica tenía bastante poco atractivo sensual, viniendo, como venía, justo después de Elise Prolisse. Pero le gustaba. Era una niña amable, frágil y patética. Tenía buenas intenciones. La maceta con el cactus le había conmovido. Parecía un gesto demasiado humilde como para ser fruto de otra cosa que de la amistad.

Y su apariencia no la afectaba en lo más mínimo. Emocionada, sí. Un poco nerviosa, sí. Pero le miraba directamente a los ojos, ocultando cualquier consternación que pudiera sentir.

—¿Eres de por aquí? —preguntó él.

—No. Soy del este. Siéntate, por favor. No hace falta que estés de pie por mí.

—No importa. La verdad es que me encuentro bastante bien.

—¿Van a hacer algo por ti en el hospital?

—Sólo pruebas. Se les ha ocurrido la idea de que pueden sacarme de este cuerpo y ponerme en un cuerpo humano normal.

—¡Qué maravilloso!

—No se lo digas a nadie, pero sospecho que no va a funcionar. Todo ese asunto está aún en las nubes, a un millón de kilómetros de distancia, y antes de que hayan conseguido hacerlo bajar al suelo... —Le dio vueltas al cactus que estaba sobre la mesita de noche—. Pero, ¿por qué estás tú en el hospital, Lona?

—Tuvieron que arreglarme un poco los pulmones. También la nariz y la garganta.

—¿Fiebre del heno? —preguntó él.

—Metí la cabeza en una bolsa de eliminación de desperdicios —se limitó a responder ella.

Bajo los pies de Burris se abrió un cráter que duró segundos. Intentó mantener el equilibrio. Lo que le impresionaba tanto como lo dicho era la forma en que lo había dicho, sin ninguna emoción. Como si dejar que el ácido te devorara los bronquios no tuviera nada de particular.

—¿Intentaste matarte? —balbuceó.

—Sí. Pero me encontraron enseguida.

—Pero... ¿por qué? ¡A tu edad! —Con aire protector, odiándose por el tono empleado—. ¡Lo tienes todo por delante!

Los ojos de ella se hicieron aún más grandes. Pero les faltaba profundidad; no pudo evitar el compararlos con las ascuas relucientes que había en las órbitas de Elise.

—¿No sabes nada de mí? —le preguntó ella, hablando aún en voz baja. Burris sonrió.

—Me temo que no.

—Lona Kelvin. Quizá no llegaste a enterarte del nombre. O quizá se te olvidó. Claro. Todavía estabas en el espacio cuando sucedió todo.

—Has conseguido que me pierda en la primera curva

—Participé en un experimento. Trasplante multiembrionario de óvulos, así lo llamaron. Cogieron unos cuantos centenares de óvulos de mi cuerpo y los fertilizaron, y luego los hicieron crecer. Algunos en los cuerpos de otras mujeres, otros en incubadoras. Nacieron alrededor de un centenar de bebés. Hicieron falta seis meses. Fue el año pasado, por estas mismas fechas.

La última cornisa de presuposiciones falsas se desmoronó bajo él. Burris había visto a una estudiante cortés, con la cabeza hueca, alguien que sentía una leve preocupación por la extraña criatura que se encontraba en la habitación de enfrente, pero básicamente metida en los gustos y las modas de su grupo de pares cronológicos, fueran los que fuesen. Quizá estaba aquí para que le disolvieran el apéndice o para quitarse un bulto de la nariz. ¿Quién podía saberlo? Pero, de repente, el suelo se había agitado bajo sus pies y ahora empezaba a verla bañada en una luz mucho más cósmica. Una víctima del universo.

—¿Un centenar de bebés? ¡Jamás oí nada de eso, Lona!

—Debías estar lejos. Armaron un gran jaleo al respecto.

—¿Qué edad tienes?

—Ahora tengo diecisiete años.

—Entonces, ¿no llevaste dentro a ninguno de los bebés?

—No. No. En eso consistía el experimento. Sacaron los óvulos de mi cuerpo y ahí se paró la cosa, al menos para mí. Naturalmente, conseguí un montón de publicidad. Demasiada. —Le miró con timidez—. Te estoy aburriendo con tanta charla sobre mí.

—No, quiero enterarme.

—No es muy interesante. Salí mucho por las pantallas. Y en las cintas. No me dejaban en paz. No tenía gran cosa que contar, porque no había hecho nada, ya sabes. No era más que una donante. Pero cuando mi nombre se hizo público se lanzaron sobre mí. Siempre había reporteros a mi alrededor. Nunca estaba sola, y sin embargo siempre estaba sola, ¿entiendes? Y no pude aguantarlo más. Sólo quería... un par de bebés salidos de mi propio cuerpo, no cien bebés salidos de máquinas. Por eso intenté matarme.

—Metiendo la cabeza en una bolsa de eliminación.

—No, eso fue la segunda vez. La primera salté delante de un camión.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Burris.

—El verano pasado. Me trajeron aquí y me recompusieron. Después me enviaron de nuevo al este. Vivía en una habitación. Todo me daba miedo. Al final se hizo demasiado horrible, y me encontré yendo por el pasillo hasta la sala de disolución, y abrí la bolsa, y..., bueno..., esta vez tampoco lo he conseguido. Sigo viva.

—¿Tanto deseas morir, Lona?

—No lo sé. —Sus delgadas manos se agitaron en el aire como intentando agarrar algo—. Si al menos tuviera alguna cosa a la que sujetarme... Pero, mira, se supone que no debo hablar de mí. Sólo quería que supieras algo de por qué estoy aquí. Tú eres el que...

—¿Se supone que no debes hablar de ti? ¿Quién dice eso?

En sus hundidas mejillas ardieron unos puntitos de color.

—Oh, no lo sé. Quiero decir que realmente no tengo importancia. ¡Hablemos del espacio, coronel Burris!

—Nada de coronel. Minner.

—Ahí fuera...

—Hay Cosas que te atrapan y te cambian de la cabeza a los pies. Eso es el espacio, Lona.

—¡Qué terrible!

—Eso pienso yo también. Pero no refuerces mis convicciones.

—No te sigo.

—Siento una terrible compasión hacia mí mismo —dijo Burris—. Si me das la sombra de una oportunidad, llenaré esa oreja tuya que parece una concha de malas noticias. Te diré hasta qué punto me parece que se portaron mal haciéndome esto. Parlotearé sobre la injusticia del ciego universo. Diré un montón de estupideces.

—¡Pero tienes derecho a estar furioso por eso! No pretendías hacerles ningún daño. Ellos te cogieron y...

—Sí.

—¡No se portaron bien!

—Lo sé, Lona. Pero ya lo he dicho muchas veces, básicamente hablando conmigo mismo, pero también a quien me quisiera escuchar. Es prácticamente la única cosa que digo o pienso. Y, debido a eso, he sufrido una segunda transformación. De hombre a monstruo; de monstruo a encarnación ambulante de la injusticia.

Ella parecía asombrada. No entiende lo que digo, pensó Burris.

—Lo que intento explicarte es que he permitido que esta cosa que me sucedió se convirtiera en mi esencia —dijo—. Soy una cosa, un objeto a utilizar, un acontecimiento moral. Otros hombres tienen ambiciones, deseos, logros, metas que conseguir. Yo tengo mi mutilación, y me está devorando. Me ha devorado. Por eso intento escapar de ella.

—¿Estás diciéndome que prefieres no hablar de lo que te sucedió? —le preguntó Lona.

—Algo así.

Lona asintió. Burris vio cómo se movían sus fosas nasales, cómo sus delgados labios se curvaban en una mueca de animación. Y por entre ellos se abrió paso una sonrisa.

—¿Sabes una cosa, coro... Minner? Conmigo sucede un poco lo mismo. Me refiero a ser una víctima y todo eso, y sentir tanta pena por ti. A mí también me hicieron algo malo, y desde entonces todo lo que hago es regresar a ello, pensar en el asunto y enfurecerme. O ponerme triste. Y lo que realmente debería estar haciendo es olvidarme de ello y empezar con alguna otra cosa.

—Sí.

—Pero no puedo. En vez de eso sigo intentando matarme, porque he decidido que no puedo soportarlo.

—Sus ojos fueron bajando lentamente hacia el suelo—. ¿Te importa que te pregunte si..., si has..., si has intentado alguna vez...?

Una pausa.

—¿Matarme desde que sucedió esto? No. No, Lona. Lo único que hice fue pensar y darle vueltas. Se llama suicidio lento.

—Tendríamos que hacer un trato —dijo ella—. En vez de que yo sienta pena por mí y tú sientas pena por ti, deja que yo sienta pena por ti y tú sienta pena por mí. Y nos diremos mutuamente lo terrible que ha sido el mundo con el otro. Pero no nos lo diremos a nosotros mismos. Me he confundido un poco al expresarlo, pero, ¿sabes lo que quiero decir?

—Una sociedad de simpatía mutua. ¡Víctimas del universo, unios! —Se rió—. Sí, lo comprendo. ¡Buena idea, Lona! Es justo lo que yo..., lo que necesitamos. Quiero decir, justo lo que tú necesitas.

—Y lo que tú necesitas.

Parecía satisfecha de sí misma. Estaba sonriendo desde la frente hasta el mentón, y Burris se sorprendió ante el cambio que sufría su aspecto cuando aparecía ese brillo de autosatisfacción. Daba la impresión de hacerse uno o dos años mayor, de adquirir fuerza y seguridad. Y hasta femineidad. Por un instante, ya no era flaca y patética. Pero entonces el brillo se desvaneció y Lona volvió a convertirse en una chiquilla.

—¿Te gusta jugar a las cartas?

—Sí.

—¿Sabes jugar a los «Diez Planetas»?

—Si me lo enseñas, sabré —dijo Burris.

—Iré a buscar las cartas.

Salió dando brincos de la habitación, su pijama revoloteando alrededor de su delgada figura. Volvió un instante después con una baraja de naipes de aspecto cerúleo y tomó asiento en la cama, junto a él. Cuando el cierre superior de su pijama perdió polaridad, los veloces ojos de Burris se posaron en ella y percibió fugazmente un pecho blanco, pequeño y firme, dentro de la prenda. Lona pasó la mano por el cierre un instante después y lo volvió a abrochar. Burris se dijo que no era totalmente mujer, pero que tampoco era una niña. Y, un instante más tarde, se recordó a sí mismo: esta muchacha delgada es la madre (?) de cien bebés.

—¿Has jugado alguna vez a esto? —le preguntó ella.

—Me temo que no.

—Es muy sencillo. Primero doy diez cartas para cada uno...

16 - Pese a sus plumas, el búho tenía frío

Estaban en la central de energía del hospital, mirando a través de la pared transparente. Al otro lado, algo fibroso se agitaba y daba vueltas mientras iba recogiendo energía del pilar más cercano y la pasaba al banco de transformadores. Burris estaba explicándole que de esa forma la energía era transmitida sin cables. Lona intentaba escucharle, pero la verdad era que realmente no le importaba demasiado enterarse de todo aquello. Resultaba difícil concentrarse en algo así, tan distante de su experiencia. Especialmente con él a su lado.

—Todo un contraste con los viejos tiempos —estaba diciendo él—. Aún puedo recordar una época en que las líneas de cables con un millón de kilovatios cruzaban los campos, y hablaban de aumentar el voltaje hasta un millón y medio de...

—Sabes tantas cosas. ¿Cómo tuviste tiempo de aprender todo eso sobre la electricidad, si también tenías que ser un navegante estelar?

—Soy terriblemente viejo —dijo él.

—Apuesto a que todavía no tienes ni ochenta años.

Ella bromeaba, pero él no pareció darse cuenta. Su rostro se contorsionó de esa forma tan extraña, con los labios (¿había que seguir llamándolos labios?) desplazándose hacia sus mejillas.

—Tengo cuarenta años —dijo con voz átona—. Supongo que cuarenta es la mayor parte del trayecto hasta los ochenta.

—No del todo.

—Vayamos a echarle una mirada al jardín.

—¡Todas esas cosas puntiagudas que pinchan!

—No te gustan —dijo él.

—Oh, no, no, no —insistió Lona, recuperándose rápidamente. A él le gustan los cactus, se dijo. No debo criticar las cosas que le gustan. Necesita alguien a quien le gusten las cosas que le gustan a él. Incluso si no son muy bonitas.

Fueron hacia el jardín dando un paseo. Era mediodía, y el pálido sol recortaba afiladas sombras en la tierra, seca y apretada. Lona se estremeció. Llevaba un abrigo sobre su bata del hospital, pero incluso así e incluso estando aquí, en el desierto, el día resultaba frío. Burris, que no llevaba nada de abrigo, no parecía preocuparse por el frío. Lona se preguntó si su nuevo cuerpo poseía alguna forma de adaptarse para soportar la temperatura, igual que una serpiente. Pero no se lo preguntó. Intentaba no hablarle de su cuerpo. Y cuanto más pensaba en ello, más le parecía que la forma que tendría una serpiente de adaptarse al clima frío sería el reptar hasta un escondite y ponerse a dormir. Decidió olvidarse del asunto.

Burris le contó muchas cosas sobre los cactus.

Recorrieron el jardín de un lado a otro yendo por las avenidas que formaban las plantas erizadas de espinas. Ni una hoja, ni tan siquiera una rama. Ni una flor. Y, sin embargo aquí hay brotes, le dijo él. En junio éste tendrá un hermoso fruto rojo parecido a una manzana. Puede que hagan golosinas con él. ¿Usando las espinas y todo? Oh, no, las espinas no. Se rió. Ella también se rió. Quería alargar el brazo y cogerle la mano. ¿Cómo sería el notar entre sus dedos aquella cosa extra, aquel tentáculo?

Había esperado sentir miedo de él. Burris la sorprendía, pero no sentía miedo.

Pero deseaba que volviera a llevarla al interior del edificio.

Burris señaló hacia una silueta borrosa suspendida sobre uno de los cactus de aspecto más desagradable.

—¡Mira ahí!

—¿Una mariposa muy grande?

—¡Un colibrí, tonta! Debe haberse perdido. —Burris avanzó hacia él, claramente excitado. Lona vio cómo se retorcián los tentáculos de sus manos, igual que hacían a menudo cuando no les prestaba atención. Había puesto una rodilla en tierra y estaba observando al colibrí. Lona contempló su perfil, examinando la fuerte mandíbula y el liso retazo de piel parecido a la superficie de un tambor situado allí donde tendría que haber estado una oreja. Después, porque eso era lo que él deseaba, miró al pájaro. Vio un cuerpo minúsculo y lo que quizá fuera un pico largo y recto. Alrededor del pájaro había una nube oscura.

—¿Eso son sus alas? —preguntó.

—Sí. Las bate con una rapidez terrible. No puedes verlas, ¿verdad?

—Sólo una mancha borrosa.

—Yo veo cada una de las alas. ¡Lona, es increíble! ¡Veo las alas! ¡Con estos ojos!

—Eso es maravilloso, Minner.

—El pájaro se ha perdido; probablemente tendría que estar en México, probablemente ahora desea estar allí. Aquí se morirá antes de que encuentre una flor. Ojalá pudiera hacer algo.

—¿Cogerle? ¿Hacer que alguien lo lleve a México?

Burris contempló sus manos como si estuviera sopesando la posibilidad de coger al colibrí en un gesto de cegadora velocidad. Luego meneó la cabeza.

—Mis manos no podrían ser lo bastante rápidas, ni tan siquiera ahora. O, si le cogiera, le aplastaría. Yo..., ¡ahí va!

Y así era. Lona vio cómo la mancha marrón se desvanecía al final del jardín. Al menos va hacia el sur, pensó. Se volvió hacia Burris.

—En algunos momentos lo aprecias, ¿verdad? —preguntó—. Te gusta... un poco.

—¿El qué?

—Tu nuevo cuerpo.

Burris se estremeció levemente. Ella deseó no haber dicho eso.

Dio la impresión de que Burris contenía la primera oleada de palabras que iba a pronunciar.

—Admito que posee unas cuantas ventajas.

—Minner, tengo frío.

—¿Volvemos dentro?

—Si no te importa...

—Lo que tú digas, Lona.

Fueron hacia la puerta, uno al lado del otro. Sus sombras brotaban de sus pies hacia la izquierda, en un ángulo muy pronunciado. Él era mucho más alto que ella, casi treinta centímetros más. Y muy fuerte. Ojalá. Me tomara. En sus brazos.

Su aspecto no le molestaba en lo más mínimo.

Naturalmente, sólo había visto su cabeza y sus manos. Quizá tuviera un ojo enorme en mitad del pecho. O una boca debajo de cada brazo. Una cola. Grandes manchas

púrpuras. Pero, mientras las fantasías iban desfilando por su mente, comprendió que ni tan siquiera aquellas invenciones eran realmente aterradoras. Si podía acostumbrarse a su cara y sus manos, y si lo había hecho tan rápidamente, ¿qué podían importar las otras diferencias? No tenía orejas, su nariz no era una nariz, sus ojos y sus labios eran extraños, su lengua y sus dientes parecían surgidos de un sueño. Y cada mano tenía esa cosa extra. Pero había dejado de fijarse en todo aquello casi desde el principio. Su voz era agradable y normal, y era tan listo, tan interesante... Y daba la impresión de que ella le gustaba. Se preguntó si estaría casado. ¿Cómo podía preguntárselo?

La puerta del hospital se abrió hacia dentro al aproximarse ellos.

—¿Mi habitación? —preguntó él—. ¿O la tuya?

—¿Qué haremos ahora?

—Estar sentados. Hablar. Jugar a las cartas. —Jugar a las cartas te aburríó. —¿Dije alguna vez que lo hiciera? —preguntó él.

—Fuiste demasiado cortés para decirlo. Pero me di cuenta. Pude ver que lo estabas ocultando. Estaba escrito en toda tu... —Hizo una pausa—. Cara.

Siempre acaba apareciendo de nuevo, pensó.

—Aquí está mi habitación —dijo.

Apenas si importaba a qué habitación fueran. Eran idénticas, aunque la una daba al jardín de atrás, en el que acababan de estar, y la otra daba al patio. Una cama, un escritorio, un surtido de equipo médico. Burris cogió la silla que estaba junto a la cabecera del lecho. Ella tomó asiento en la cama. Quería que él viniera hacia ella y tocara su cuerpo, que calentara su carne helada pero, naturalmente, no se atrevía a sugerírselo.

—Minner, ¿cuándo te marcharás del hospital?

—Pronto. Dentro de unos cuantos días. ¿Y tú, Lona?

—Supongo que ahora ya puedo marcharme cuando quiera. ¿Qué harás cuando te vayas?

—No estoy seguro. Creo que viajaré. Ver el mundo, dejar que el mundo me vea.

—Siempre he querido viajar —dijo ella. Demasiado obvio—. La verdad es que nunca he estado en ningún sitio.

—¿Qué tipo de sitios?

—El Tívoli de la Luna —dijo ella—. O el Planeta de Cristal. O..., bueno, cualquier parte. China. La Antártida.

—No es difícil ir allí. Sólo tienes que subirte a la nave y partir. —Durante un segundo su rostro se cerró sobre sí mismo, y ella no supo qué pensar; los labios se deslizaron y se apretaron, y los ojos quedaron ocultos por los veloces párpados. Lona pensó en una tortuga. Después, Burris se abrió de nuevo y, asombrándola, dijo—: ¿Y si fuéramos a unos cuantos de esos lugares juntos?

17 - Toma estas astillas

Chalk se desplazaba velozmente un poco por encima de la atmósfera. Contempló su mundo y lo encontró bueno. Los mares eran de un color verde que casi llegaba al azul, o de un azul que llegaba al verde, y le pareció que podía ver los témpanos a la deriva. La tierra, prisionera del invierno, era de color marrón hacia el norte; en la curvatura del centro se hallaba el verde del verano.

Pasaba gran parte de su tiempo en las zonas inferiores del espacio. Era la mejor forma de burlar la gravedad, la forma más satisfactoria estéticamente hablando. Quizá su piloto sintiera cierta incomodidad, pues Chalk no permitía el uso de los gravitrones inversores aquí arriba, así como tampoco ningún tipo de rotación centrífuga para proporcionar la ilusión del peso. Pero su piloto estaba lo bastante bien pagado como para soportar tales molestias, si eran molestias.

Para Chalk, carecer de peso no resultaba ni remotamente una molestia. Tenía su masa, su maravillosa masa de brontosaurio, y sin embargo no tenía ninguno de los inconvenientes que acarrearía.

—Éste es uno de los pocos casos donde uno puede conseguir realmente algo a cambio de nada —le dijo a Burris y la chica—. Pensadlo: cuando despegamos, disipamos la gravedad de la aceleración mediante los gravitrones, de tal forma que las gravedades extra son eliminadas y nos elevamos con toda comodidad. No nos supone ningún esfuerzo llegar hasta donde estamos, no hay que pagar ningún precio en forma de peso extra antes de que podamos carecer de peso. Cuando aterrizamos, tratamos el problema de la deceleración de la misma forma. Peso normal, carencia de peso, peso otra vez, y en ningún momento se siente uno aplastado.

—Pero, ¿es gratis? —preguntó Lona—. Quiero decir que debe costar mucho dinero hacer funcionar los gravitrones. Cuando se hace el balance final, el costo de ponerlos en marcha y detenerlos, entonces realmente no se ha conseguido algo a cambio de nada, ¿verdad?

Chalk, divertido, miró a Burris.

—Es muy inteligente, ¿te habías dado cuenta de ello?

—Me he estado dando cuenta. Lona se puso roja.

—Os estáis riendo de mí.

—No, no lo hacemos —dijo Burris—. Sin que nadie te ayudara, has logrado dar con la idea de la conservación de la gravedad, ¿no te das cuenta? Pero estás siendo demasiado rigurosa con nuestro anfitrión. Él mira las cosas desde su punto de vista. Si no tiene que sentir personalmente el incremento de las gravedades, no le cuesta nada en el sentido más auténtico de la palabra. No en términos de soportar una gravedad elevada. Los gravitrones absorben todo eso. Mira, Lona, es igual que cometer un crimen y pagar a otra persona para que pase por el proceso de rehabilitación. Desde luego que te cuesta dinero encontrar a un sustituto para la rehabilitación. Pero has cometido tu crimen, y él carga con el castigo. El equivalente en dinero...

—Olvídalo —dijo Lona—. De todas formas, se está muy bien aquí arriba.

—¿Te gusta la ingravidez? —preguntó Chalk—. ¿La habías experimentado antes?

—La verdad es que no. Unos cuantos viajes cortos.

—¿Y tú, Burris? ¿Ayuda en algo la falta de gravedad a disminuir tus incomodidades?

—Un poco, gracias. No hay tensión en los órganos que no están realmente donde deberían estar. No siento ese maldito tirón en mi pecho. No es gran cosa, pero lo agradezco.

Sin embargo, Chalk se daba cuenta de que Burris seguía sumergido en su baño de dolor. Quizás el agua estuviera más tibia, pero no lo suficiente. ¿Cómo sería el sentir una constante incomodidad física? Chalk sabía un poco de eso, sencillamente por el esfuerzo de acarrear su cuerpo en gravedad normal. Pero llevaba tanto tiempo siendo una masa hinchada... Estaba acostumbrado a ese continuo tirón doloroso. Pero, ¿y Burris? ¿La sensación de clavos siendo introducidos a martillazos en su carne? No protestaba. La amarga rebelión sólo asomaba a la superficie de vez en cuando. Burris estaba mejorando, aprendiendo cómo adaptarse a lo que para él era la condición humana. Chalk, dada su sensibilidad, aún percibía las emanaciones del dolor. No meramente el dolor psíquico. También había dolor físico. Burris se había vuelto más calmado, había emergido del negro pozo de la depresión en el que Aoudad le había encontrado por primera vez, pero la vida distaba aún mucho de resultarle un camino de rosas.

Comparado con él, la chica se encontraba en mejor forma, concluyó Chalk. No era un mecanismo tan intrincado.

La chica y Burris parecían felices uno al lado de la otra.

Eso cambiaría, por supuesto, a medida que pasara el tiempo.

—¿Veis Hawai? —preguntó Chalk—. Y ahí, junto al borde del mundo: China. La Gran Muralla. Hemos restaurado una buena parte de ella. Mirad, yendo hacia el interior desde el mar, justo por encima de ese golfo. Pasado al norte de Pekín, metiéndose en aquellas montañas. La parte central ha desaparecido, la franja desértica de Ordos. Pero la verdad es que nunca fue gran cosa, una simple línea de barro. Y más allá, hacia Sinkiang, ¿veis cómo sube ahora? Tenemos varios centros de diversión a lo largo de la Muralla. Pronto se abrirá uno nuevo en el lado de Mongolia. La Cúpula del Placer de Kublai Khan. —Chalk se rió—. Pero no será tranquila y señorial. Cualquier cosa menos tranquila y señorial.

Chalk se fijó en que estaban cogidos de la mano.

Se concentró en captar sus emociones. Nada útil todavía. De la chica llegaba una especie de suave y apacible satisfacción, algo parecido a un vacío contento materno. Sí, serviría. ¿Y de Burris? De momento no había gran cosa en ningún aspecto. Estaba relajado, más relajado de lo que le había visto nunca Chalk. A Burris la chica le gustaba. Le divertía, eso estaba claro. Gozaba con la atención que ella le prestaba. Pero no había ningún sentimiento fuerte hacia ella; realmente, no la tenía en un concepto muy alto en cuanto persona. Pronto estaría tremendamente enamorada de él. Chalk creía improbable que la emoción pudiera llegar a ser correspondida. Chalk pensaba que de aquella diferencia de voltajes se podía generar una corriente de gran interés. Un efecto termocupla, por así decirlo. Ya veremos.

La nave se lanzó hacia el oeste por encima de China, dejando atrás la llanura de Kansu y orbitando sobre la Vieja Ruta de la Seda.

—Tengo entendido que los dos os marcharéis mañana para empezar vuestros viajes —dijo Chalk—. Eso es lo que me ha contado Nick.

—Así es. El itinerario ya está preparado —dijo Burris.

—Casi no puedo esperar. ¡Estoy tan terriblemente nerviosa! —exclamó Lona.

Aquella explosión de palabras propia de una colegiala disgustó a Burris. Chalk, que por aquel entonces ya estaba muy bien sintonizado con sus cambiantes estados de ánimo, hundió sus receptores en el destello de irritación que brotaba de él y lo engulló. El estallido de emoción fue una repentina abertura en un impenetrable velo escarlata. Un retorcido trazo oscuro atravesando una lisa superficie gris perla. Un comienzo, pensó Chalk. Un comienzo.

—Tendría que resultar todo un viaje —dijo—. Miles de millones de personas os desean lo mejor.

18 - A la feria de los juguetes

Cuando se estaba en manos de Duncan Chalk se cubría terreno rápidamente. Los hombres de Chalk les habían llevado sin ninguna parada desde el hospital hasta el espacio puerto privado de Chalk; luego, después de su vuelo alrededor del mundo, habían sido llevados al hotel. Era el hotel más soberbio que había conocido jamás el Hemisferio Occidental, un hecho que pareció deslumbrar a Lona y que, de una forma oscura e indefinible, molestó a Burris.

Cuando entró en el vestíbulo, resbaló y empezó a caer.

Eso era algo que le estaba sucediendo cada vez con mayor frecuencia ahora que se mostraba en público. En realidad, jamás había aprendido cómo utilizar sus piernas. Sus rodillas eran unos complicados mecanismos hechos de cojinetes y espacios vacíos, claramente diseñados para no producir fricción, y había momentos impredecibles en los que no Lograban sostenerle. Eso era lo que estaba sucediendo ahora. Tuvo la misma sensación que si su pierna izquierda estuviera desintegrándose, y empezó a caer hacia la gruesa alfombra amarilla.

Los botones robot, siempre alertas, se lanzaron en su ayuda. Aoudad, cuyos reflejos no eran tan buenos como los de ellos, intentó cogerle demasiado tarde. Pero quien estaba más cerca era Lona. Dobló las rodillas y colocó su hombro contra el pecho de él, sosteniéndole mientras él agitaba las manos, intentando recuperar el equilibrio. Burris quedó sorprendido ante lo fuerte que era. Le sostuvo hasta que los demás pudieron llegar a él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lona, casi sin aliento.

—Más o menos. —Movié la pierna hacia atrás y hacia adelante hasta tener la seguridad de que la rodilla había vuelto a quedar colocada en su sitio. Feroces oleadas de dolor le recorrieron, llegando hasta la cadera—. Eres fuerte. Me has sostenido.

—Todo ocurrió tan deprisa... No sabía lo que estaba haciendo. Sencillamente, me moví, y tú estabas allí.

—Pero yo peso mucho.

Aoudad estaba sujetándole por el brazo. Le soltó, como si le hubiera costado mucho tiempo darse cuenta de ello.

—¿Puedes sostenerte solo? —le preguntó—. ¿Qué ha pasado?

—Durante un segundo me olvidé de cómo funcionan mis piernas —dijo Burris. El dolor resultaba casi cegador. Lo absorbió con un esfuerzo de voluntad y, tomando la mano de Lona, encabezó lentamente la procesión hacia el banco de gravitrones. Nikolaides estaba encargándose del trabajo rutinario de registrarles en el hotel. Estarían allí dos días. Aoudad entró con ellos en el pozo de subida más cercano, y fueron hacia arriba.

—Ochenta y dos —le dijo Aoudad a la placa sensora del ascensor.

—¿Es muy grande la habitación? —preguntó Lona.

—Es una suite —dijo Aoudad—. Hay un montón de habitaciones.

En total había siete habitaciones. Un grupo de dormitorios, una cocina, una sala de estar, y una gran sala de conferencias en la que se congregarían luego los representantes de la prensa. Ante la discreta petición de Burris, a él y a Lona se les habían dado dormitorios contiguos. Todavía no había nada físico entre ellos. Burris sabía que cuanto más esperase más difícil resultaría y, sin embargo, seguía conteniéndose. No era capaz de juzgar la profundidad de los sentimientos de Lona, y en este mismo momento tenía graves dudas sobre los suyos.

Chalk no había escatimado gastos para conseguirles aquellos alojamientos. La suite era muy lujosa, adornada con tapices de otros mundos que latían y parpadeaban con una luz interior. Los adornos de cristal hilado que había sobre la mesa cantarían dulces melodías una vez se los hubiera calentado en la mano. Eran caros. La cama de su habitación era lo bastante grande como para contener a un regimiento. La de ella era redonda y giraba con sólo tocar un interruptor. En los techos del dormitorio había espejos. Haciendo un ajuste, se contorsionaban para convertirse en las facetas de un diamante; con otro, se convertían en un montón de fragmentos astillados; con otro más, proporcionaban un reflejo estable, más grande y detallado que el objeto real. También podían volverse opacos. Burris no dudaba de que las habitaciones también eran capaces de otros trucos.

—La cena de esta noche será en el Salón Galáctico —anunció Aoudad—. Daréis una conferencia de prensa mañana, a las once. Os encontraréis con Chalk por la tarde. A la mañana siguiente os marcháis para el Polo.

—Espléndido. —Burris tomó asiento.

—¿Quieres que mande a un médico para que le eche una mirada a tu pierna?

—No es necesario.

—Volveré dentro de una hora y media para acompañaros a cenar. Encontraréis ropa en los armarios.

Aoudad se marchó.

A Lona le brillaban los ojos. Se encontraba en el País de las Maravillas. Incluso Burris, que no se impresionaba fácilmente con el lujo, sentía como mínimo cierto interés por la extensión de las comodidades. Le sonrió.

Los ojos de Lona brillaron todavía más. Burris le guiñó un ojo.

—Echémosle otra mirada al lugar —murmuró ella.

Hicieron una gira por la suite. Su habitación, la de él, la cocina. Lona acarició el nódulo programador del banco de alimentos.

—Podríamos comer aquí esta noche —sugirió—. Si lo prefieres. Podemos conseguir todo lo que nos haga falta.

—Prefiero que salgamos.

—Como quieras.

No necesitaba afeitarse, ni tan siquiera lavarse: pequeños favores de su nueva piel. Pero Lona estaba bastante más cerca de lo humano. La dejó en su habitación, mirando el vibrorociador montado en su cubículo. Su panel de control era casi tan complicado como el de una nave espacial. Bueno, que jugara con él.

Burris inspeccionó su guardarropa.

Lo habían llenado igual que si fuera a ser la estrella de algún drama de la tridi. En un estante había como unos veinte recipientes de rociador, cada uno con una brillante ilustración representando su contenido. En éste, una chaqueta verde y una lustrosa túnica con vetas púrpura. En éste otro, una holgada túnica provista de luz autogenerada. Aquí, algo abigarrado y parecido a un plumaje de pavo real con hombreras y refuerzos en el pecho. Sus gustos tendían hacia los diseños más sencillos, incluso los materiales más convencionales. Lino, algodón, telas antiguas. Pero no eran sus gustos particulares los que dirigían este asunto. Si le hubieran dejado guiarse por ellos, estaría acurrucado en su mísera habitación de las Torres Martlet, hablando con su propio fantasma. En cambio, aquí estaba, un títere voluntario bailando suspendido de los hilos de Chalk, y tenía que ejecutar los pasos de baile adecuados. Éste era su purgatorio. Escogió el traje de las hombreras y los refuerzos.

Pero, ¿funcionaría el rociador?

Su piel resultaba extraña tanto en porosidad como en otras propiedades físicas. Quizá rechazara el traje. O —una auténtica pesadilla—, era posible que se dedicara a disolver pacientemente las moléculas, de tal forma que, en el tiempo de un parpadeo, su ropa se hiciera jirones en el Salón Galáctico, dejándole no tan sólo desnudo en medio de una multitud, sino revelado en toda su extraña diferencia. Correría el riesgo. Que mirasen. Que lo vieran todo. Por su mente cruzó la imagen de Elise Prolisse colocando la mano en un remache secreto y eliminando en un instante su negro sudario, desvelando las blancas tentaciones. No se podía tener mucha confianza en estas ropas. Que así sea. Burris se desnudó y colocó el recipiente del rociador en el aparato de suministro. Luego se puso bajo él.

El vestido se adaptó habilidosamente a la forma de su cuerpo.

La aplicación requirió menos de cinco minutos. Cuando examinó su multicolor atuendo en el espejo, no se sintió disgustado. Lona estaría orgullosa de él.

La esperó.

Transcurrió casi una hora. No oía ningún sonido procedente de su habitación. Seguramente ya debía estar lista.

—¿Lona? —llamó, y no obtuvo ninguna respuesta.

El pánico le atravesó igual que una lanza. Aquella chica tenía tendencias suicidas. La pompa y elegancia de este hotel podían ser justo la gota de agua que desbordara el vaso. Se encontraban a más de trescientos metros por encima del nivel del suelo; esta vez, su intentona de suicidio no saldría mal. Jamás tendría que haberla dejado sola, se dijo.

—¡Lona!

Cruzó la mampara que le separaba de la habitación de ella. La vio nada más hacerlo, y el alivio hizo que todo su cuerpo se entumeciera. Estaba ante el armario, desnuda, dándole la espalda. Tenía los hombros estrechos y las caderas aún lo eran más, de tal forma que el contraste de la delgada cintura se perdía. Su columna vertebral se alzaba igual que un surco subterráneo, bruscamente perdida en la sombra. Tenía nalgas de chico. Burris lamentó su intrusión.

—No te oía —dijo—. Estaba preocupado y por eso, cuando no me contestaste...

Ella se volvió hacia él, y Burris vio que a Lona le ocurría algo mucho más grave que una posible violación de su pudor. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas llenas de lágrimas. Alzó un delgado brazo para colocarlo sobre sus pequeños pechos como en una rutinaria muestra de modestia, pero el gesto era puramente automático y no ocultaba nada. Le temblaban los labios. Burris sintió bajo su piel el impacto del cuerpo de Lona, y se encontró preguntándose por qué una desnudez tan poco provista de atractivos debía afectarle de aquella manera. Porque, acabó decidiendo, hasta ahora se había encontrado más allá de una barrera que en este momento se había hecho pedazos.

—¡Oh, Minner, Minner, me daba vergüenza llamarte! ¡Llevo así más de media hora!

—¿Qué ocurre?

—¡No hay nada que pueda ponerme!

Burrís se acercó a ella. Lona se dio la vuelta, apartándose del armario, situándose junto a su codo y bajando el brazo por encima de sus pechos. Burrís miró dentro del armario. En su interior había docenas de recipientes. Cincuenta, un centenar de ellos.

—¿Y bien?

—¡No puedo llevar eso!

Cogió uno de los recipientes. Por la ilustración de la etiqueta, era algo hecho de noche y niebla, elegante, casto, soberbio.

—¿Por qué no puedes llevarlos?

—Quiero algo sencillo. Aquí no hay nada sencillo.

—¿Sencillo? ¿Para el Salón Galáctico?

—Minner, estoy asustada.

Y lo estaba. Se le había puesto piel de gallina.

—¡Hay veces en que te portas igual que una niña! —le dijo él secamente.

Las palabras se clavaron en Lona igual que garfios. Retrocedió, encogiéndose, pareciendo más desnuda que nunca, y nuevas lágrimas se deslizaron de sus ojos. La crueldad de las palabras parecía haber quedado suspendida en la habitación, igual que una capa de suciedad, después de que las palabras en sí se hubieran desvanecido.

—Si soy una niña —dijo ella con voz ronca—, ¿por qué debo ir al Salón Galáctico?

¿Tomarla en tus brazos? ¿Consolarla? Burrís estaba atrapado en unos salvajes remolinos de incertidumbre. Controló su voz para que sonara a medio camino entre la ira paternal y la falsa solicitud y dijo:

—No seas tonta, Lona. Eres una persona importante. Esta noche, todo el mundo va a mirarte y a decir lo hermosa y lo afortunada que eres. Ponte algo que le hubiese gustado a Cleopatra, y luego imagínate que eres Cleopatra.

—¿Me parezco a Cleopatra?

Los ojos de Burrís viajaron por su cuerpo. Tuvo la sensación de que eso era exactamente lo que ella deseaba que hicieran. Y se vio obligado a admitir que no tenía nada de voluptuoso. Lo cual, quizás, era también algo que ella deseaba oírle decir. Sin embargo, y dentro de su estilo delgado y modesto, resultaba atractiva. Incluso femenina. Oscilaba entre la juventud traviesa de una muchacha y la femineidad neurótica.

—Escoge uno de éstos y pónelo —dijo—. Ya verás como, una vez lo lleves, estarás a la altura del traje. No te sientas incómoda. Aquí me tienes a mí, con este traje de locos, y creo que es algo increíblemente divertido. Tienes que ir como yo. Adelante.

—Ése es el otro problema. Hay tantos... ¡No soy capaz de escoger ninguno!

En eso tenía cierta razón. Burris contempló el armario. La gama de opciones resultaba abrumadora. La mismísima Cleopatra se habría sentido mareada, y esta pobre niña estaba a punto de perder el sentido. Burris hurgó por entre los recipientes, incómodo, esperando dar con algo que proclamara instantáneamente lo adecuado que resultaba para Lona. Pero ninguno de aquellos trajes había sido diseñado para pobres niñas y, mientras siguiera pensando en ella como tal, no podía seleccionar ninguno. Por fin acabó volviendo al primero que había cogido al azar, el casto y elegante.

—Éste —dijo—. Creo que es el más adecuado.

Lona contempló la etiqueta con expresión dubitativa.

—Me sentiría incómoda con algo tan extravagante.

—Lona, ya hemos hablado de eso. Póntelo.

—No puedo utilizar la máquina. No sé cómo hacerlo.

—¡Es lo más sencillo del mundo! —estalló él, y se maldijo por la facilidad con que subía el tono de voz cuando hablaba con ella—. Las instrucciones están en el mismo recipiente. Lo pones en la ranura...

—Hazlo por mí.

Lo hizo. Lona se colocó en la zona del dispensador, delgada, pálida y desnuda, mientras el traje iba brotando de éste como una fina niebla y se envolvía por sí mismo a su alrededor. Burris empezó a sospechar que había sido manipulado, y además con bastante destreza. En un salto de gigante habían cruzado la barrera de la desnudez, y ahora ella se le mostraba tan despreocupadamente como si llevara décadas siendo su esposa. Buscando su consejo sobre las ropas. Obligándole a quedarse quieto y mirar mientras ella hacía piruetas bajo el dispensador, envolviéndose en capa tras capa de elegancia. ¡Pequeña bruja! Admiró su técnica. Las lágrimas, el cuerpecito desnudo y encogido, el presentarse como la pobre niñita. ¿O acaso estaba leyendo en su pánico mucho más de lo que podía encontrarse en él? Quizá. Probablemente.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó, dando un paso hacia adelante.

—Magnífica. —Lo decía en serio—. Ahí está el espejo. Decídelo tú misma.

El brillo de placer que iluminó su rostro valía por unos cuantos kilovatios. Burris decidió que se había equivocado totalmente en cuanto a sus motivos; no era tan complicada, había estado auténticamente aterrada ante la perspectiva de la elegancia, y ahora estaba auténticamente encantada ante el efecto final.

El cual era soberbio. La boquilla del dispensador había engendrado un traje que no era totalmente diáfano ni totalmente ceñido. Colgaba de ella igual que una nube, velando los delgados muslos y los hombros caídos y logrando sugerir con mucho arte una voluptuosidad que no estaba en absoluto allí. Nadie llevaba ropa interior con un traje rociado, y por eso el cuerpo desnudo quedaba oculto sólo por una delgada capa; pero los diseñadores eran muy astutos y lo vaporoso de este atuendo realzaba y amplificaba a quien lo llevara. Los colores resultaban igualmente deliciosos. Gracias a cierta magia molecular, los polímeros no estaban fuertemente atados a un solo segmento del espectro. A medida que Lona se movía, el traje cambiaba obedientemente de tonalidad, deslizándose del gris amanecer al azul de un cielo veraniego, y pasando luego al negro, al marrón hierro, al perla y al malva.

El atuendo había convertido a Lona en la imagen misma de la sofisticación. Parecía más alta, de mayor edad, más despierta y segura de sí misma. Tenía los hombros erguidos, y sus pechos sobresalían en una sorprendente transfiguración.

—¿Te gusta? —le preguntó quedamente.

—Es maravilloso, Lona.

—Me siento tan extraña dentro de él... Nunca he llevado nada parecido a esto. ¡De repente me he convertido en Cenicienta yendo al baile!

—¿Con Duncan Chalk como tu hada madrina? Se rieron.

—Espero que se convierta en una calabaza a medianoche —dijo ella. Fue hacia el espejo—. Minner, estaré lista dentro de cinco minutos más, ¿de acuerdo?

Burriss volvió a su habitación. Necesitó no cinco minutos sino quince para limpiar de su rostro las huellas de las lágrimas, pero la perdonó. Cuando apareció por fin, apenas si pudo reconocerla. Se había maquillado el rostro hasta darle un fascinante aspecto de máscara que lograba transformarla por completo. Ahora los ojos se hallaban ribeteados con polvo reluciente; los labios brillaban con una exuberante fosforescencia; broches de oro le cubrían las orejas. Entró en su habitación flotando igual que una nubécula de niebla matinal.

—Ahora ya podemos irnos —dijo, con una voz repentinamente ronca y madura.

Burriss estaba complacido y divertido. En cierto sentido, era una muchachita vestida para que pareciera una mujer. En otro sentido, era una mujer que apenas si empezaba a descubrir que ya no era una chica. ¿Era posible que la crisálida aún no se hubiese abierto? En cualquier caso, le gustaba verla así. Desde luego, estaba hermosa. Quizás ahora habría menos personas que le mirasen a él y más que la mirasen a ella.

Se dirigieron juntos hacia el pozo del ascensor.

Antes de abandonar su habitación, Burriss le notificó a Bart que él y Lona bajaban a cenar. Después descendieron. Burriss sintió una salvaje oleada de miedo y la dominó implacablemente. Ésta sería la vez en que más se había expuesto al público desde su regreso a la Tierra. Cena en el restaurante de los restaurantes; con su extraño rostro amargándole quizá el caviar a un millar de comensales; ojos volviéndose hacia él desde todas direcciones. Pensaba en ello como en una prueba. Sin saber muy bien cómo, sacó valor de Lona y se envolvió en una capa de coraje, del mismo modo que ella se había colocado sus nada familiares galas.

Cuando llegaron al vestíbulo Burriss oyó los rápidos jadeos de los espectadores. ¿Placer? ¿Pavor? ¿El frisson mezcla de la repugnancia y el deleite? Le resultaba imposible interpretar sus motivos a partir de esa sibilante aspiración de aire. Sin embargo, estaban contemplando a la extraña pareja que había emergido del pozo, y respondiendo a ella.

Burriss, con Lona cogida de su brazo, mantuvo el rostro rígido e inmóvil. Mirádnos bien, pensó. La pareja del siglo, eso es lo que somos. El navegante estelar mutilado y la virgen madre de cien bebés. El espectáculo de la era.

Estaban mirádnos, desde luego. Burriss notó cómo los ojos se posaban sobre su mandíbula que no terminaba en orejas, pasaban por encima de sus párpados que se movían en veloces chasquidos y su boca modificada. Se asombró por su propia falta de respuesta a su vulgar curiosidad. También miraban a Lona, pero ella tenía menos que ofrecerles, dado que sus cicatrices eran internas.

De repente se produjo un cierto revuelo a la izquierda de Burriss.

Un instante después, Elise Prolisse emergió de entre la multitud y se lanzó hacia él, gritando con voz ronca.

—¡Minner! ¡Minner!

Parecía una loca. Su rostro estaba extrañamente pintado en una salvaje y monstruosa parodia de maquillaje: franjas azules en las mejillas, manchas rojas sobre los ojos. Había desdeñado los rociadores y llevaba un traje de alguna tela natural susurrante y seductora, con el escote lo bastante bajo como para revelar los globos blancos y lechosos de sus pechos. Manos terminadas en garras relucientes se extendieron hacia él.

—He intentado llegar hasta ti —jadeó—. No dejaban que me acercase. Han...

Aoudad se interpuso entre ellos.

—Elise...

Elise le arañó la mejilla con las uñas. Aoudad retrocedió, maldiciendo, y Elise se volvió de nuevo hacia Burriss. Miró a Lona, con puro veneno en sus ojos. Tiró del brazo de Burriss y dijo:

—Ven conmigo. Ahora que he vuelto a encontrarte, no te dejaré marchar.

—¡Quítale las manos de encima! —La voz de Lona. Las secas sílabas estaban rematadas con veloces hojas girantes.

La mayor de las dos mujeres clavó los ojos en la más joven. Burris, atónito, pensó que iban a pelearse. Elise pesaba por lo menos quince kilos más que Lona y, como Burris tenía buenas razones para saber, poseía una fuerza salvaje. Pero Lona también tenía dones insospechados. Una escena en el vestíbulo, pensó con una extraña claridad mental. No va a faltarnos de nada.

—¡Le amo, pequeña zorra! —gritó roncamente Elise. Lona no respondió. Pero su mano se adelantó en un veloz gesto hacia el antebrazo que Elise tenía extendido hacia delante. El filo de la mano chocó con el carnoso antebrazo, produciendo un seco chasquido. Elise siseó y apartó el brazo. Sus manos volvieron a tomar la forma de garras. Lona, dispuesta a defenderse, dobló las rodillas y se preparó a saltar.

Para todo esto sólo habían hecho falta segundos. Los atónitos espectadores empezaron a moverse. Burris, libre ya de su parálisis inicial, se interpuso entre ellas y protegió a Lona de la furia de Elise. Aoudad cogió a Elise por un brazo. Ella intentó liberarse y sus pechos desnudos temblaron a causa del esfuerzo. Nikolaides apareció por el otro lado. Elise gritó, se debatió, dio patadas. Mientras tanto, a su alrededor se había formado un círculo de robots botones. Burris, inmóvil, vio cómo se llevaban a Elise por la fuerza.

Lona se apoyó en una columna de ónice. Tenía el rostro bastante enrojecido, pero aparte de eso ni tan siquiera su maquillaje había sufrido daño. Parecía más sorprendida que asustada.

—¿Quién era ésa? —preguntó.

—Elise Prolisse. La viuda de uno de mis compañeros de nave.

—¿Qué quería?

—¿Quién sabe? —mintió Burris.

Lona no se dejó engañar tan fácilmente.

—Dijo que te amaba.

—Está en su derecho. Supongo que ha estado sometida a una gran tensión.

—La vi en el hospital. Te visitó. —Por el rostro de Lona se encendieron y se apagaron las verdes llamas de los celos—. ¿Qué quiere de ti? ¿Por qué ha hecho esta escena?

Aoudad acudió en su rescate. Sosteniendo un pañuelo contra su ensangrentada mejilla, dijo:

—Le hemos dado un sedante. No volverá a molestarte. Siento terriblemente todo esto. Una mujer ridícula, una idiota histérica...

—Volvamos arriba —dijo Lona—. Ahora no tengo muchas ganas de comer en el Salón Galáctico.

—Oh, no —dijo Aoudad—. No cancelemos la cena. Te daré un relajante y en unos instantes te sentirás mejor. No debes permitir que un episodio estúpido como ése arruine una noche maravillosa.

—Por lo menos salgamos del vestíbulo —dijo secamente Burris.

El pequeño grupo se dirigió presuroso hacia una salita brillantemente iluminada. Lona se hundió en un diván. Burris, que estaba a punto de estallar en una tardía reacción, sintió las oleadas del dolor en sus muslos, sus muñecas y su pecho. Aoudad sacó de su bolsillo un estuchito de relajantes, tomando uno él mismo y dándole otro a Lona. Burris rechazó el pequeño tubo con un encogimiento de hombros, sabiendo que la droga contenida en él no le produciría ningún efecto. Pasados unos momentos Lona ya volvía a sonreír.

Burris sabía que no se había confundido al percibir los celos en sus ojos. Elise había aparecido como un tifón de carne, amenazando con llevarse todo lo que Lona poseía, y Lona había luchado ferozmente. Burris estaba halagado e inquieto al mismo tiempo. No

podía negar que había disfrutado siendo el objeto de una lucha así, como le habría ocurrido a cualquier hombre. Sin embargo, ese instante de revelación le había mostrado hasta qué punto había llegado ya a depender Lona de él. Burris no sentía ningún compromiso tan fuerte. La chica le gustaba, sí, y estaba agradecido por su compañía, pero le faltaba mucho para estar enamorado de ella. Dudaba mucho de que pudiera llegar a quererla, o de que pudiera enamorarse de cualquier otra mujer. Pero era evidente que Lona, sin tener ni tan siquiera un lazo físico que les uniera, había construido alguna fantasía o romance interior. Burris sabía que eso ocultaba las semillas de futuros problemas.

Con sus tensiones eliminadas por el relajante de Aoudad, Lona se recuperó rápidamente del ataque de Elise. Se pusieron en pie, Aoudad radiante pese a su herida.

—¿Vendrás a cenar ahora? —le preguntó.

—Me encuentro mucho mejor —dijo Lona—. Todo fue tan repentino..., me impresionó mucho.

—Cinco minutos en el Salón Galáctico y lo habrás olvidado todo —dijo Burris. Le ofreció nuevamente su brazo. Aoudad les condujo hacia el ascensor especial que sólo llevaba al Salón Galáctico. Subieron a la placa gravitatoria, y ésta se lanzó hacia arriba. El restaurante se encontraba en lo alto del hotel, asomándose a los cielos desde su elevada posición igual que un observatorio privado, un sibarítico Uraniborg de la comida. Temblando todavía por el inesperado ataque de Lona, Burris sintió una nueva ansiedad cuando llegaron al vestíbulo del restaurante. Mantuvo su fachada de tranquilidad pero, ¿sería presa del pánico en el lujo sobrenatural del Salón Galáctico?

Había estado allí antes, una vez, hacía mucho tiempo. Pero eso fue dentro de otro cuerpo y, además la chica estaba muerta.

—¡El Salón Galáctico! —proclamó Aoudad—. Vuestra mesa os espera. Pasadlo bien.

Y desapareció. Burris le dirigió una tensa sonrisa a Lona, que parecía drogada y aturdida a causa de la felicidad y el terror. Las puertas de cristal se abrieron para recibirles. Entraron.

19 - Le jardín des supplices

Jamás había existido un restaurante como aquél desde Babilonia. Las terrazas se alzaban hacia la cúpula estrellada, hilera tras hilera. Aquí la refracción estaba prohibida y el comedor daba la impresión de hallarse abierto a los cielos, pero en realidad los elegantes comensales se encontraban protegidos en todo instante de los elementos. Una pantalla de luz negra que enmarcaba la fachada del hotel eliminaba el efecto de la iluminación ciudadana, con lo que las estrellas brillaban siempre sobre el Salón Galáctico igual que lo harían sobre un bosque no habitado por el hombre.

De esa forma, los mundos lejanos del universo se encontraban tan sólo a una corta distancia. Los objetos de aquellos mundos, la cosecha de las estrellas, daban esplendor al salón. La textura de sus muros curvados estaba compuesta por un conjunto de artefactos alienígenas: guijarros de colores brillantes, cerámicas, pinturas, tintineantes árboles mágicos de extrañas aleaciones, construcciones zigzagueantes de luz viva, cada una colocada en el nicho que le correspondía dentro de la procesión de terrazas. Las mesas parecían crecer del suelo, que estaba alfombrado con un organismo que no llegaba a la categoría de consciente encontrado en uno de los mundos de Aldebarán. Para decirlo francamente, la alfombra no era muy distinta en estructura y funciones a un moho terrestre, pero la dirección no se había preocupado mucho de proclamar su identidad, y el efecto producido era de una extrema opulencia.

Había otras cosas creciendo en puntos seleccionados del Salón Galáctico: arbustos dentro de maceteros, plantas con flores perfumadas, incluso árboles enanos, todo (eso se decía) importado de otros mundos. La misma araña central era un producto de manos alienígenas: una colosal floración de lágrimas doradas, moldeada con la secreción parecida al ámbar de una gran bestia marina que vivía junto a las grises costas de un planeta de Centauro.

Cenar en el Salón Galáctico costaba una suma inconmensurable. Cada mesa estaba ocupada todas las noches. Se hacían reservas con semanas de antelación. Quienes habían sido lo bastante afortunados como para escoger esta noche recibieron el inesperado regalo de ver al navegante estelar y a la chica que había tenido todos aquellos bebés, pero los comensales, la mayor parte de los cuales también eran celebridades, sólo sintieron un pasajero interés por aquella pareja a la cual se le había hecho tanta publicidad. Una rápida ojeada, y luego de regreso a las maravillas que había en el plato de uno.

Lona se agarró con fuerza al brazo de Burris mientras franqueaban el hueco dejado por las gruesas puertas transparentes. Sus pequeños dedos se clavaron tan hondo que supo que debía estarle haciendo daño. Un instante después se encontró sobre una pequeña plataforma que daba a una inmensa extensión de vacío, con el cielo estrellado ardiendo en lo alto. El centro de la cúpula del restaurante estaba vacío y se encontraba a varios centenares de metros de distancia; las terrazas de mesas colgaban de la concha exterior igual que escamas, dándole a cada comensal un asiento provisto de ventanal.

Tuvo la misma sensación que si estuviera cayendo hacia delante, precipitándose por el pozo que se abría ante ella.

—¡Oh! —Un seco jadeo. Osciló sobre sus talones, con las rodillas temblando, la garganta reseca, y abrió y cerró rápidamente los ojos. El terror la atravesaba por un millar de sitios distintos. Podía caer y perderse en el abismo; su traje rociado podía desintegrarse y dejarla desnuda ante esta elegante horda; la bruja de las tetas gigantes podía aparecer de nuevo y atacarles mientras comían; quizá cometiera alguna horrible equivocación en la mesa o quizá, de repente, poniéndose violentamente enferma, rociase la alfombra con su vómito. Cualquier cosa era posible. Este restaurante había sido concebido en un sueño, pero el sueño no tenía por qué ser agradable.

Una voz aterciopelada brotó de la nada y murmuró:

—Señor Burris, señorita Kelvin, bienvenidos al Salón Galáctico. Por favor, den un paso hacia delante.

—Tenemos que subir a esa placa gravitatoria —le indicó él.

La placa, de color cobre, era un disco que tendría unos tres centímetros de grosor y metro ochenta de diámetro, y asomaba por el borde de su plataforma. Burris la llevó hacia ahí, e inmediatamente la placa se soltó de su sitio y empezó a deslizarse hacia arriba y hacia fuera. Lona no miró hacia abajo. La placa flotante les llevó hasta el otro extremo de la gran estancia y se posó junto a una mesa vacía precariamente suspendida en un risco a varios niveles. Burris bajó y ayudó a Lona a llegar hasta la cornisa. El disco que les había transportado se alejó revoloteando y volvió a su sitio. Lona lo vio de perfil por un instante, luciendo una alegre corona de luz reflejada.

La mesa, de una sola pata, daba la impresión de brotar orgánicamente de la cornisa. Lona se dejó caer agradecida en su asiento, que se amoldó instantáneamente a los contornos de su espalda y nalgas. Había algo de obsceno en ese confiado abrazo y, sin embargo, resultaba tranquilizador; pensó que si llegaba a marearse y empezaba a resbalar hacia el abismo que se abría a su izquierda el asiento no la soltaría.

—¿Qué te parece? —le preguntó Burris, mirándola a los ojos.

—Es increíble. Nunca imaginé que fuera así. —No le dijo que casi estaba mareada a causa del impacto que le había producido.

—Tenemos una de las mejores mesas. Probablemente es la que usa el mismo Chalk cuando come aquí.

—¡Nunca supe que hubiera tantas estrellas!

Miraron hacia arriba. Desde donde estaban sentados podían ver sin ningún obstáculo casi ciento cincuenta grados de arco. Burris le fue nombrando las estrellas y los planetas.

—Marte —dijo—. Ése es fácil: el grande de color naranja. Pero, ¿puedes ver Saturno? Los anillos no son visibles, por supuesto, pero... —Le cogió la mano, guiándosela, y fue describiéndole la disposición de los cielos hasta que ella creyó comprender lo que decía—. Pronto estaremos ahí, Lona. Titán no es visible desde aquí, no a simple vista, pero antes de que pase mucho tiempo estaremos ahí. ¡Y entonces veremos esos anillos! Mira, mira ahí: Orión. Y Pegaso. —Fue nombrando las constelaciones para ella. Pronunció los nombres de las estrellas con un placer sensual a medida que iba articulando sus sonidos: Sirio, Arturo, Polaris, Bellatrix, Rigel, Algol, Antares, Betelgeuse, Aldebarán, Proción, Markab, Deneb, Vega, Alfeca—. Cada una de ellas es un sol —dijo—. La mayor parte poseen mundos. ¡Y ahí están todas, desplegadas ante nosotros!

—¿Has visitado muchos soles?

—Once. Nueve con planetas.

—¿Incluyendo alguno de los que acabas de nombrar? Me gustan esos nombres.

Burris agitó negativamente la cabeza.

—Los soles a los que fui tenían números en vez de nombres. Al menos, no eran nombres que les hubieran dado los terrestres. La mayor parte de ellos tenían otros distintos. Aprendí algunos. —Ella vio cómo las comisuras de su boca se abrían y luego volvían a cerrarse rápidamente: en él era un signo de tensión, Lona había llegado a descubrirlo. ¿Puedo hablarle de las estrellas? Quizá no quiere que se lo recuerden.

Pero bajo este brillante dosel era incapaz de olvidar el tema.

—¿Volverás ahí alguna vez?

—¿Fuera de este sistema? Lo dudo. Ahora estoy retirado del servicio. Y no tenemos vuelos turísticos a las estrellas vecinas. Pero volveré a salir de la Tierra, por supuesto. Contigo: la gira planetaria. No será del todo lo mismo. Pero resultará más seguro.

—¿Puedes... puedes...? —Lo discutió consigo misma, y luego decidió lanzarse—. ¿Puedes señalarme el planeta donde fuiste... capturado?

Tres rápidas contorsiones de su boca.

—Es un sol azulado. No puedes verlo desde este hemisferio. No podrías verlo a simple vista ni tan siquiera desde más abajo. Seis planetas. Manipool es el cuarto. Cuando estábamos orbitándolo, preparándonos para bajar, sentí una extraña excitación. Como si mi destino me estuviera atrayendo hacia ese lugar. Quizá llevo dentro de mí algún leve poder precognitivo, ¿eh, Lona? Sí, desde luego que Manipool ocupaba un lugar muy importante en mi destino. Pero creo que no tengo poderes de precognición. De vez en cuando me asalta la poderosa convicción de que estoy marcado para hacer un viaje de regreso. Y eso es absurdo. Volver ahí... para enfrentarme nuevamente a Ellos... —Su puño se cerró bruscamente, apretándose con un chasquido convulsivo que hizo que se moviera todo su brazo. Un jarrón con flores de gruesos pétalos azules estuvo a punto de salir volando hacia el abismo. Lona lo cogió. Se dio cuenta de que, cuando él cerraba su mano, el pequeño tentáculo exterior se colocaba pulcramente sobre sus dedos, por sí mismo. Apoyó sus dos manos sobre la de él y le apretó los nudillos hasta que la tensión fue desapareciendo y sus dedos se abrieron.

—No hablemos de Manipool —sugirió—. Pero las estrellas son hermosas.

—Sí. Realmente, nunca había pensado en ellas bajo ese aspecto hasta que volví a la Tierra después de mi primer viaje. Desde aquí abajo sólo las vemos como puntitos de luz. Pero cuando estás ahí fuera, atrapado en el fuego cruzado de la luz estelar, rebotando hacia aquí y hacia allá mientras las estrellas te abofetean, es distinto. Dejan una huella en

ti. Lona, ¿sabes que desde este salón tienes una vista de las estrellas casi tan impresionante como la que ves desde la mirilla de una nave espacial?

—¿Cómo lo hacen? Nunca había visto nada parecido.

Intentó explicarle lo de la cortina de luz negra. Lona se perdió después de la primera frase, pero clavó atentamente la mirada en sus extraños ojos, fingiendo escuchar y sabiendo que no debía decepcionarle. ¡Estaba enterado de tantas cosas! Y, sin embargo, estaba asustado por encontrarse en esta sala de los deleites, igual que lo estaba ella. Mientras siguieran hablando, creaban una barrera contra el miedo. Pero, en los silencios, Lona era incómodamente consciente de los centenares de personas ricas y sofisticadas que la rodeaban, y del abrumador lujo de la estancia, y del abismo que había junto a ella, y de su propia ignorancia y falta de experiencia. Tenía la sensación de estar desnuda bajo ese arder de estrellas. En las pausas de la conversación, incluso Burris volvía a resultarle extraño; sus distorsiones quirúrgicas, que casi había dejado de percibir, cobraban de repente una feroz aparatosidad.

—¿Algo de beber? —le preguntó él.

—Sí. Sí, por favor. Pide tú. Yo no sé qué tomar. No se veía a ningún camarero, ni humano ni robot, y Lona tampoco había visto a nadie atendiendo las demás mesas. Burris dio la orden limitándose a hablar por una rejilla dorada que se encontraba junto a su codo izquierdo. La frialdad con que demostró saber qué hacer la impresionó, y tuvo la sospecha de que ése era precisamente su fin.

—¿Has comido aquí a menudo? —preguntó—. Pareces saber muy bien lo que debe hacerse.

—Estuve aquí en una ocasión. Hace más de una década. No es un sitio que se olvide fácilmente.

—¿Ya eras un navegante estelar entonces?

—Oh, sí. Había hecho un par de viajes. Estaba de permiso. Había una chica a la que deseaba impresionar...

—Oh.

—No la impresioné. Se casó con otro. Murieron cuando se derrumbó la Rueda, en su luna de miel.

Hace más de diez años, pensó Lona. Ella tenía entonces menos de siete años de edad. Su juventud hizo que se sintiera encogida a su lado. Cuando llegaron las bebidas se alegró.

Vinieron flotando a través del abismo en una pequeña bandeja gravitrónica. A Lona le pareció asombroso que ninguna de las bandejas del servicio, que ahora se dio cuenta eran bastante numerosas, chocara nunca con otra en su rumbo hacia las mesas. Pero, naturalmente, programar órbitas que no se interceptaran no era un trabajo demasiado difícil.

Su bebida venía en un cuenco de pulida piedra negra, pesada en la mano pero suave y agradable en el labio. Cogió el cuenco y se lo llevó automáticamente a la boca; entonces, deteniéndose un segundo antes de beber, se dio cuenta de su error. Burris esperaba, sonriente, con su bebida todavía ante él.

Cuando sonrío así tiene un aspecto espantosamente parecido al de un maestro de escuela, pensó. Riñéndome sin decir ni una sola palabra. Sé lo que está pensando: que soy una pequeña vagabunda ignorante que no conoce los buenos modales. Dejó que la ira se fuera calmando. Pasado un momento, comprendió que en realidad aquella ira iba dirigida hacia ella misma, no hacia él. Darse cuenta de ello hizo que le resultara un poco más fácil calmarse. Miró la bebida de Burris. Había algo nadando dentro de ella.

El vaso era de cuarzo traslúcido. Estaba lleno hasta sus tres quintas partes con un denso fluido verde de aspecto viscoso. Yendo perezosamente de un lado hacia otro había un animal minúsculo con forma de lágrima, cuya piel violeta dejaba detrás un débil resplandor a medida que nadaba.

—¿Se supone que debe estar ahí dentro? Burris se rió.

—Yo tomo lo que llaman un martini Deneb. Es un nombre ridículo. Especialidad de la casa.

—¿Y qué tiene dentro?

—Básicamente es algo parecido a un renacuajo. Una forma de vida anfibia procedente de un mundo de Aldebarán.

—¿Y te lo bebes?

—Sí. Vivo.

—Vivo. —Lona se estremeció—. ¿Por qué? ¿Tan bien sabe?

—Lo cierto es que no sabe a nada. Es un puro adorno. La sofisticación recorre el círculo completo y vuelve a la barbarie. Un trago, y ya está.

—¡Pero está vivo! ¿Cómo puedes matarlo?

—¿Te has comido alguna vez una ostra viva, Lona?

—No. ¿Qué es una ostra?

—Un molusco. Hubo un tiempo en el que fue muy popular, servida en su concha. Viva. La rocías con jugo de limón, ácido cítrico, ya sabes, y ves como se retuerce. Después te la comes. Sabe a mar. Lo siento, Lona. Es así. Las ostras no saben lo que les sucede. No tienen ni esperanzas, ni miedos ni sueños. Y tampoco los tiene esta criatura de ahí dentro.

—Pero matar...

—Matamos para comer. Una auténtica moralidad de los alimentos nos permitiría comer tan sólo productos sintéticos. —Burris le sonrió amablemente—. Lo siento. No lo habría pedido si hubiese sabido que iba a disgustarte. ¿Quieres que se lo lleven?

—No. Supongo que se lo bebería otra persona. No pretendía decir todo lo que te he dicho. Estaba un poco trastornada, Minner, nada más. Pero es tu bebida. Disfruta de ella.

—La devolveré.

—Por favor. —Tocó el tentáculo de su mano izquierda—. ¿Sabes por qué protesto? Porque engullir de esa forma una criatura viviente es como hacer de ti mismo un dios. Quiero decir que... aquí estás tú, un gigante, y destruyes algo, y esa criatura nunca sabe por qué. Igual que... —Se calló.

—¿Igual que unas Cosas alienígenas pueden coger a un organismo inferior y someterlo a cirugía sin molestarse en explicar sus motivos? —preguntó él—. ¿Igual que los doctores pueden realizar un complicado experimento sobre los ovarios de una chica, sin considerar los efectos psicológicos posteriores? ¡Dios, Lona, tenemos que olvidarnos de esas ideas, no volver a ellas!

—¿Qué has pedido para mí? —le preguntó.

—Un gaudax. Es un aperitivo de un planeta de Centauro. Es dulce y no muy fuerte. Te gustará. Salud, Lona.

—Salud.

Hizo girar su vaso en una órbita alrededor del negro cuenco de piedra, brindando tanto con su bebida como con la de ella. Después bebieron. El aperitivo de Centauro le hizo cosquillas en la lengua; tenía un sabor levemente aceitoso, pero delicado y muy agradable. Lona se estremeció de placer. Después de tomar tres rápidos sorbos dejó el cuenco.

La pequeña criatura que nadaba dentro del vaso de Burris había desaparecido.

—¿Te gustaría probar el mío? —preguntó él.

—No. Por favor. Burris asintió.

—Entonces pidamos la cena. ¿Me perdonarás por mi falta de consideración?

En el centro de la mesa había dos cubos de un color verde oscuro que tendrían unos diez centímetros de arista. Lona había pensado que eran puramente ornamentales, pero comprendió que eran los menús cuando Burris empujó uno hacia ella. Cuando lo cogió, una cálida luz se encendió en las profundidades del cubo e iluminó las letras que

aparecieron en él, aparentemente a unos dos centímetros por debajo de la lustrosa superficie. Lona le fue dando vueltas al cubo. Sopas, carnes, entrantes, dulces...

No reconoció nada de lo que había en el menú.

—No tendría que estar aquí, Minner. Sólo tomo cosas corrientes. Esto es tan raro que no sé ni por dónde empezar.

—¿Quieres que me encargue de pedir por ti?

—Será mejor. Salvo que no tendrán las cosas que realmente quiero. Como un bistec de proteínas y un vaso de leche.

—Olvida el bistec de proteínas. Prueba alguna de las cosas raras.

—Pero es todo tan falso... Yo fingiendo ser una gourmet.

—No finjas nada. Come y disfruta. El bistec de proteínas no es el único alimento del universo.

Lona sintió cómo le llegaba la fuerza de su calma, conteniéndola pero sin llegar a transferirse del todo a ella. Burris pidió para los dos. Lona se sintió orgullosa de sus conocimientos. Saber arreglárselas con el menú de un sitio parecido no era algo muy importante; pero él sabía tantas cosas... Era sorprendente. De pronto se encontró pensando: Si le hubiera conocido antes de que ellos..., y apartó inmediatamente esa idea de su cabeza.

Ninguna cadena de circunstancias imaginable la habría puesto en contacto con el Minner Burris anterior a la mutilación. No se habría fijado en ella; entonces habría estado ocupado con mujeres como esa opulenta y madura Elise. Que seguía codiciándole, pero ahora ya no podía tenerle. Es mío, pensó Lona apasionadamente. ¡Es mío! Me han arrojado un objeto roto y yo estoy ayudando a que se arregle, y nadie me lo quitará.

—¿Quieres tomar sopa además de un entrante? —le preguntó él.

—La verdad es que no tengo un hambre demasiado terrible.

—Prueba un poco de todas formas.

—No haría más que desperdiciar el plato.

—Aquí nadie se preocupa por eso. Y no vamos a pagarlo. Pruébalo.

Los platos empezaron a materializarse. Cada uno era una especialidad de algún mundo lejano auténticamente importada o, si no, duplicada aquí con la mayor de las habilidades. La mesa se llenó rápidamente de manjares extraños. Platos, cuencos, bandejas de rarezas servidas en una asombrosa opulencia. Burris le fue diciendo los nombres e intentó explicarle cada alimento, pero Lona estaba tan aturdida que apenas si era capaz de comprender. ¿Qué era esta carne blanca que se desprendía en láminas? ¿Y aquellas moras doradas cubiertas de miel? ¿Y esta sopa de color claro y sazonada con queso aromático? La Tierra ya producía por sí sola tal cantidad de cocinas... Tener toda una galaxia de la cual escoger era una idea tan deslumbrante que quitaba el apetito.

Lona fue picando de aquí y de allá. Empezó a sentirse cada vez más confundida. Un mordisco de esto, un sorbo de aquello. Seguía esperando que el siguiente tazón contuviera alguna otra minúscula criatura viva. Mucho antes de que llegara el plato principal ya estaba llena. Habían servido dos clases de vino. Burris los mezcló, y los vinos cambiaron de color, turquesa y rubí confundiéndose para formar una inesperada tonalidad opalina.

—Respuesta catalítica —dijo—. Calculan tanto la estética de la vista como la del paladar. Toma. —Pero Lona apenas si pudo beber un pequeño sorbo.

Y las estrellas, ¿es que ahora estaban moviéndose en círculos erráticos?

Oía el zumbido de las conversaciones rodeándola por todas partes. Durante más de una hora había podido fingir que ella y Burris estaban aislados en una pequeña bolsa de intimidad, pero ahora la presencia de los demás comensales estaba abriéndose paso a través de ella. Estaban mirando. Hacían comentarios. Moviéndose de aquí para allá, flotando de una mesa a otra en sus placas gravitrónicas. ¿Les has visto? ¿Qué piensas de ellos? ¡Qué encantador! ¡Qué extraño! ¡Qué grotesco!

—Minner, vámonos de aquí.

—Pero si todavía no hemos tomado el postre.

—Lo sé. No me importa.

—Licor del grupo de Proción. Café Galáctico.

—Minner, no. —Vio cómo sus ojos se abrían hasta el máximo permitido por las persianas de sus párpados, y supo que alguna expresión de su rostro debía haberle impresionado profundamente. Estaba a punto de ponerse enferma. Quizá le había resultado obvio.

—Nos iremos —dijo él—. Ya volveremos alguna otra vez para tomar el postre.

—Minner, lo siento tanto... —murmuró—. No quería estropear la cena. Pero este sitio... No consigo encontrarme a gusto en un sitio semejante. Me da miedo. Todas esas comidas extrañas. Los ojos que me miran. Todos nos miran, ¿verdad? Si pudiéramos volver a la habitación todo iría mucho mejor.

Burris estaba llamando ya al disco de transporte. Su asiento la liberó de su íntimo abrazo. Cuando se puso en pie notó las piernas flojas. No sabía cómo iba a conseguir dar ni un solo paso sin caerse. Ahora lo veía todo muy claramente, pero, como desde el interior de un túnel, un torrente de imágenes aisladas la asaltaron mientras vacilaba. La mujer gorda y llena de joyas con un montón de papadas. La chica dorada ataviada con algo transparente, no mucho mayor que ella pero infinitamente más segura de sí misma. El jardín de pequeños árboles que se bifurcaban dos niveles más abajo. Los ligamentos de luz viva que festoneaban el aire. Una bandeja abriéndose paso por el vacío con tres jarras de algo desconocido, oscuro y brillante. Lona se tambaleó. Burris la cogió y casi la levantó en vilo para ponerla sobre el disco, aunque a un observador casual no le habría parecido que estuviera teniendo que ayudarla de esa forma.

Mientras cruzaban el abismo hacia la plataforma de entrada, Lona mantuvo la vista fija hacia delante.

Tenía el rostro ruborizado y cubierto por perlitas de sudor. Le parecía que dentro de su estómago las criaturas de otros mundos habían cobrado vida y nadaban pacientemente en sus jugos digestivos. Sin que supiera cómo, ella y Burris franquearon las puertas de cristal. Al vestíbulo rápidamente gracias al pozo de bajada; luego otra vez hacia arriba, otro pozo, hasta sus aposentos. Vio por un segundo la silueta de Aoudad acechando en el pasillo, desapareciendo rápidamente detrás de una gran pilastra.

Burris puso la palma de su mano sobre la puerta. Ésta se abrió para ellos.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó.

—No lo sé. Me alegra estar fuera de allí. Aquí todo es mucho más tranquilo. ¿Has cerrado la puerta?

—Por supuesto. ¿Puedo hacer algo por ti, Lona?

—Déjame descansar. Unos cuantos minutos sola.

La llevó a su dormitorio y la ayudó a meterse en la cama redonda. Después salió. Lona se sorprendió al ver lo rápidamente que regresaba su equilibrio, una vez lejos del restaurante. Al final le había parecido que el mismo cielo se había convertido en un inmenso ojo que les espiaba.

Lona se puso en pie, ya más tranquila, decidida a desprenderse del resto de su falsa elegancia. Se colocó bajo el vibrorrociador. El suntuoso traje que llevaba se desvaneció al instante, y Lona se sintió más pequeña, más joven. Desnuda, se preparó para acostarse.

Encendió una lámpara que daba una luz tenue, desactivó el resto de luces de la habitación y se deslizó entre las sábanas. Estaban frescas y resultaban muy agradables a la piel. Una consola de control gobernaba la forma y los movimientos de la cama, pero Lona la ignoró.

—Minner, ¿quieres venir? —dijo quedamente por el intercomunicador que había junto a su almohada.

Burrís entró de inmediato. Seguía llevando su exuberante traje de la cena, capa incluida. Las proyecciones parecidas a costillas eran tan extrañas que casi eliminaban esa otra entidad extraña que era su cuerpo.

La cena había sido un desastre, pensó Lona. El restaurante, tan lleno de luces y brillo, había sido para ella igual que una cámara de torturas. Pero quizá aún fuera posible salvar la noche.

—Abrázame —dijo con un hilo de voz—. Todavía estoy un poco nerviosa, Minner.

Burrís fue hacia ella. Tomó asiento en la cama, a su lado, y ella se incorporó un poco, dejando que la sábana resbalara hacia abajo, revelando sus pechos. Burrís adelantó la mano hacia ella, pero las proyecciones de su traje formaban una barrera inflexible que frustraba todo contacto.

—Será menor que salga de esta cosa —dijo.

—El vibrorrociador está ahí.

—¿Apago la luz?

—No. No.

Cuando cruzó la habitación, los ojos de Lona no se apartaron de él.

Subió a la plataforma del vibrorrociador y lo conectó. Estaba diseñado para limpiar la piel de cualquier sustancia adherida a ella, y un traje rociado, naturalmente, sería lo primero en esfumarse. El increíble traje de Burrís se desvaneció.

Lona jamás había visto su cuerpo antes.

Tensa, preparada para recibir cualquier revelación catastrófica, vio cómo el hombre desnudo se daba la vuelta hasta quedar cara a ella. Su rostro estaba rígido e inmóvil, como el de él, pues esta prueba era doble y debía mostrar si ella podía soportar la conmoción de enfrentarse a lo desconocido, y si él podía soportar la conmoción de enfrentarse a la respuesta de Lona.

Hacía días que temía este momento. Pero aquí estaba ahora, y con un asombro cada vez mayor descubrió que había logrado vivir y dejar atrás el temido instante sin sufrir daño alguno.

No era ni con mucho tan terrible de contemplar como había previsto.

Era extraño, por supuesto. La piel de su cuerpo, como la piel de su rostro y sus brazos, era lisa e irreal, un recipiente sin señal alguna que no se parecía en nada al llevado anteriormente por cualquier otro hombre. No tenía vello. Tampoco tenía tetillas ni ombligo, algo de lo que Lona se dio cuenta tardíamente, después de haber buscado la causa de que resultara tan extraño.

Sus brazos y sus piernas estaban unidos a su cuerpo de una forma poco familiar y en sitios distintos a los normales, separados de lo habitual por distancias de varios centímetros. Su pecho parecía demasiado abombado en proporción a la anchura de sus caderas. Sus rodillas no sobresalían de las piernas como deberían hacerlo unas rodillas. Cuando se movía, los músculos de su cuerpo ondulaban de una forma muy curiosa.

Pero todo aquello no era más que pequeñeces, y no podía decirse que se tratara de verdaderas deformidades. No llevaba ninguna cicatriz horrenda, no había miembros extra ocultos, ningún ojo o boca inesperado en su cuerpo. Los auténticos cambios estaban dentro, y en su rostro.

Y el único aspecto de todo aquello que había preocupado a Lona resultó ser un anticlímax. En contra de todas las probabilidades, parecía poseer una masculinidad normal. Al menos, por lo que ella podía ver.

Burrís avanzó hacia la cama. Ella alzó los brazos. Un instante más y él estuvo junto a ella, piel contra piel. La textura era extraña pero no resultaba desagradable. Ahora Burrís parecía sentir una rara timidez. Lona lo atrajo más cerca de ella. Sus ojos se cerraron. No quería ver las alteraciones de su rostro, no ahora, y de todas formas sus ojos parecían haberse vuelto repentinamente sensibles incluso a la débil luz de aquella lámpara. Su mano fue hacia él. Sus labios se encontraron con los de Burrís.

No la habían besado muchas veces. Pero jamás había sido besada así. Quienes habían vuelto a diseñar sus labios no los habían concebido para besar, y Burris se vio obligado a establecer el contacto de una forma torpe, como un boca a boca. Pero, una vez más, no fue desagradable. Y, después, Lona sintió sus dedos sobre su carne, seis para cada mano. La piel de Burris tenía un olor dulce y penetrante. La luz se apagó.

Dentro de su cuerpo había un resorte poniéndose cada vez más tenso... más tenso... más tenso...

Un resorte que había estado tensándose durante diecisiete años..., y ahora su fuerza se veía liberada en un solo y tumultuoso instante.

Apartó su boca de la de él. Sus mandíbulas se abrieron como por voluntad propia, y una capa de músculos tembló convulsivamente en su garganta. Una imagen abrasadora desgarró su ser: ella misma sobre una mesa de operaciones, anestesiada, su cuerpo abierto bajo las sondas de los hombres de blanco. Golpeó la imagen con un rayo, y la imagen se hizo añicos y se alejó.

Le abrazó.

Al fin. ¡Al fin!

No le daría bebés. Lo supo por instinto, y no la inquietó.

—Lona —dijo él, el rostro pegado a su clavícula, la voz brotando pastosa y algo ahogada—. Lona, Lona, Lona...

Un resplandor, como el de un sol haciendo explosión. La mano de Lona subió y bajó por su espalda y, justo antes de que sus cuerpos se unieran, pensó que su piel estaba seca, que nunca sudaba. Entonces jadeó, sintió dolor y placer en una sola unidad convulsiva, y escuchó asombrada los feroces gritos de lujuria que salían por sí solos de su enloquecida garganta, despertando ecos en la habitación.

20 - Después de nosotros, el dios salvaje

Era una época postapocalíptica. El desastre que habían cantado los profetas nunca había llegado o, si lo hizo, el mundo había logrado vivir a través de él hasta unos tiempos más tranquilos. Habían predecido lo peor, el invierno del descontento universal, el Fimbul de los nórdicos. Una era del hacha, una era de la espada, una era del viento, una era del lobo donde el mundo vacilaría y acabaría derrumbándose. Pero los escudos no se habían partido y la oscuridad no llegó a caer. ¿Qué había sucedido, y por qué? Duncan Chalk, uno de los principales beneficiarios de la nueva era, meditaba a menudo sobre esa agradable pregunta.

Ahora las espadas eran arados.

El hambre había sido abolida.

La población estaba controlada.

El hombre ya no ensuciaba su propio ambiente en cada acto cotidiano. Los cielos estaban relativamente puros. Los ríos corrían limpios. Había lagos de cristal azul, parques de un verdor brillante. Naturalmente, el milenio no había llegado del todo; incluso ahora había crímenes, enfermedades, hambre. Pero eso ocurría en los lugares oscuros. Para la mayor parte de las personas era una época tranquila y cómoda. Quienes buscaban encontrar una crisis la buscaban precisamente en eso.

La comunicación mundial era instantánea. El transporte era claramente más lento que eso, pero seguía siendo rápido. Los planetas deshabitados del sistema solar local estaban siendo despojados de sus metales, sus minerales e incluso sus capas gaseosas. Las estrellas más próximas habían sido alcanzadas. La Tierra prosperaba. Las ideologías de la pobreza se marchitaban incómodamente en una época de abundancia.

Y, sin embargo, la abundancia es algo relativo. Las necesidades y las envidias seguían existiendo..., los anhelos materialistas. Y, además, los apetitos más profundos y oscuros

no siempre eran satisfechos por los generosos cheques de la paga. Una era determina por sí misma sus formas características de diversión. Chalk había sido uno de los moldeadores de esas formas.

Su imperio de la diversión se extendía por medio sistema. Le proporcionaba riqueza, poder, la satisfacción del ego y —en la medida que deseaba—, fama. Le llevaba indirectamente a ver saciadas sus necesidades internas, que eran generadas por su propia constitución física y psicológica, y que le habrían agobiado cruelmente de haber vivido en cualquier otra era. Ahora, por suerte, se encontraba en situación de dar los pasos que le llevarían a la posición que necesitaba.

Necesitaba ser alimentado con frecuencia. Y sólo una parte de su alimento consistía en carne y vegetales.

Desde el centro de su imperio Chalk seguía los actos de su pareja de amantes unida por las estrellas. Ahora iban hacia la Antártida. Recibía informes regulares de Nikolaides y Aoudad, que siempre flotaban disimuladamente sobre el lecho del amor. Pero a esas alturas Chalk ya no necesitaba a sus subordinados para que le contaran lo que estaba sucediendo. Había logrado establecer contacto, y extraía su propia clase de información de los dos seres hechos añicos que había unido.

En esos mismos instantes, lo que sacaba de ellos era una suave y vaga felicidad. Inútil, para Chalk. Pero sabía jugar con paciencia. La simpatía mutua les había unido, pero, ¿era la simpatía el cimiento adecuado para un amor imperecedero? Chalk pensaba que no. Estaba dispuesto a poner en juego una fortuna para demostrarlo. Lo que sentían el uno hacia el otro cambiaría. Y, por decirlo de esa forma, Chalk obtendría sus beneficios. Aoudad estaba en el circuito.

—Estamos llegando, señor. Se les lleva al hotel.

—Bien. Bien. Ocúpate de que les den todas las comodidades.

—Naturalmente.

—Pero no pases mucho tiempo cerca de ellos. Quieren estar juntos, no tener carabinas a su alrededor. ¿Me comprendes, Aoudad?

—Tendrán el Polo entero para ellos.

Chalk sonrió. Su gira sería el sueño de un amante. Estaban en una era de elegancia, y quienes tenían la llave adecuada podían abrir una puerta de placeres tras otra. Burris y Lona se lo pasarían muy bien.

El apocalipsis podía esperar un poco.

21 - Sí, y huimos hacia el sur

—No lo entiendo —dijo Lona—. ¿Cómo es posible que aquí sea verano? ¡Cuando nos marchamos era invierno!

—En el hemisferio norte sí —suspiró Burris—. Pero ahora nos encontramos debajo del ecuador. Tan abajo de él como es posible estar. Aquí las estaciones se hallan invertidas. Cuando nosotros tenemos el verano ellos tienen el invierno. Y ahora, aquí, es su verano.

—Sí, pero, ¿por qué?

—Tiene que ver con la forma en que la Tierra está inclinada sobre su eje. A medida que va yendo alrededor del sol, parte del planeta se encuentra en una buena posición para ser calentado por la luz solar y parte de él no. Si tuviera aquí un globo terráqueo podría mostrártelo.

—Pero si aquí es verano, ¿por qué hay tanto hielo?

La voz débil y algo estridente con que hacía sus preguntas le disgustaba aún más que las preguntas en sí. Burris giró bruscamente sobre sus talones. Dentro de su diafragma se produjo un espasmo cuando órganos misteriosos inyectaron las secreciones de ira en su sangre.

—¡Maldita sea, Lona! ¿Es que nunca fuiste a la escuela? —le gritó, mirándola con llamas en los ojos. Lona se encogió y se apartó ligeramente de él.

—No me grites, Minner. Por favor, no me grites.

—¿No te enseñaron nada?

—Dejé la escuela muy pronto. No era buena estudiante.

—¿Y ahora soy tu profesor?

—No tienes por qué serlo —dijo Lona quedamente. Ahora sus ojos brillaban demasiado—. No tienes por qué ser nada para mí, si no quieres serlo.

De repente Burris se encontró a la defensiva.

—No pretendía gritarte.

—Pero gritaste.

—Perdí la paciencia. Todas esas preguntas...

—Todas esas preguntas estúpidas..., ¿no es eso lo que deseabas decir?

—No sigamos hablando de esto, Lona. Siento haberme puesto de esa forma contigo. La noche pasada no dormí mucho y tengo los nervios deshechos. Vayamos a dar un paseo. Intentaré explicarte lo de las estaciones.

—Minner, las estaciones no me interesan hasta ese punto.

—Entonces, olvidémonos de las estaciones. Pero demos un paseo. Intentemos calmarnos un poco.

—¿Crees que yo conseguí dormir mucho la noche pasada?

Burris pensó que ése podía ser el momento de sonreír.

—Realmente, supongo que no.

—¿Pero estoy gritando y quejándome por ello?

—A decir verdad, sí. Por lo tanto, dejemos el asunto y vayamos a dar un paseo para relajarnos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella, sin demasiado entusiasmo—. Un paseo veraniego.

—Sí, un paseo veraniego.

Se enfundaron unos delgados monos térmicos, capuchas y guantes. La temperatura era suave para esta parte del mundo: varios grados por encima del punto de congelación. La Antártida estaba sufriendo una ola de calor. El hotel polar de Chalk se encontraba a sólo unos cien kilómetros del mismo Polo, situado al «norte» dé éste, como deben estarlo todos los objetos allí, y orientado hacia el Banco de Ross. Era una gran cúpula geodésica, lo bastante sólida como para soportar los rigores de la noche polar y lo bastante ventilada como para admitir la atmósfera de la Antártida y dejar notar su textura.

Una doble cámara de salida fue su umbral hacia el reino de los hielos que se encontraba fuera. La cúpula estaba rodeada por un cinturón de suelo marrón desnudo que tendría unos tres metros de ancho, colocado allí por los constructores como zona de aislamiento, y más allá se encontraba la llanura blanca. Nada más aparecer Burris y la chica, un corpulento guía fue corriendo hacia ellos, con una sonrisa en los labios.

—¿Una excursión en trineo motorizado, amigos? ¡Les llevo al Polo en quince minutos! El campamento de Amundsen, reconstruido. El Museo de Scott. También podríamos ir a echarle un vistazo a los glaciares del otro lado. No tienen más que decirlo y...

—No.

—Comprendo. Su primera mañana aquí y les gustaría dar un paseíto, nada más. No puedo culparles por ello, no señor. Bueno, paseen cuanto quieran. Y, cuando decidan que están preparados para una excursión más larga...

—Por favor —dijo Burris—. ¿Puede dejarnos pasar?

El guía le miró con extrañeza y se hizo a un lado. Lona cogió del brazo a Burris, y los dos se alejaron por el hielo. Burris miró hacia atrás y vio una figura que salía de la cúpula y llamaba al guía para hablar con él. Aoudad. Estaban manteniendo una nerviosa conferencia.

—¡Qué hermoso es todo esto! —exclamó Lona.

—Sí, una hermosura estéril. La última frontera. Casi intacta, salvo por un museo aquí y otro allá.

—Y hoteles.

—Éste es el único. Chalk tiene el monopolio. El sol estaba muy alto en el cielo, brillante pero pequeño. Tan cerca del Polo, el día de verano parecía no terminar nunca; aún quedaban dos meses de luz solar ininterrumpida antes de que empezara la prolongada inmersión en la oscuridad. La luz hacía brillar la llanura de hielo. Aquí todo era plano, una lámina de blancura de un kilómetro y medio de espesor que enterraba por un igual valles y montañas. El hielo era firme bajo sus pies. En diez minutos habían dejado muy atrás el hotel.

—¿Hacia dónde queda el Polo Sur? —preguntó Lona.

—Por ahí. Hacia adelante, en línea recta. Después iremos a él.

—¿Y detrás de nosotros?

—Las montañas de la Reina Maud. Se desploman en el Banco de Ross. Es una gran losa de hielo que tiene doscientos metros de espesor, más grande que California. Los primeros exploradores levantaron sus campamentos en ella. Dentro de un par de días visitaremos la Pequeña Antártida.

—Aquí todo es tan liso... Y el reflejo del sol es tan brillante. —Lona se inclinó, cogió un puñado de nieve y lo lanzó alegremente al aire—. Me encantaría ver algunos pingüinos. Minner, ¿hago demasiadas preguntas?

¿Hablo demasiado?

—¿Debo ser sincero o debo mostrarme diplomático?

—Olvídalo. Sigamos caminando. Caminaron. Burris encontraba particularmente cómodo el paso deslizante que imponía el hielo. A cada paso que daba cedía de una forma casi imperceptible, adaptándose soberbiamente a las articulaciones modificadas de sus piernas. Los suelos de cemento no resultaban tan amables. Burris, que había pasado una noche tensa y cargada de dolor, agradecía el cambio.

Lamentó haberle gritado de aquella forma a Lona. Pero había perdido la paciencia. Lona era de una ignorancia sorprendente, pero él había sabido eso desde el principio. Lo que no había sabido era cuán rápidamente su ignorancia dejaría de parecer encantadora y empezaría a parecer despreciable. Despertar dolorido, casi agonizante, y tener que someterse a ese gotear de preguntas adolescentes...

Míralo desde otro punto de vista, se dijo. También se había despertado a mitad de la noche. Había soñado con Manipool y, naturalmente, había emergido del sueño gritando. Eso había ocurrido antes, pero antes nunca había tenido a alguien a su lado, un cuerpo cálido y suave para consolarle. Lona había hecho eso. No le había reñido por interferir con su propio sueño. Le había acariciado y le había calmado hasta que la pesadilla volvió a esfumarse en lo irreal. Le estaba agradecido por eso. Era tan tierna, tan cariñosa. Y él tan estúpido.

—¿Has visto alguna vez la Antártida desde el espacio? —le preguntó Lona.

—Muchas veces.

—¿Qué aspecto tiene?

—Igual que en los mapas. Más o menos redondeada, con un pulgar asomando hacia Sudamérica. Y blanca. Blanca por todas partes. Lo verás cuando vayamos a Titán.

Mientras caminaban Lona se pegó a su cuerpo, cobijándose en el hueco de su brazo. La articulación del brazo era adaptable; Burris lo extendió y creó un refugio cómodo para ella. Este cuerpo tenía sus méritos.

—Quiero volver aquí algún día y verlo todo... —dijo Lona—. El Polo, los museos de los exploradores, los glaciares. Pero quiero venir con mis niños.

Un carámbano atravesó limpiamente la garganta de Burris.

—¿Qué niños, Lona?

—Habrás dos. Un chico y una chica. Dentro de unos ocho años, entonces será el momento adecuado para traerlos aquí.

Los párpados de Burris se movieron incontrolablemente dentro de su capucha térmica. Se estrellaron el uno contra el otro igual que los acantilados móviles de las Simplégadas.

—Lona, deberías saber que no puedo darte niños —dijo en voz baja, controlándose con un salvaje esfuerzo de voluntad—. Los médicos lo descartaron. Sencillamente, los órganos internos no...

—Sí, lo sé. No me refería a los niños que pudiéramos tener, Minner.

Él sintió que sus entrañas se desparramaban por el hielo.

—Me refiero a los que tengo ahora —siguió diciendo ella, con voz tranquila y dulce—. Los que sacaron de mi cuerpo. Voy a conseguir que me devuelvan dos..., ¿no te lo he contado?

Burris se sintió extrañamente aliviado al saber que ella no estaba planeando abandonarle por algún hombre biológicamente completo. Y, simultáneamente, le sorprendió la profundidad de su propio alivio. ¡De qué forma tan estúpida y orgullosa había dado por sentado que cualquier niño mencionado por Lona sería un niño que esperaba tener de él! ¡Qué terrible había sido pensar que ella podía tener hijos de otro!

Pero ella ya tenía una legión de niños. Casi se había olvidado de eso.

—No, no me lo contaste —dijo—. ¿Quieres decir que se ha acordado que vas a recibir alguno de esos niños para educarlo tú misma?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Creo que todavía no se ha llegado realmente a ningún acuerdo. Pero Chalk dijo que se encargaría de conseguirlo. Me lo prometió, me dio su palabra. Y sé que es un hombre lo bastante importante como para ser capaz de conseguirlo. Hay tantos bebés..., pueden prescindir de un par para la madre real si ella los desea. Y los deseo. Los deseo. Chalk dijo que me conseguiría los niños si yo..., si yo...

Se quedó callada. Su boca formó un círculo durante un momento y luego se cerró.

—¿Si tú qué, Lona?

—Nada.

—Habías empezado a decir algo.

—Dije que él me conseguiría los niños, si yo los quería. Burris se volvió hacia ella.

—No es eso lo que ibas a decir. Ya sabemos que quieres tenerlos. ¿Qué le prometiste a Chalk a cambio de que él te los consiguiera?

El espectro de la culpabilidad onduló por el rostro de Lona.

—¿Qué me estás ocultando? —le preguntó.

Lona meneó la cabeza en silencio. Burris le cogió la mano, y ella la apartó de un tirón. Se quedó inmóvil, empujándola con su estatura, y, como ocurría siempre cuando sus emociones actuaban sobre su nuevo cuerpo, dentro de él se produjeron extrañas palpitaciones y movimientos.

—¿Qué le prometiste? —preguntó.

—Minner, tienes un aspecto tan extraño... Tienes el rostro lleno de manchas. Rojas, y púrpura en tus mejillas...

—¿Qué fue, Lona?

—Nada. Nada. Lo único que le dije... Sólo accedí a...

—¿Qué fue?

—Que sería amable contigo. —Con una voz casi inaudible—. Le prometí que te haría feliz. Y él me conseguiría un par de bebés para mí sola. ¿Hice mal, Minner?

Burris sintió que el aire escapaba por un gigantesco agujero de su pecho. ¿Era Chalk quien había dispuesto todo aquello? ¿Chalk la había sobornado para que cuidara de él? ¿Chalk? ¿Chalk?

—Minner, ¿qué pasa?

En su interior soplaban vendavales de tormenta. El planeta estaba oscilando sobre su eje, desplazándose, aplastándole, los continentes se soltaban y empezaban a resbalar en una inmensa cascada sobre él.

—No me mires de esa forma —le suplicó ella.

—Si Chalk no te hubiera ofrecido los bebés, ¿te habrías acercado a mí? —le preguntó secamente—. ¿Habrías llegado a tocarme alguna vez, Lona?

Ahora los ojos de ella estaban congelados de lágrimas.

—Te vi en el jardín del hospital. Sentí tanta pena por ti... Ni tan siquiera sabía quién eras. Pensé que habías estado en un incendio o algo parecido. Después te conocí. Te amo, Minner. Chalk no podía hacer que te amara. Lo único que podía hacer es que me portara bien contigo. Pero eso no es amor.

Burrís tuvo la sensación de ser un estúpido, alguien ridículo, torpe, un montón de fango animado. La miró, boquiabierto. Ella parecía desconcertada. Un instante después se inclinó, cogió un poco de nieve, hizo una bola con ella y se la arrojó a la cara, riendo.

—Deja de poner esa cara tan extraña—dijo—. Persígueme, Minner. ¡Persígueme!

Echó a correr, apartándose de él. En un momento se encontró inesperadamente lejos. Se detuvo, un punto oscuro sobre la blancura, y cogió más nieve. Él la vio hacer otra bola. La arrojó torpemente, con el codo, como haría una chica, pero incluso así recorrió una buena distancia y cayó a unos diez metros de sus pies.

Burrís salió del estupor en que le habían sumido las palabras de Lona.

—¡No puedes cogerme! —chilló ella, y Burrís empezó a correr, corrió por primera vez desde que había salido de Manipool, dando largas zancadas sobre la alfombra de nieve. Y Lona corrió también, agitando los brazos como si fueran un molino de viento, los codos acuchillando la tenue y fría atmósfera. Burrís sintió cómo el poder inundaba sus miembros. Sus piernas, que le habían parecido tan imposibles de dominar con sus articulaciones múltiples, se movían ahora igual que pistones en una coordinación perfecta, impulsándole de forma rápida y segura. Su corazón apenas si latía un poco más deprisa.

Siguiendo un impulso, se echó la capucha hacia atrás y dejó que el aire casi helado fluyera sobre sus mejillas.

Sólo le hicieron falta unos cuantos minutos de veloz carrera para alcanzarla. Lona, jadeante a causa de la risa, sin aliento, giró sobre sí misma al acercársele él y se arrojó en sus brazos. El impulso de Burrís le arrastró cinco pasos más antes de que cayeran. Rodaron sobre sí mismos, una y otra vez, golpeando la nieve con sus manos enguantadas, y Burrís le quitó la capucha y se llenó la mano de hielo y se lo aplastó en la cara. El hielo empezó a derretirse y a gotear por su garganta, metiéndose en su mono, bajo su ropa, bajando por sus pechos y su vientre. Lona lanzó un chillido de indignación y salvaje placer.

—¡Minner! ¡No, Minner! ¡No!

Le puso más nieve en la cara. Y ella hizo lo mismo. Sacudida por la risa, se la metió por el cuello del mono. Estaba tan fría que parecía arder. Lucharon por entre la nieve, agitándose y pataleando. Y un instante después Lona estuvo en sus brazos, y él la estrechó con fuerza, clavándola al suelo del continente sin vida. Pasó un poco antes de que se levantaran.

22 - Por eso, la aborrecida melancolía

Esa noche volvió a despertar gritando.

Lona lo había estado esperando. Durante la mayor parte de la noche había permanecido despierta, tendida junto a él en la oscuridad, aguardando a que los inevitables demonios tomaran posesión de él. Durante casi toda la tarde y antes de acostarse él había estado callado y pensativo.

El día había sido bastante agradable..., dejando aparte ese horrible momento justo al empezar. Lona deseaba que le fuese posible borrar lo que había admitido: que era Chalk quien la había hecho acercarse a él por primera vez. Al menos había logrado callarse lo peor de todo: que era Nikolaides quien había pensado en regalarle el cactus, que Nikolaides había llegado incluso a dictarle su breve nota. Ahora sabía el efecto que tal conocimiento habría tenido sobre Burris. Pero incluso el mencionar la promesa hecha por Chalk de conseguirle los bebés había sido una estupidez. Ahora Lona lo veía claramente. Pero ya era demasiado tarde para eliminar esas palabras.

Burris se había recobrado de ese tenso instante y luego se habían divertido. Una pelea con bolas de nieve, una excursión por la desolada extensión sin caminos del hielo. Lona se asustó al darse cuenta de pronto de que el hotel ya no era visible. Sólo veía llanura blanca por todas partes. Ningún árbol que arrojara sombra, ningún movimiento del sol para indicar direcciones, ninguna brújula. Habían caminado kilómetros y kilómetros a través de un paisaje inmutable.

—¿Podemos regresar? —había preguntado, y Burris asintió—. Estoy cansada. Me gustaría volver. —La verdad es que no estaba cansada, pero le asustaba pensar en perderse aquí. Dieron la vuelta, o eso dijo Burris que habían hecho. Esta nueva dirección parecía exactamente igual que la antigua. En un punto determinado del hielo, debajo de su blanca capa, había algo oscuro que tenía poco más de un metro de largo. Un pingüino muerto, le dijo Burris, y ella se estremeció, pero entonces el hotel apareció milagrosamente. Lona le preguntó por qué se había desvanecido el hotel si aquí el mundo era plano. Y Burris le explicó, tal y como le había explicado muchas otras cosas (pero ahora en un tono más paciente), que aquí el mundo no era realmente plano, de tal forma que sólo necesitaban caminar unos cuantos kilómetros para que las señales familiares se ocultaran detrás del horizonte. Como había hecho el hotel.

Pero el hotel había vuelto, y los dos tenían un apetito enorme, y consumieron un copioso almuerzo que hicieron bajar con una jarra tras otra de cerveza. Aquí nadie bebía cócteles verdes con criaturas vivas nadando en ellos. Cerveza, queso, carne..., ésa era la comida adecuada para esta tierra de eterno invierno.

Esa tarde hicieron excursiones en trineo a motor. Primero fueron al Polo Sur.

—Parece exactamente igual que todos los demás sitios —dijo Lona.

—¿Qué esperabas? —le preguntó él—. ¿Un palo pintado a rayas sobresaliendo de la nieve?

Así que estaba volviendo a mostrarse sarcástico. Lona vio en sus ojos el dolor que siguió a su seco comentario y se dijo que no había tenido intención de herirla. Era algo natural en Burris, nada más. Quizá sufría tal dolor —dolor auténtico— que necesitaba liberar continuamente esos latigazos verbales.

Pero lo cierto es que el Polo era distinto del vacío de la llanura polar que lo rodeaba. Allí había edificios. Una zona circular que rodeaba el final del mundo, de unos veinte metros de diámetro, era sacrosanta e intocable. Cerca de ella se encontraba la tienda, restaurada o reproducida, del noruego Roald Amundsen, el hombre que había llegado a este sitio en trineo tirado por perros hacía uno o dos siglos. Una bandera a rayas ondeaba sobre la oscura tienda. Miraron dentro de ella: nada.

Cerca de la tienda había un pequeño edificio de troncos.

—¿Por qué troncos? —preguntó Lona—. En la Antártida no hay árboles, ¿verdad? — Por una vez, su pregunta demostraba inteligencia. Burris se rió.

El edificio estaba consagrado a la memoria de Robert Falcon Scott, que había seguido a Roald Amundsen hasta el Polo y que, a diferencia del noruego, había muerto en el camino de regreso. Dentro había diarios, sacos de dormir, los objetos dispersos de los exploradores. Lona leyó la placa. Scott y sus hombres no habían muerto aquí, sino a muchos kilómetros de distancia, atrapados por el cansancio y las tempestades invernales

mientras caminaban hacia su base. Todo esto había sido concebido estrictamente como espectáculo. Tanta falsedad irritó a Lona, y creyó que también irritaba a Burris.

Pero resultaba impresionante encontrarse justo en el Polo Sur.

—Ahora el mundo entero queda al norte de nosotros.

—le dijo Burris—. Estamos colgando del final del planeta. A partir de aquí todo se encuentra sobre nosotros. Pero no nos caeremos.

Lona se rió. Sin embargo, el mundo no le parecía nada extraño en ese momento. La tierra que les rodeaba se extendía en todas direcciones, no hacia arriba y hacia abajo. Intentó imaginarse el mundo tal y como se vería desde un transbordador espacial, una bola suspendida en el cielo, y ella misma, más pequeña que una hormiga, en la punta del globo, con sus pies hacia el centro y su cabeza señalando hacia las estrellas. No estaba muy segura de por qué, pero le pareció algo carente de sentido. Cerca del Polo había un puesto para tomar algo. Lo mantenían cubierto de nieve para que no destacara mucho. Burris y Lona tomaron dos humeantes tazones de chocolate caliente.

No visitaron la base científica subterránea que se encontraba a unos centenares de metros de distancia. Los visitantes eran bienvenidos; allí había científicos de densas barbas que se pasaban el año entero estudiando el magnetismo, el clima y ese tipo de cosas. Pero Lona no deseaba volver a entrar en un laboratorio. Intercambió una mirada con Burris, él asintió, y el guía volvió a llevarles hacia el trineo a motor.

Ya era demasiado tarde para hacer todo el trayecto hasta el Banco de Ross. Pero estuvieron viajando durante más de una hora en dirección noroeste desde el Polo, hacia una cadena de montañas que nunca se aproximaba, y llegaron a un misterioso punto cálido donde no había nieve, sólo tierra de color marrón manchada de rojo por una capa de algas, y rocas cubiertas con una delgada costra de líquen amarillo verdoso. Entonces Lona preguntó si se podían ver pingüinos, y se le dijo que en esta época del año no había pingüinos en el interior salvo los que se habían perdido.

—Son pájaros acuáticos —dijo el guía—. Se mantienen cerca de la costa y sólo vienen al interior cuando es tiempo de poner sus huevos.

—Pero aquí es verano. Ahora tendrían que estar andando.

—Hacen sus nidos a mitad del invierno. Los bebés pingüino nacen en junio y en julio. La época más oscura y fría del año. Si quiere ver pingüinos tiene que inscribirse en la gira de la Tierra de Adélie. Allí verá pingüino Burris pareció estar de buen humor durante el largo trayecto de vuelta al hotel en el trineo. Bromeó con Lona, tomándole el pelo amistosamente, y en un momento dado hizo que el guía parase el trineo para que pudieran deslizarse por un banco de nieve tan pulida como el cristal. Pero, a medida que se aproximaban al hotel, Lona detectó el cambio que se estaba produciendo en su interior. Era como la llegada del crepúsculo, pero en el Polo no había crepúsculos dada la estación. Burris se fue oscureciendo. Su rostro se volvió rígido, y dejó de reír y bromear. Cuando franquearon las dobles puertas del refugio parecía algo tallado en hielo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿Quién ha dicho que pase nada?

—¿Te gustaría tomar algo?

Fueron al bar. La sala era muy grande, con paneles de madera y una chimenea auténtica para darle ese aspecto siglo veinte. Había unas dos docenas de personas sentadas en las pesadas mesas de roble, hablando y bebiendo. Lona se fijó en que todo eran parejas. Este lugar estaba prácticamente dedicado a las lunas de miel. Los jóvenes recién casados venían aquí para iniciar sus vidas en la helada pureza del Antártico. Decían que en las montañas de la Tierra de Marie Byrd había lugares excelentes para esquiar.

Cuando entraron, bastantes cabezas se volvieron hacia Burris y Lona. Y se apartaron con igual rapidez, en una veloz desviación refleja. Oh, cómo lo siento. No pretendía mirarles así. Un hombre con una cara como la suya..., probablemente no le gusta que le

observen. Sólo estábamos mirando para ver si nuestros amigos los Smith habían bajado a tomar una copa.

—El demonio en el banquete de bodas —murmuró Burris.

Lona no estuvo segura de haber entendido correctamente lo que dijo. No le pidió que lo repitiera.

Un servidor robot se encargó de su pedido. Lona bebió cerveza, él un ron de caña. Tomaron asiento en una mesa situada casi al extremo de la habitación. De repente se encontraron sin nada que decirse. Las conversaciones de quienes les rodeaban daban la impresión de sonar extrañamente altas. Charlas sobre futuras vacaciones, deportes, las muchas excursiones disponibles que ofrecía la organización.

Nadie se acercó a ellos para sentarse a su mesa. Burris estaba muy quieto, rígido y con los hombros erguidos, una postura que Lona sabía que le resultaba dolorosa. Terminó rápidamente su bebida y no pidió otra. Fuera, el pálido sol se negaba a ocultarse.

—Sería tan bonito si tuviéramos aquí un crepúsculo romántico —dijo Lona—. Trazos de azul y oro sobre la nieve. Pero no vamos a tener ningún crepúsculo, ¿verdad? Burris sonrió. No le respondió.

En la habitación había un flujo constante de entradas y salidas. La corriente trazaba un amplio desvío alrededor de su mesa. Eran rocas en el arroyo. Intercambio de besos, apretones de manos. Lona oía a la gente presentándose unos a otros. Era el tipo de sitio en el que una pareja podía dirigirse libremente a otros desconocidos y hallar una cálida respuesta. Nadie se acercó a ellos.

—Saben quiénes somos —le dijo Lona a Burris— Piensan que somos celebridades, tan importantes que no queremos ser molestados. Por eso nos dejan en paz. N quieren parecer unos entrometidos.

—Ya.

—¿Por qué no nos acercamos nosotros? Romper hielo, demostrarles que no somos unos estirados.

—No. Quedémonos aquí.

Lona creía saber lo que estaba royéndole por dentro. Estaba convencido de que rehuían su mesa porque él era horrible o, como mínimo, extraño. Nadie quería verse obligado a mirarle a la cara. Y no se podía mantener demasiado bien una conversación cuando tenías que mirar siempre a un lado. Por eso permanecían alejados de ellos. ¿Era eso lo que le estaba molestando? ¿Volvía a ser consciente de sí mismo? No se lo preguntó. Pensó que quizá pudiera hacer algo al respecto.

Aproximadamente una hora antes de la cena volvieron a su habitación. El recinto era muy grande pero sin divisiones, con una falsa apariencia rústica. Las paredes eran de troncos aserrados, ásperos y sin pulir, pero la atmósfera estaba cuidadosamente regulada, y había disponibles todas las comodidades modernas. Burris tomó asiento y siguió callado. Después de un rato, se puso en pie y empezó a examinarse las piernas, moviéndolas hacia delante y hacia atrás. Ahora su estado de ánimo era tan sombrío que la asustó.

—Discúlpame —dijo ella—. Volveré dentro de cinco minutos.

—¿Adonde vas?

—A echarle una mirada a las excursiones que ofrecen para mañana.

La dejó marchar. Lona recorrió el pasillo curvo que llevaba hasta el vestíbulo principal. A mitad del pasillo había una pantalla gigante que producía una aurora austral para un grupo de los invitados. Dibujos cambiantes de verde, rojo y púrpura resaltaban espectacularmente contra un telón gris neutro. Parecía una escena del fin del mundo.

Una vez en el vestíbulo, Lona recogió unos cuantos folletos sobre las excursiones. Después volvió a la sala de la pantalla. Vio a una pareja que había estado en el bar. La mujer no tendría mucho más de veinte años, rubia, con unos cuidados mechones verdes que brotaban del nacimiento de su cabello. Tenía ojos fríos y tranquilos. Su esposo, si era

su esposo, tenía bastantes más años que ella, casi cuarenta, y vestía una túnica que parecía bastante cara. En su mano izquierda se retorcía un anillo de movimiento continuo procedente de uno de los mundos exteriores.

Lona se aproximó a ellos, con el cuerpo tenso. Sonrió.

—Hola. Soy Lona Kelvin. Quizá nos hayan visto en el bar.

Consiguió provocar unas sonrisas igual de tensas y nerviosas. Sabía lo que estaban pensando. ¿Qué quiere de nosotros?

Le dieron sus nombres. Lona no se enteró de ellos, pero eso no importaba.

—He pensado que quizá sería agradable que cenáramos los cuatro juntos esta noche —dijo—. Creo que Minner les parecerá muy interesante. Ha estado en tantos planetas...

Ponían cara de sentirse atrapados. La rubia esposa se hallaba casi al borde del pánico. El educado esposo acudió rápidamente al rescate.

—Nos encantaría..., otros compromisos..., amigos de casa..., quizá otra noche...

Las mesas no estaban limitadas a cuatro personas, ni tan siquiera a seis. Siempre había sitio para añadir a quien se quisiera. Lona, rechazada, supo ahora lo que Burris había percibido horas antes. No eran bienvenidos. Burris era el hombre con el mal de ojo, el que hacía llover las calamidades sobre la fiesta. Lona volvió rápidamente a la habitación, con sus folletos apretados en la mano. Burris estaba junto a la ventana, contemplando la nieve.

—Ven a echarles una mirada conmigo, Minner. —Su voz sonaba demasiado aguda, demasiado seca.

—¿Hay alguno que parezca interesante?

—Todos lo parecen. Realmente, no sé cuál es el mejor. Escoge tú.

Tomaron asiento en la cama y fueron repasando e. fajo de folletos multicolores. Estaba la excursión a Tierra de Adélie, medio día, para ver los pingüinos. Un excursión de un día entero al Banco de Ross, incluyendo una visita a Pequeña América y a las otras bases de exploración en McMurdo Sound. Una parada especial.

para ver el volcán activo, el monte Erebus. O una excursión más larga por la Península Antártica para ver focas y leopardos marinos. El viaje para esquiar en la Tierra de Marie Byrd. La excursión a las montañas de la costa a través de la Tierra de Victoria hasta llegar a la lengua glacial de Mertz. Y una docena más. Escogieron la excursión de los pingüinos y, cuando bajaron a cenar, más tarde, pusieron sus nombres en la lista. En la cena estuvieron solos a la mesa.

—Háblame de tus niños, Lona —dijo Burris—. ¿Les has visto alguna vez?

—La verdad es que no. No de forma que pudiera tocarlos, salvo una vez. Sólo en pantallas.

—¿Y Chalk te conseguirá realmente alguno para que lo críes?

—Dijo que lo haría.

—¿Le crees?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —preguntó ella. Su mano cubrió la de Burris—. ¿Te duelen las piernas?

—No mucho.

Ninguno de los dos comió demasiado. Después de la cena pasaron películas: vividas cintas en tres dimensiones de un invierno antártico. La oscuridad era la oscuridad de la muerte, y un viento de muerte azotaba, la llanura, alzando la capa superior de la nieve igual que un millón de cuchillos. Lona vio a los pingüinos sobre sus huevos, dándoles calor. Y después vio a los pingüinos expulsados por la galerna, desfilando sobre la nieve, mientras un tambor cósmico resonaba en los cielos e invisible sabuesos del infierno saltaban sobre sus patas silenciosas de un pico a otro. La película terminaba con la salida del sol; el hielo manchado de un rojo sangre con el amanecer que seguía a una noche de seis meses; los océanos congelados rompiéndose, témpanos gigantes chocando unos con otros y haciéndose pedazos. La mayor parte de los huéspedes del hotel fueron de la

sala de proyecciones al bar. Lona y Burris se marcharon a la cama. No hicieron el amor. Lona sentía la tormenta que se estaba desarrollando dentro de él, y supo que haría erupción antes de que llegara la mañana.

Permanecieron tendidos en la oscuridad; habían tenido que opacificar la ventana para expulsar al incansable sol. Lona estaba tendida de espaldas, junto a él, respirando lentamente, su flanco tocando el de Burris. Acabó quedándose dormida, y un sueño nervioso y poco profundo se apoderó de ella. Sus propios fantasmas la visitaron pasado un tiempo. Despertó sudando, para encontrarse desnuda en una habitación extraña, con un hombre desconocido junto a ella. Su corazón latía con fuerza. Se llevó las manos a los pechos y recordó dónde estaba. Burris se agitó y gimió.

Ráfagas de viento golpeaban el edificio. Estamos en verano, se recordó Lona. El frío la había penetrado hasta los huesos. Oyó un distante sonido de risas. Pero no se apartó de Burris, y no intentó volver a quedarse dormida. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, escrutaron su rostro. La boca resultaba expresiva dentro de su peculiar construcción de goznes, abriéndose, cerrándose, abriéndose de nuevo. En una ocasión sus ojos hicieron lo mismo, pero no vio nada, ni tan siquiera cuando los párpados se apartaron. Ha vuelto a Manipool, comprendió Lona. Acaban de aterrizar; él y... y los que tienen nombres italianos. Y dentro de poco las Cosas vendrán a buscarle.

Lona intentó visualizar Manipool. El suelo reseco y enrojecido, las plantas retorcidas y llenas de espinas. ¿Cómo eran las ciudades? ¿Tenían carreteras, coches, pantallas? Burris nunca se lo había contado. Cuanto sabía es que era un mundo seco, un mundo viejo, un mundo donde los cirujanos eran muy hábiles. Y Burris gritó.

El sonido empezó en lo más hondo de su garganta, un grito incoherente, como un gorgoteo, y luego fue subiendo de timbre y de volumen a medida que iba abriéndose camino. Lona se dio la vuelta y le abrazó, apretándose con fuerza contra su cuerpo. ¿Tenía la piel cubierta de transpiración? No; imposible; debía ser la suya. Burris se debatió y dio patadas, mandando la colcha al suelo. Notó enroscarse sus músculos, formando bultos bajo su lisa piel. Podría partirme en dos con uno de esos movimientos, pensó.

—Todo va bien, Minner. Estoy aquí. Estoy aquí. ¡Todo va bien!

—Los cuchillos... Prolisse... ¡Santo Dios, los cuchillos!

—¡Minner!

No le soltó. Ahora su brazo izquierdo colgaba flácido, y daba la impresión de doblarse por el codo en una dirección equivocada. Se estaba calmando. Su ronca respiración hacía tanto ruido como el batir de los cascos de un caballo. Lona se inclinó sobre él y encendió la luz.

Su rostro volvía a estar moteado, lleno de manchas. Pestañeó tres o cuatro veces, de esa espantosa manera especial suya, hacia los lados, y se llevó una mano a los labios. Lona le soltó y se echó hacia atrás, temblando levemente. La explosión de esta noche había sido más violenta que la de la noche anterior.

—¿Un vaso de agua? —le preguntó. Burris asintió con la cabeza. Estaba agarrando el colchón con tal fuerza que Lona pensó que iba a romperlo. Burris tragó saliva.

—¿Ha sido muy malo esta noche? ¿Te estaban haciendo daño?

—Soñé que les estaba viendo operar. Primero Prolisse, y murió. Después hicieron pedazos a Malcondotto. Murió. Y luego...

—¿Te tocó el turno?

—No —dijo él, asombrado—. No, pusieron a Elise sobre la mesa de operaciones. La abrieron, justo por entre los... los pechos. Y levantaron una parte de su tórax, y vi las costillas y su corazón. Y hurgaron dentro.

—Pobre Minner. —Tenía que interrumpirle antes de que derramara sobre ella toda esa suciedad. ¿Por qué había soñado con Elise? ¿Era buena señal el que viera cómo la

mutilaban? O, pensó Lona, quizá habría sido mejor si hubiese soñado que era ella la que... Yo, siendo convertida en algo como él.

Le cogió la mano y dejó que reposara sobre el calor de su cuerpo. Sólo se le ocurría un método para calmar su dolor, y lo empleó. Burris respondió incorporándose, cubriéndola con su cuerpo. Se movieron con anhelo, armoniosamente.

Después de eso pareció quedarse dormido. Lona, más nerviosa que antes, se apartó de él y esperó hasta que volvió a quedar sumida en un sopor no muy profundo. Sueños amargos lo mancharon. Al parecer, un navegante estelar había vuelto trayendo consigo una criatura pestilente, una especie de vampiro obeso, y ese vampiro estaba pegado a su cuerpo, chupándola, dejándola seca..., vaciándola. Era un sueño desagradable, aunque no lo bastante desagradable como para despertarla, y un tiempo después acabó hundiéndose en un sueño más profundo y reposado.

Cuando despertaron había círculos oscuros bajo los ojos de Lona, y su rostro estaba tenso y cansado. Burris no mostraba ningún efecto de su agitada noche; su piel no era capaz de reaccionar tan gráficamente a efectos catabólicos de corto alcance. Mientras se preparaban para el nuevo día, casi parecía animado.

—¿Con ganas de ver los pingüinos? —preguntó.

¿Había olvidado su profunda depresión de la tarde y sus gritos aterrados de la noche? ¿O, sencillamente, intentaba apartarlos allí donde ella no pudiese verlos?

Y, de todas formas, se preguntó Lona, ¿hasta qué punto es humano?

—Sí —dijo con frialdad—. Nos lo pasaremos estupendamente, Minner. Apenas si puedo esperar para verlos.

23 - La música de las esferas

—Ya están empezando a odiarse mutuamente—dijo Chalk con placidez.

Estaba solo, pero eso no le parecía una razón suficiente como para dejar de proclamar en voz alta sus pensamientos. Hablaba muy a menudo consigo mismo. En una ocasión, un médico le había dicho que existían unos auténticos beneficios neuropsíquicos en la vocalización, incluso estando solo.

Flotaba en un baño de sales aromáticas. La bañera tenía tres metros de profundidad, seis de longitud y casi cuatro de anchura: había espacio suficiente incluso para la mole de un Duncan Chalk. Sus lados de mármol estaban rematados con ribetes de alabastro, y la rodeaban baldosas de reluciente porcelana color rojo sangre, con el conjunto del baño cubierto por una gruesa cúpula transparente que le proporcionaba a Chalk una visión completa del cielo. Alguien del exterior no habría obtenido una visión recíproca de Chalk; un astuto ingeniero óptico se había ocupado de ello. Desde fuera la cúpula presentaba una superficie lechosa veteada por remolinos de luz rosada.

Chalk flotaba perezosamente, libre de la gravedad, pensando en sus amantis que sufrían. La noche ya había llegado pero no se veían estrellas, sólo el resplandor rojizo de nubes invisibles. Estaba nevando otra vez. Los copos ejecutaban intrincados arabescos a medida que iban cayendo en espirales hacia la superficie de la cúpula. —Está aburrido de ella —dijo Chalk—. Ella le tiene miedo. Para sus gustos, a ella le falta intensidad. Para los de ella, el voltaje es demasiado alto. Pero viajan juntos. Comen juntos. Duermen juntos. Y pronto se pelearán acerbamente.

Las cintas eran muy buenas. Tanto Aoudad como Nikolaides se mantenían disimuladamente detrás de ellos, recogiendo dispersas imágenes alegres de la pareja para transmitir las al público que aguardaba. Esa pelea con bolas de nieve: una obra maestra. Y el viaje en el trineo a motor. Minner y Lona en el Polo Sur. El público lo estaba devorando ansiosamente.

Chalk, a su manera, también lo devoraba.

Cerró los ojos, opacificó su cúpula y siguió flotando tranquilamente en la cálida y fragante bañera. Sensaciones de inquietud dispersas y fragmentadas iban llegando a él.

...tener articulaciones que no se portan como deberían hacerlo unas articulaciones humanas...

...sentirse despreciado, apartado de la humanidad... ...maternidad sin hijos...

...relucientes destellos de dolor, tan brillantes como los hongos termoluminiscentes que desprenden su resplandor amarillo en las paredes de su oficina... ...el dolor de su cuerpo y el dolor de su alma... ...¡sola!

...¡repugnante!

Chalk dio un respingo, como si una corriente de poco voltaje estuviera atravesando su cuerpo. Un dedo de su mano se alzó formando ángulo y permaneció un instante en esa posición. Un sabueso con las fauces babeantes saltó a través de su lóbulo frontal. Bajo la flácida carne de su pecho, los gruesos haces de músculos se contrajeron rítmicamente y volvieron a relajarse.

...demonios que me visitan durante el sueño...

...un bosque de ojos observando, ojos brillantes que brotan de tallos...

...un mundo de sequedad... espinas... espinas...

...los crujidos y chasquidos de bestias extrañas moviéndose en las paredes... la carcoma del espíritu... toda la poesía convertida en cenizas, todo el amor marchito...

...ojos de piedra alzándose hacia el universo... y el universo devolviéndoles la mirada...

Chalk agitó el agua con los pies, en éxtasis, enviando hacia lo alto cascadas de espuma. La palma de su mano golpeó la superficie líquida. ¡Por allí resopla! ¡Ahí está! ¡Adelante, adelante!

El placer le sumergió y le consumió.

Y esto, se dijo satisfecho unos minutos después, era meramente el comienzo.

24 - Así en el cielo como en la tierra

Partieron hacia el Tívoli de la Luna en un día de sol llameante, entrando en la siguiente etapa de su paso a través de los reinos del placer de Chalk. El día estaba despejado, pero seguía siendo invierno; huían del auténtico invierno del norte y del ventoso verano del sur para ir hacia el invierno sin clima del vacío. En el espacio puerto se les dio todo el tratamiento de las celebridades: fotos y cintas en la terminal, luego el pequeño vehículo de morro chato llevándoles rápidamente a través de la pista mientras la gente normal les contemplaba con asombro, vitoreando sin demasiado entusiasmo a los famosos, fueran quienes fueran.

Burris lo odió. Ahora, cada mirada que se posaba en él parecía un nuevo acto de cirugía efectuado en su alma.

—Entonces, ¿por qué te has dejado meter en esto? —quiso saber Lona—. Si no quieres que la gente te vea, ¿cómo has permitido que Chalk te mandara a hacer este viaje?

—Como penitencia. Como una forma deliberadamente escogida de compensar mi retirada del mundo. Para disciplinarme.

La ristra de abstracciones no logró convencerla. Quizá ninguna de ellas había logrado ni tan siquiera acercarse al blanco gigante durante casi tres años antes de que se completara la operación de recogida.

Alguien a quien Burris amó se encontraba en la Rueda cuando ésta murió. Pero estaba allí con otra persona, saboreando los juegos de mesa, los espectáculos sensoriales, la alta cocina y la atmósfera de el mañana nunca llegará. El mañana había llegado inesperadamente.

Cuando rompió con él, Burris había pensado que en todo el resto de sus días nunca podría sucederle algo peor. La fantasía romántica de un joven, pues muy poco tiempo después ella estaba muerta, y eso fue mucho peor para él que cuando le rechazó. Muerta, se encontraba más allá de toda esperanza de recuperarla, y durante cierto tiempo él también estuvo muerto, aunque siguiera caminando. Y, después de eso, curiosamente, el dolor se fue debilitando hasta esfumarse. ¿Lo peor que le podía suceder, perder una chica ante un rival, y luego perderla en una catástrofe? Difícilmente. Difícilmente. Diez años después, Burris se había perdido a sí mismo. Ahora creía saber qué podía ser realmente lo peor.

—Damas y caballeros, bienvenidos a bordo del Aristarco IV. En nombre del capitán Villeparisis quiero ofrecerles nuestros mejores deseos de que tengan un viaje agradable. Debemos pedirles que permanezcan en sus cunas protectoras hasta que haya terminado el período de máxima aceleración. Una vez hayamos escapado de la Tierra, estarán en libertad de estirar un poco las piernas y gozar con las vistas del espacio.

La nave contenía cuatrocientos pasajeros, carga y correo. A lo largo de sus flancos había veinte camarotes privados, y uno de ellos había sido asignado a Burris y Lona. Los demás pasajeros estaban sentados en una vasta congregación, luchando por obtener una buena posición ante la mirilla más cercana.

—Ahí vamos —dijo Burris en voz baja. Sintió cómo se encendían los reactores con una patada contra el suelo, sintió cómo se ponían en marcha los cohetes, sintió cómo la nave se alzaba sin esfuerzo alguno. Un triple sistema de gravitrones protegía a los pasajeros de los peores efectos del despegue, pero resultaba imposible eliminar completamente la gravedad en una nave tan enorme, tal y como había sido capaz de hacer Chalk en su pequeña embarcación de recreo.

La Tierra, cada vez más encogida, colgaba igual que una ciruela verde justo delante de la mirilla. Burris se dio cuenta de que Lona no estaba mirándola, sino que le observaba atentamente a él.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Estupendamente. Estupendamente.

—No parece relajado.

—Es el tirón de la gravedad. ¿Crees que estoy nervioso por salir al espacio?

Un encogimiento de hombros.

—Es la primera vez que estás aquí arriba desde..., desde Manipool, ¿no?

—Hice ese viaje en la nave de Chalk, ¿recuerdas?

—Eso fue diferente. Fue un viaje subatmosférico.

—¿Crees que me voy a quedar helado de terror sólo porque estoy haciendo un viaje espacial? —preguntó él—. ¿Crees que me imagino que este transbordador es un expreso sin paradas que me devolverá a Manipool?

—Estás deformando mis palabras.

—¿Sí? Dije que me encontraba estupendamente. Y tú empezaste a construir una enorme y elaborada fantasía de malestar para mí. Tú...

—Basta, Minner.

Tenía los ojos opacos, apagados. Sus palabras sonaron secas, quebradizas, con un filo aguzado en el tono. Burris pegó sus hombros a la cuna e intentó hacer que sus tentáculos se desenroscaran. Lona lo había conseguido: había estado relajado, pero ella había hecho que se pusiera tenso. ¿Por qué tenía que actuar de esta forma, haciéndole de madre? No era ningún lisiado. No necesitaba que le tranquilizaran durante un despegue. Había estado despegando años antes de que ella naciera. Entonces, ¿qué le asustaba ahora? ¿Cómo era posible que sus palabras hubieran minado tan fácilmente su confianza? Detuvieron la discusión igual que si hubieran cortado una cinta, pero los bordes rotos seguían existiendo.

—No te pierdas la vista, Lona —dijo, tan amablemente como le fue posible—. Nunca has contemplado la Tierra desde aquí arriba, ¿verdad?

Ahora el planeta se encontraba lejos de ellos. Todo su perfil era visible. El hemisferio occidental les daba la cara envuelto en el fulgor del sol. De la Antártida, donde habían estado hacía tan sólo unas horas, no se veía nada excepto el largo dedo de la Península haciéndole una mueca burlona al Cabo de Hornos.

Con un esfuerzo por no parecer didáctico, Burris le mostró cómo la luz solar daba oblicuamente en el planeta, calentando el sur en esta época del año, sin iluminar apenas el norte. Habló de la eclíptica y de su plano, de la rotación y la revolución del planeta, de la procesión de las estaciones. Lona le escuchó gravemente, asintiendo a menudo con la cabeza, emitiendo corteses sonidos afirmativos cada vez que él hacía una pausa, esperándolos. Burris sospechó que seguía sin comprender nada. Pero en ese momento estaba dispuesto a conformarse con una mera sombra de comprensión, si es que no podía conseguir la sustancia de ella, y Lona le dio esa sombra.

Salieron de su camarote y dieron una vuelta por la nave. Vieron la Tierra desde varios ángulos. Bebieron un par de copas. Les dieron de comer. Aoudad les sonrió desde su asiento en la sección turista. Recibieron una considerable cantidad de miradas. Durmieron, de vuelta al camarote. Pasaron dormidos por el momento místico del cambio, cuando por fin se vieron transferidos de la atracción de la Tierra a la de la Luna. Burris se despertó sobresaltado, miró a la chica dormida, parpadeó en la oscuridad. Le parecía estar viendo las vigas calcinadas de la Rueda hecha pedazos flotar allá fuera. No, no; imposible. Pero las había visto, en un viaje de hacía una década. Se decía que algunos de los cuerpos que habían escapado de la Rueda al partirse ésta aún seguían en órbita, moviéndose en enormes parábolas cercanas al Sol. Que Burris supiera, nadie había llegado a ver en todos aquellos años a ninguno de tales viajeros; la mayor parte de los cadáveres, quizá casi todos, habían sido decentemente recogidos por las naves antorcha que se los llevaron y el resto, o eso le gustaría creer, a estas alturas ya habrían llegado al sol para tener el más soberbio de todos los funerales. Uno de sus viejos terrores privados era ver el rostro contorsionado de aquella chica flotando en el vacío cuando pasara por esta zona.

La nave se sacudió levemente y giró sobre sí misma, y el blanco y amado rostro de la Luna, picado por la viruela, se hizo visible.

Burris tocó a Lona en el brazo. La joven se removió, parpadeó, le miró, luego miró hacia fuera. Burris la observó, captó el asombro que iba difundiéndose por su rostro incluso teniéndola de espaldas a él.

En la superficie lunar se podían distinguir media docena de relucientes cúpulas. —¡El Tívoli! —exclamó ella.

Burris dudaba de que ninguna de las cúpulas fuera realmente el parque de diversiones. La Luna estaba infestada de edificios en forma de cúpula construidos a lo largo de las décadas por toda una variedad de razones bélicas, comerciales o científicas, y ninguna de aquellas cúpulas encajaba con su propia imagen mental del Tívoli. Pero no la corrigió. Estaba aprendiendo.

El transbordador fue frenando y bajó en una espiral hacia la pista donde debía posarse.

Ésta era una época de cúpulas, muchas de ellas obra de Duncan Chalk. En la Tierra tendían a ser cúpulas geodésicas reforzadas, pero no siempre; aquí, bajo una gravedad inferior, normalmente pertenecían a la variedad más sencilla y menos rígida de las cúpulas construidas en una sola pieza. El imperio de los placeres de Chalk se hallaba ceñido y delimitado por las cúpulas, empezando con aquella que cubría su piscina privada y pasando después a la cúpula del Salón Galáctico, el hotel de la Antártida, la cúpula del Tívoli y más, muchas más, extendiéndose hacia las estrellas. El aterrizaje fue muy suave.

—¡Pasémoslo bien aquí, Minner! ¡Siempre he soñado con venir a este sitio!

—Nos divertiremos —prometió él.

A Lona le brillaron los ojos. Era una niña, simplemente eso. Inocente, llena de entusiasmo, sencilla... Burris fue enumerando sus cualidades. Pero estaba llena de calor. Le adoraba, le cuidaba y le nutría, como una madre, sin fallar en nada. Burris sabía que estaba subestimándola. La vida de Lona había conocido tan pocos placeres que no había llegado a cansarse de las pequeñas emociones. Podía responder abiertamente a los parques de Chalk, con todo su corazón. Era joven. Pero no estaba hueca, Burris intentó convencerse de ello. Había sufrido. Llevaba cicatrices, igual que él.

La rampa ya estaba fuera. Lona salió corriendo de la nave hacia la cúpula de espera y él la siguió, teniendo sólo leves dificultades para coordinar sus piernas.

25 - Lágrimas de la Luna

Lona contuvo la respiración mientras veía cómo el cañón retrocedía y el cartucho de fuegos artificiales se deslizaba por el conducto, arriba, a través de la abertura de la cúpula, emergiendo luego por entre la negrura.

La noche se manchó de colores.

Ahí fuera no había aire, nada que pudiera servirle de almohada a las partículas de polvo a medida que iban cayendo. Ni tan siquiera flotaban, sino que más o menos permanecían allí donde habían ido a parar. El dibujo era muy abigarrado. Ahora estaban haciendo animales. Extrañas siluetas de figuras extraterrestres. Burris estaba junto a ella, mirando hacia arriba, tan concentrado como cualquiera de los demás.

—¿Has visto alguna vez uno de éstos? —le preguntó ella.

Era una criatura con zarcillos parecidos a cuerdas, un cuello infinito, aletas achatadas por pies. Algún mundo pantanoso lo había engendrado.

—Nunca.

Un segundo cartucho salió disparado hacia lo alto. Pero éste era solamente el de borrado, que eliminó del espacio a la criatura con aletas por pies y dejó la pizarra celestial vacía y dispuesta para la siguiente imagen.

Otro disparo.

Otro.

Otro.

—Es tan distinto de los fuegos artificiales en la Tierra —dijo ella—. Ningún estallido. Ningún trueno. Y luego todo se queda ahí, sin moverse. Minner, ¿cuánto tiempo perduraría si no lo borrasen?

—Unos cuantos minutos. Aquí también hay gravedad. Las partículas acabarían siendo atraídas hacia abajo. Y los escombros cósmicos las desordenarían. Del espacio cae todo tipo de basura.

Siempre estaba listo para recibir cualquier pregunta, siempre tenía la respuesta. Al principio esa cualidad la había impresionado. Ahora resultaba irritante. Lona deseaba poder pillarle desprevenido, sin nada que decir. Seguía intentándolo. Sabía que sus preguntas le molestaban tanto como sus respuestas la molestaban a ella.

Somos una pareja soberbia. ¡Ni tan siquiera estamos en nuestra luna de miel, y ya nos tendemos pequeñas trampas el uno al otro!

Observaron los silenciosos fuegos artificiales durante media hora. Luego Lona se cansó de ellos, y se fueron.

—¿Adonde vamos ahora? —le preguntó Burris.

—Demos unas cuantas vueltas.

Burris estaba tenso y nervioso. Lona lo sentía, percibía que estaba listo para saltar a su cuello si cometía un solo error. ¡Cómo debía odiar el encontrarse en este ridículo parque de diversiones! Le miraban mucho. También a ella la miraban, pero Lona resultaba

interesante por lo que habían hecho con ella, no por su aspecto, y los ojos no se detenían mucho tiempo en su persona.

Siguieron avanzando a lo largo de un pasillo lleno de puestos, y luego fueron por el siguiente.

El lugar era una feria del tipo tradicional, siguiendo un modelo fijado hacía siglos. La tecnología había cambiado, pero la esencia no. Había juegos de habilidad y muñecas de trapo; restaurantes baratos que vendían platos preparados casi incomibles; atracciones giratorias que habrían satisfecho a cualquier derviche; espectáculos de horror vulgar; salas de baile; pabellones para apostar; teatros sumidos en la penumbra (¡sólo adultos!) en donde revelar los ya flácidos misterios de la carne; el circo de las pulgas y el perro parlante; fuegos artificiales, aunque hubieran sufrido una mutación; música atronadora; deslumbrantes manchones de luz. Cuatrocientas hectáreas de rancios placeres contruidos utilizando lo último en trucos. La diferencia más significativa entre el Tívoli lunar de Chalk y los mil tívolis del pasado estaba en su situación, en el amplio seno del cráter Copérnico, mirando hacia el arco este de la pared del anillo. Aquí se respiraba aire puro, pero se bailaba con sólo una fracción de la gravedad normal. Esto era la Luna.

—¿Remolino? —preguntó una voz untuosa—. ¿Quieren subir al Remolino, señor, señorita?

Lona fue hacia allí, sonriendo. Burris depositó unas monedas sobre el mostrador, y fueron admitidos. Una docena de conchas de aluminio, abiertas igual que los despojos de almejas gigantes, flotando en un lago de mercurio. Un hombre achaparrado, con el pecho desnudo y la piel cobriza, dijo:

—¿Una concha para dos? ¡Por aquí, por aquí!

Burris la ayudó a subir a una de las conchas. Tomó asiento junto a ella. La tapa fue colocada en su lugar y asegurada. En el interior estaba oscuro, hacía calor, y la atmósfera resultaba opresivamente cerrada. Sólo había sitio para ellos dos.

—Fantasías del útero feliz —dijo él.

Ella cogió su mano y se la apretó bruscamente. A través del lago de mercurio les llegó una chispa de energía motriz. Y partieron, girando hacia lo desconocido. ¿Por qué negros túneles bajarían, qué gargantas ocultas iban a cruzar? La concha se agitaba en el maelstrom. Lona gritó, una vez, y otra, y otra.

—¿Tienes miedo? —preguntó él.

—No lo sé. ¡Se mueve tan deprisa!

—No nos pasará nada.

Era corno flotar, como volar. Casi no había gravedad, y tampoco fricción que pudiera obstaculizar sus movimientos mientras iban de un lado a otro por los desvíos y pasadizos del trayecto, impulsados por el chorro. Un abrirse de conductos secretos y un aroma se filtró dentro de la concha.

—¿Qué hueles? —le preguntó ella.

—El desierto. El olor del calor. ¿Y tú?

—Los bosques en un día lluvioso. Hojas que se pudren, Minner. ¿Cómo es posible?

Quizá sus sentidos no sientan las cosas igual que los míos, como lo hace un ser humano. ¿Cómo puede oler el desierto? ¡Ese olor de moho y humedad, tan potente, casi palpable! Podía ver los hongos rojizos que brotaban del suelo. Cosas diminutas con muchas patas se escabullían y escondían en la tierra. Un gusano reluciente. Y Minner: ¿el desierto?

La concha pareció girar sobre sí misma, estrellándose con toda su masa contra el medio que la sostenía, y luego se enderezó de nuevo. Cuando Lona volvió a fijarse en él, se había producido un cambio en el olor.

—Ahora es la Arcada de noche —dijo—. Palomitas de maíz..., sudor..., risas. ¿A qué huele la risa, Minner? ¿Qué crees oler tú?

—La sala de propulsión de una nave cuando se está cambiando el núcleo. Algo estuvo quemándose hace unas cuantas horas. Grasa friéndose allí donde se produjeron filtraciones en las varillas. Es algo que te golpea igual que si te metieran un clavo por la nariz.

—¿Cómo es posible que no estemos oliendo lo mismo?

—Psicovariación olfativa. Olemos las cosas que nuestras mentes ponen en marcha para nosotros. No nos están dando ningún olor en particular, sólo la materia prima. Nosotros damos forma a las pautas.

—No lo entiendo, Minner.

Él guardó silencio. Llegaron más olores: olor a hospital, a luz de luna, a acero, a nieve. Lona no volvió a preguntarle cuáles eran sus respuestas a esa estimulación generalizada. En un momento dado, Burris dio un respingo; en otro se encogió y le clavó los dedos en el muslo.

El diluvio de olores se detuvo.

Y la concha siguió deslizándose, un minuto detrás de otro. Ahora llegaban los sonidos: salvas de golpecitos suaves, grandes pulsaciones de órgano, golpes de martillo, chirrido rítmico de algo frotando el casco. Aquí no se les pasaba por alto ningún sentido. El interior de la concha se puso frío y luego volvió a calentarse; la humedad varió siguiendo un complejo ciclo. La concha se desplazaba bruscamente en una dirección, luego en otra. Giró sobre sí misma en veloces rotaciones, un frenesí final de movimientos, y de repente se encontraron sanos y salvos en el final del trayecto. La mano de Burris tiró de ella.

—¿Divertido? —le preguntó, el rostro serio.

—No estoy segura. Por lo menos ha sido algo fuera de lo normal.

Le compró caramelo de algodón. Pasaron ante un puesto donde había que arrojar pequeñas esferas de cristal a blancos dorados en una pantalla móvil. Si se le daba a tres blancos de cada cuatro se ganaba un premio. Hombres con músculos acostumbrados a la Tierra luchaban por adaptarse a la baja gravedad y fracasaban, mientras las chicas junto a ellos permanecían inmóviles, haciendo mohines. Lona señaló hacia los premios: delicados dibujos alienígenas, formas abstractas que ondulaban sin parar, ejecutadas sobre una especie de tela velluda.

—¡Gana uno para mí, Minner! —le suplicó.

Burris se quedó quieto y observó a los hombres que efectuaban sus lanzamientos, torpes y condenados al fracaso. La mayoría fallaban el blanco por exceso; algunos, intentando compensar la gravedad, lanzaban muy flojo, y veían cómo sus canicas caían lentamente antes de llegar al blanco. Ante el puesto había un montón de gente, los cuerpos apretados unos contra otros, pero cuando avanzó por entre ellos los espectadores le abrieron paso, apartándose con incomodidad. Lona se dio cuenta de ello y esperó que Burris no lo percibiera. Burris entregó unas monedas y cogió sus canicas. Su primer disparo erró el blanco por quince centímetros.

—¡Buen intento, amigo! ¡Déjenle un poco de espacio! ¡Aquí hay uno que tiene buen ojo! —El encargado del puesto miraba con incredulidad el rostro de Burris. Lona se puso roja. ¿Por qué tienen que mirarle así? ¿Tan extraño parece?

Burris volvió a lanzar. Clang. Y luego: Clang. Clang.

—¡Tres seguidos! ¡Déle su premio a la dama!

Lona agarró entre sus dedos algo cálido, velludo, casi vivo. Se alejaron del puesto, escapando al zumbido de las conversaciones.

—En este cuerpo odioso hay cosas que merecen respeto, Lona.

Un poco después, Lona dejó su premio en el suelo, y cuando se volvió a recogerlo había desaparecido. Burris se ofreció a ganar otro, pero ella le dijo que no se molestara.

No entraron en el edificio donde se daban las funciones eróticas.

Cuando llegaron a la casa de los fenómenos Lona vaciló, deseosa de entrar pero no sabiendo si podía sugerirlo. La duda fue fatal. Tres rostros atontados por la cerveza emergieron del edificio, miraron a Burris y se echaron a reír.

—¡Hey! ¡Uno de ellos se ha escapado!

Lona reconoció las ardientes manchas de la furia en sus mejillas. Le apartó rápidamente de allí, pero la herida ya se había abierto. ¿Cuántas semanas de cuidadosas reparaciones de sí mismo destrozadas en un solo instante?

La noche empezó a cambiar a partir de ese momento. Hasta entonces Burris se había mostrado tolerante, levemente divertido, sólo un poco aburrido. Ahora se volvió hostil. Lona vio cómo las persianas de sus ojos retrocedían hasta el punto máximo de abertura y la fría mirada de aquellos ojos ahora revelados habría devorado igual que ácido toda esta tierra de diversiones si hubiera podido. Burris caminaba con paso envarado y rígido. Odiaba cada nuevo instante que pasaba aquí.

—Estoy cansado, Lona. Quiero ir a la habitación.

—Un poquito más.

—Podemos volver mañana por la noche.

—¡Pero aún es pronto, Minner! Sus labios hicieron cosas extrañas.

—Pues entonces quédate tú sola.

—¡No! ¡Me da miedo! Quiero decir..., ¿cómo iba a divertirme sin ti?

—Yo no me estoy divirtiendo.

—Parecía que sí... antes.

—Eso fue antes. Esto es ahora. —Tiró de su manga—. Lona...

—No —dijo ella—. No vas a sacarme de aquí tan pronto. En la habitación no hay más diversiones que dormir, hacer el amor y mirar a las estrellas. Esto es el Tívoli, Minner. ¡El Tívoli! Quiero absorber cada minuto que pase aquí.

Burris dijo algo que ella no logró entender, y se dirigieron a una nueva sección del parque. Pero ahora él estaba dominado por el nerviosismo. Unos cuantos minutos después ya le estaba pidiendo de nuevo que se fueran.

—Intenta pasártelo bien, Minner.

—Este lugar me pone enfermo. El ruido..., el olor..., los ojos.

—Nadie te está mirando.

—¡Muy gracioso! ¿Oíste lo que dijeron cuando...?

—Estaban borrachos. —Burris estaba mendigando su simpatía y, por una vez, Lona estaba cansada de dársela—. Oh, ya sé, han herido tus sentimientos. Es tan fácil herir tus sentimientos... ¡Bueno, pues por una vez deja de tenerte tanta lástima! ¡Estoy aquí para pasar un buen rato, y no me lo vas a estropear!

—¡No tienes corazón!

—¡Y tú no eres más que un egoísta! —le gritó ella.

Los fuegos artificiales se encendieron en lo alto. Una serpiente multicolor de siete colas se extendió a través de los cielos.

—¿Cuánto tiempo más quieres quedarte? —Ahora su voz se había vuelto de acero.

—No lo sé. Media hora. Una hora.

—¿Quince minutos?

—No regateemos. Todavía no hemos visto ni una décima parte de lo que hay aquí.

—Hay otras noches.

—Ya volvemos a eso. ¡Basta, Minner! No quiero pelearme contigo, pero no pienso ceder. No pienso ceder, eso es todo.

Burris le hizo una reverencia de cortesano, inclinándose hasta más abajo de lo que le habría sido posible conseguir a nadie con un esqueleto de estructura humana.

—A su servicio, milady. —Las palabras estaban cargadas de veneno. Lona decidió ignorar el veneno y le llevó hacia el paseo repleto de gente. Era la peor pelea que habían tenido hasta el momento. En el pasado, las fricciones habían sido frías, sarcásticas,

contenidas, libradas a base de dobles sentidos. Pero nunca se habían puesto así, cara contra cara, ladrándose mutuamente. Incluso habían logrado atraer un pequeño público: Punch y Judy peleándose a grito limpio en beneficio de los interesados espectadores. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se atacaban? Lona se preguntó por qué algunas veces tenía la impresión de que él la odiaba. ¿Por qué en aquellas ocasiones sentía que resultaría muy fácil odiarle?

Tendrían que estarse ayudando el uno al otro. Así había sido al principio. Un lazo de simpatía compartida les había unido, pues ambos habían sufrido. ¿Qué le había ocurrido a ese lazo? Ahora todo estaba cargado de una amargura tal... Acusaciones, recriminaciones, tensiones. Ante ellos, tres ruedas amarillas se interceptaban ejecutando una complicada danza de llamas. Luces palpitantes se encendían y se apagaban, oscilando de un lado a otro. En lo alto de una columna apareció una chica desnuda envuelta en un resplandor de luz viva. Agitó la mano haciendo señas, y un muecín llamó a los fieles para que acudieran a la casa de la lujuria. Su cuerpo era de una femineidad improbable; sus pechos asomaban igual que cornisas, sus nalgas eran esferas gigantes. Nadie nacía siendo así. Tenía que haber sido alterada por los médicos...

Un miembro de nuestro club, pensó Lona. Sin embargo, no le importa. Ahí está, delante de todo el mundo y feliz de ganarse su paga. ¿Qué siente a las cuatro de la madrugada? ¿Le importa?

Burrís tenía los ojos clavados en la chica.

—No es más que carne —dijo Lona—. ¿Por qué estás tan fascinado por ella?

—¡La que está ahí arriba es Elise!

—Te equivocas, Minner. No puede estar aquí. Y, desde luego, no ahí arriba.

—Te digo que es Elise. Mis ojos son más agudos que los tuyos. Tú apenas sabes cuál es su aspecto. Le han hecho algo a su cuerpo, lo han aumentado de alguna forma, ¡pero sé que es ella!

—Pues entonces ve a buscarla. Burrís siguió inmóvil, paralizado.

—No dije que quisiera hacerlo.

—Sólo lo pensaste.

—¿Así que ahora estás celosa de una chica desnuda subida en lo alto de una columna?

—La amabas antes de conocerme.

—Nunca la amé —gritó él, y la mentira se grabó en llamas sobre su frente.

De un millar de altavoces brotó un cántico alabando a la chica, el parque, los visitantes. Todo el sonido acabó convergiendo en un solo rugido inarticulado. Burrís se acercó a la columna. Lona le siguió. Ahora la chica estaba bailando, levantando las piernas, haciendo salvajes piruetas. Su cuerpo desnudo relucía. La carne hinchada temblaba y se agitaba. Era toda la carnalidad contenida en un solo recipiente.

—No es Elise —dijo de repente Burrís, y el hechizo se rompió.

Se dio la vuelta, con una expresión aún más sombría que antes, y se detuvo. El público que les rodeaba se dirigía hacia la columna, convertida ahora en el punto focal del parque, pero Lona y Burrís no se movieron, Estaban de espaldas a la danzarina. Burrís se sacudió igual que si le hubieran golpeado y cruzó los brazos sobre el pecho. Luego se dejó caer en un banco, la cabeza gacha.

Esto no era ningún aburrimiento fingido. Lona se dio cuenta de que estaba enfermo.

—Me siento tan cansado —dijo con voz ronca—. Sin fuerzas. ¡Me siento como si tuviera mil años de edad, Lona!

Lona alargó la mano hacia él y tosió. Las lágrimas brotaron de repente de sus ojos. Se dejó caer en el banco, junto a él, luchando por recuperar el aliento.

—Yo me siento igual. Agotada.

—¿Qué está pasando?

—¿Algo que respiramos en esa viaje? ¿Algo que comimos, Minner?

—No. Mira mis manos.

Estaban temblando. Los pequeños tentáculos colgaban flácidos. Tenía el rostro grisáceo.

Y ella: Era como si esta noche hubiera corrido ciento cincuenta kilómetros. O como si hubiera dado a luz un centenar de bebés.

Cuando Burris sugirió que se marcharan del parque de diversiones, Lona no discutió.

26 - Escarcha a medianoche

En Titán no pudo más y le dejó. Burris lo había estado viendo venir desde hacía días, y no se llevó ninguna sorpresa. Fue casi algo parecido a un alivio.

La tensión no había dejado de aumentar desde el Polo Sur. No estaba seguro de por qué razón, aparte el que no estaban hechos para vivir juntos. Pero habían estado lanzándose el uno al cuello del otro casi continuamente, primero de forma disimulada, luego de forma abierta pero figurativamente y, por fin, literalmente. Y ella le dejó.

Pasaron seis días en el Tívoli de la Luna. La pauta de cada día era idéntica. Levantarse tarde, un copioso desayuno, ver un poco la Luna, y luego el parque. El lugar era tan grande que siempre había nuevos descubrimientos que hacer, pero al tercer día Burris descubrió que estaban volviendo compulsivamente sobre sus pasos, una y otra vez, y al quinto ya estaba profundamente harto del Tívoli. Intentó ser tolerante, ya que Lona parecía extraer un placer tan obvio del sitio. Pero, al final, su paciencia siempre acababa por agotarse, y se peleaban. La pelea de cada noche superaba en intensidad a la de la noche anterior. Algunas veces resolvían el conflicto en una feroz y sudorosa pasión, algunas veces en noches sin sueño de silencio malhumorado.

Y siempre, durante la pelea o justo después de ella, venía esa sensación de fatiga, esa enfermiza y destructiva pérdida de energías y aguante. Antes, a Burris jamás le había pasado nada parecido. El hecho de que esos ataques le sucedieran simultáneamente a la chica lo hacía doblemente extraño. No le dijeron nada a Nikolaides o Aoudad, a quienes veían ocasionalmente por entre la multitud.

Burris sabía que esas discusiones virulentas estaban abriendo un abismo cada vez más ancho entre ellos. En los momentos menos tempestuosos lo lamentaba, pues Lona era tierna y amable, y él valoraba su calidez. Pero todo eso quedaba olvidado en los instantes de rabia. Entonces le parecía hueca, inútil e irritante, una carga añadida a todas sus demás cargas, una niña ignorante, estúpida y odiosa. Y le dijo todo eso, al principio ocultando su significado tras metáforas que lo disimulaban, más tarde arrojándole las palabras desnudas a la cara.

La ruptura tenía que llegar. Estaban agotándose a sí mismos, perdiendo su vitalidad en aquellos combates. Ahora, los momentos de amor se hallaban cada vez más espaciados. Y la amargura aparecía con más frecuencia. En la mañana arbitrariamente designada de su arbitrariamente designado sexto día de estancia en el Tívoli, Lona le dijo:

—Cancelemos esto y vayamos a Titán ahora.

—Se supone que debemos pasar cinco días más aquí.

—¿Quieres pasarlos?

—Bueno, francamente..., no.

Tenía miedo de que aquello provocara otro manantial de palabras irritadas, y la hora resultaba demasiado temprana para empezar con eso. Pero no, ésta era su mañana de los gestos de sacrificio.

—Creo que ya he tenido bastante —dijo Lona—, y no es ningún secreto que tú ya has tenido suficiente. Así pues, ¿por qué debemos quedarnos? Es probable que Titán resulte mucho más emocionante.

—Es probable.

—Y aquí nos hemos portado tan mal el uno con el otro... Un cambio de escenario debería ayudarnos.

Desde luego que lo haría. Cualquier bárbaro con una cartera bien repleta podía permitirse el precio de un billete al Tívoli de la Luna, y el lugar estaba lleno de idiotas, borrachos y camorristas. Atraía a generosas cantidades de un público potencial que se encontraba muy por debajo de las clases dirigentes de la Tierra. Pero Titán era más selecto. Su clientela estaba compuesta únicamente por gente rica y sofisticada, aquellos para quienes gastar dos veces el salario anual de un obrero en un solo viaje no muy largo resultaba algo trivial. Por lo menos, esa gente tendría la educación necesaria para tratar con él como si sus deformidades no existieran. Las parejas en luna de miel de la Antártida se habían limitado a tratarle igual que si fuera invisible, cerrando sus ojos a lo que les ponía nerviosos. Los clientes del Tívoli se habían reído en su cara y se habían burlado de sus diferencias. Pero en Titán las buenas maneras decretarían una fría indiferencia ante su aspecto. Mirar al hombre extraño, sonreír, charlar amablemente, pero no mostrar nunca ni de palabra ni de obra que eras consciente de que resultaba extraño: en eso consistía la buena educación. De las tres crueldades, Burris creía preferir ésa. Consiguió acorrallar a Bart Aoudad bajo el resplandor de los fuegos artificiales y dijo:

—Ya hemos tenido bastante de este lugar. Mándanos a Titán.

—Pero tenéis...

—...cinco días más. Bien, no los queremos. Sácanos de aquí y llévanos a Titán.

—Veré lo que puedo hacer —prometió Aoudad.

Aoudad les había visto pelearse. A Burris eso no le gustaba nada, por razones hacia las que sentía cierto desprecio. Aoudad y Nikolaides habían sido sus Cupidos, y de alguna manera Burris tenía la sensación de que su responsabilidad era comportarse en todo momento como un enamorado lleno de pasión. Cada vez que le gritaba a Lona era como si, de una forma extraña y oscura, decepcionase a Aoudad. ¿Y por qué me importa decepcionarle? Aoudad no se está quejando para nada de las peleas. No se ofrece a mediar entre nosotros. No dice ni una sola palabra.

Tal y como Burris esperaba, Aoudad les consiguió billetes para Titán sin ninguna dificultad. Antes, llamó para notificarle al complejo hotelero que llegarían con antelación a lo previsto. Y se marcharon.

Un despegue lunar no se parecía en nada a una partida de la Tierra. Enfrentados tan sólo con un sexto de gravedad, sólo hizo falta un suave empujón para mandar la nave al espacio. El espacio puerto de aquí estaba muy concurrido, con salidas diarias hacia Marte, Venus, Titán, Ganímedes; y la Tierra, cada tres días hacia los planetas exteriores, cada semana hacia Mercurio. De la Luna no partía ninguna nave interestelar; por ley y por costumbre, las naves estelares sólo podían salir de la Tierra, controladas a cada paso de su trayecto hasta que daban el salto al hiperespacio en algún lugar situado más allá de la órbita de Plutón. La mayor parte de las naves con destino a Titán se paraban primero en el importante centro minero de Ganímedes, y su itinerario original había previsto que tomaran una de tales naves. Pero la nave de hoy no hacía paradas. Lona se perdería Ganímedes, pero eso era obra suya. Era ella quien había sugerido que partieran antes, no él. Quizá pudieran hacer una parada en Ganímedes durante el trayecto de vuelta a la Tierra.

Mientras se deslizaban por el abismo de oscuridad, en el parloteo de Lona hubo una nota de animación forzada. Quería saberlo todo sobre Titán, al igual que había querido saberlo todo sobre el Polo Sur, el cambio de las estaciones, la estructura de un cactus y muchas cosas más; pero aquellas preguntas anteriores las había hecho con una ingenua curiosidad, mientras que éstas de ahora las hacía con la esperanza de restablecer el contacto, cualquier tipo de contacto que hubiera podido haber entre ella y él.

Burris sabía que eso no iba a funcionar.

—Es la mayor luna del sistema. Es incluso mayor que Mercurio, y Mercurio es un planeta.

—Pero Mercurio se mueve alrededor del Sol, y Titán alrededor de Saturno.

—Así es. Titán es mucho más grande que nuestra luna. Se encuentra a un millón doscientos mil kilómetros de Saturno. Tendrás una buena visión de los anillos. Tiene atmósfera: metano y amoníaco, no demasiado buena para los pulmones. Helada. Dicen que es pintoresco. Nunca he estado allí.

—¿Cómo es eso?

—Cuando era joven no pude permitirme el ir. Luego, estuve demasiado ocupado en otras partes del universo.

La nave se deslizaba por el espacio. Lona, con los ojos muy abiertos, vio cómo saltaban por encima del plano del cinturón de los asteroides, y obtuvo una buena vista de Júpiter, que no se encontraba demasiado lejos de ellos en su órbita. Siguieron avanzando. Saturno ya era visible.

Y llegaron a Titán.

Otra cúpula, por supuesto. Una pista de aterrizaje, desnuda y lúgubre, en una meseta desnuda y lúgubre. Titán era un mundo de hielo, pero muy distinto de la mortífera Antártida. Cada centímetro de Titán era extraño y ajeno, mientras que en la Antártida todo adquiría rápidamente una chirriante familiaridad. Éste no era un simple lugar de frío, viento y blancura.

Por ejemplo, estaba Saturno. El planeta de los anillos se cernía en el cielo, considerablemente más grande que la Tierra vista desde la Luna. El amoníaco y el metano de la atmósfera estaban presentes en la cantidad justa para darle al cielo de Titán un tinte azulado, creando un hermoso telón de fondo para el reluciente y dorado Saturno, con su espesa y oscura franja atmosférica y su serpiente Midgard de minúsculas partículas de piedra.

—Qué delgado es el anillo —se quejó Lona—. ¡Así de canto apenas si puedo verlo!

—Es delgado porque Saturno es muy grande. Mañana podremos observarlo mejor. Entonces verás que no es un solo anillo, sino varios. Los anillos interiores se mueven más deprisa que los exteriores.

Mientras mantuvieran la conversación a ese nivel, todo iba bien. Pero Burris no se atrevía a desviarla de lo impersonal, y ella tampoco. Los nervios estaban demasiado excitados. Después de sus recientes peleas, se encontraban demasiado cerca del borde del abismo.

Ocuparon una de las mejores habitaciones del reluciente edificio del hotel. A su alrededor estaba la gente de dinero, la casta más elevada de la Tierra, aquellos que habían hecho fortunas en el desarrollo planetario o el transporte hiperespacial o los sistemas de energía. Todo el mundo parecía conocerse entre sí. Las mujeres, fueran cuales fuesen sus edades, eran delgadas, ágiles y vivaces. Los hombres solían ser corpulentos, pero se movían con energía y vigor. Nadie hizo comentarios groseros sobre Burris o Lona. Nadie les miró. Todos se mostraron amistosos, dentro de su distante estilo.

En la cena de la primera noche tuvieron por compañero de mesa a un industrial que poseía grandes corporaciones en Marte. Tenía ya más de setenta años, un rostro bronceado y lleno de arrugas, y unos ojos oscuros siempre a medio cerrar. Su esposa no podía tener más de treinta años. Hablaron básicamente sobre la explotación comercial de los planetas extrasolares. Lona, después:

—¡Esa mujer te ha echado el ojo encima!

—Pues no dejó que me enterase de ello.

—Era terriblemente obvio. Apuesto a que te estaba tocando el pie por debajo de la mesa.

Burris se dio cuenta de que se aproximaba una discusión. Llevó apresuradamente a Lona hacia una mirilla de la cúpula.

—Si me seduce, te doy permiso para que tú seduzcas a su esposo.

—Muy divertido.

—¿Qué pasa? Tiene dinero.

—No llevo en este sitio ni medio día, y ya lo odio.

—Basta, Lona. Estás llevando demasiado lejos tu imaginación. Esa mujer no llegaría ni a tocarme. La idea en sí haría que estuviese temblando durante un mes entero, créeme. Mira, mira ahí fuera.

Había tormenta. Feroces vientos se estrellaban contra la cúpula. Saturno se encontraba casi lleno esta noche, y la luz que reflejaba creaba un sendero reluciente a través de la nieve, un sendero que chocaba con el blanco resplandor de las mirillas iluminadas de la cúpula y se fundía con él. Las estrellas, tan claras y definidas como puntas de alfiler, estaban esparcidas por la bóveda del cielo, con un brillo casi tan potente como el que se veía desde el mismo espacio.

Estaba empezando a nevar.

Permanecieron durante un tiempo observando cómo el viento removía la nieve. Después, oyeron música, y fueron hacia ella. La mayor parte de los invitados estaban siguiendo la misma dirección.

—¿Quieres bailar? —preguntó Lona.

Una orquesta, vestida de etiqueta, había aparecido de alguna parte. Los delicados tintineos de sus instrumentos fueron subiendo de volumen. Cuerdas, viento, un poco de percusión, y unas gotas de los instrumentos alienígenas tan populares actualmente en la música de las grandes orquestas. Los elegantes invitados se movían siguiendo gráciles el ritmo sobre un suelo reluciente.

Burris tomó envaradamente a Lona en sus brazos y se unieron a los bailarines.

Antes nunca había bailado mucho, y no había bailado ni una sola vez desde que volvió a la Tierra, después de Manipool. La mera idea de bailar en un sitio como éste le habría parecido grotesca hacía tan sólo unos meses. Pero le sorprendía lo bien que su cuerpo rediseñado captaba los ritmos de la música. Estaba aprendiendo a ser grácil en aquellos complicados huesos nuevos. Vuelta, vuelta, vuelta...

Lona tenía los ojos clavados en su rostro. No sonreía.

Parecía tener miedo de algo.

Por encima de ellos había otra cúpula transparente. La escuela de arquitectura Duncan Chalk: muéstrales las estrellas, pero manténles calientes. Ráfagas de viento hacían que los copos de nieve resbalaran a través de la parte superior de la cúpula y los alejaran de ella con idéntica rapidez. Sentía en sus dedos la fría mano de Lona. El compás de la danza se fue acelerando. Los reguladores térmicos que habían reemplazado a las glándulas sudoríparas en el interior de su cuerpo estaban trabajando horas extras. ¿Podría seguir unos pasos tan rápidos? ¿Tropezaría?

La música se detuvo.

La pareja de la cena se acercó a ellos. La mujer sonreía. Lona la miró con fijeza.

—¿Podemos bailar la siguiente pieza? —preguntó la mujer a Burris, con la tranquila seguridad de quienes son muy ricos.

Burris había intentado evitar aquello. Ahora no había ninguna forma delicada de rehusar, y los celos de Lona recibirían otro cargamento de combustible. El agudo y quebradizo sonido del oboe convocó a los bailarines a la pista. Burris se emparejó con la mujer, dejando a Lona, el rostro rígido y helado, con el ya algo maduro barón de la industria.

La mujer era toda una bailarina. Parecía volar por ¡ encima del suelo. Espoleó a Burris, obligándole a ejercicios demoníacos, y los dos se desplazaron por la parte exterior de la sala de baile, prácticamente flotando. A esa velocidad, incluso los ojos de Burris, capaces de percibir fracciones de segundo, empezaron a fallarle, y no logró descubrir a Lona. La música le ensordecía. La sonrisa de la mujer era demasiado brillante.

—Es usted una maravillosa pareja de baile —le dijo—. Posee una fuerza..., una capacidad de sentir el ritmo...

—Nunca fui gran cosa como bailarín antes de Manipool.

—¿Manipool?

—El planeta donde yo... donde ellos...

No estaba enterada. Burris había dado por sentado que todos los presentes se hallaban familiarizados con su historia. Pero quizá aquellos ricos no prestaban atención a las noticias sensacionalistas de los videoprogramas. No habían seguido sus infortunios. Era muy probable que aquella mujer hubiese aceptado tan completamente la apariencia de Burris como algo carente de importancia, que ni tan siquiera se le había ocurrido preguntar cómo había llegado a tener ese aspecto. El tacto era algo en lo que también se podían cometer excesos; no estaba tan interesada en él como Burris había supuesto.

—No importa —dijo.

Mientras hacían otro circuito por la pista de baile, vio finalmente a Lona: saliendo de la estancia. El industrial estaba inmóvil, con cara de perplejidad. Burris se quedó bruscamente quieto. Su compañera de baile le miró con expresión interrogativa.

—Discúlpeme. Quizá esté enferma.

No estaba enferma: meramente una rabieta. La encontró en su habitación, de bruces en la cama. Cuando puso la mano sobre su espalda desnuda, Lona se estremeció y giró sobre sí misma, apartándose de él. No había nada que pudiera decirle. Durmieron muy separados el uno del otro, y cuando el sueño de Manipool acudió a él, logró sofocar sus gritos antes de que empezaran y se quedó sentado en la cama, rígido, hasta que el terror hubo pasado. Ninguno de los dos mencionó el episodio por la mañana.

Fueron a hacer turismo en un trineo a motor. El complejo del hotel y el espacio puerto de Titán se encontraban cerca del centro de una pequeña meseta bordeada por inmensas montañas. Aquí, al igual que en la Luna, abundaban los picos que dejaban enano al Everest. Parecía incongruente que mundos tan pequeños tuvieran tales cordilleras, pero así era. A unos ciento sesenta kilómetros al oeste del hotel se hallaba el glaciar Martinelli, un enorme y lento río de hielo que se enroscaba bajando durante centenares de kilómetros tras brotar del corazón de los Himalayas locales. El glaciar terminaba de forma más bien improbable en la Cascada Helada, famosa en toda la galaxia, una cascada que todo visitante a Titán estaba obligado a ver, y que Burris y Lona visitaron también.

En el trayecto había espectáculos no tan famosos, que Burris encontró más profundamente conmovedores. Las nubes giratorias de metano y las hilachas de amoníaco helado que adornaban las desnudas montañas, por ejemplo, dándoles el aspecto de montañas dibujadas en un pergamino de la dinastía Sung. O el oscuro lago de metano a media hora de la cúpula. En sus cerúleas profundidades moraban las pequeñas y resistentes criaturas vivas de Titán, criaturas que eran más o menos moluscos y artrópodos, inclinándose preferentemente hacia el menos. Estaban equipadas para respirar y beber metano. En este sistema solar la vida era algo tan escaso, que Burris encontró fascinante contemplar esas rarezas en su ambiente nativo. Alrededor del lago vio su comida: la hierba de Titán, plantas de aspecto grasiento parecidas a cuerdas, blancas como un muerto, capaces de soportar este clima infernal sintiéndose perfectamente a gusto. El trineo siguió avanzando hacia la Cascada Helada. Ahí estaba: azul y blanca, brillando bajo la luz de Saturno, suspendida sobre un inmenso vacío. Los espectadores emitieron los suspiros y jadeos obligados. Nadie salió del trineo, pues los vientos de ahí fuera eran de una intensidad salvaje y no se podía confiar del todo en los trajes respiradores para que le protegieran a uno contra la atmósfera corrosiva.

Trazaron un círculo alrededor de la cascada, contemplando el reluciente arco de hielo desde tres lados distintos. Después, llegó la mala noticia de su cicerone:

—Se acerca una tormenta. Vamos a regresar.

La tormenta llegó mucho antes de que alcanzaran la seguridad de la cúpula. Primero vino la lluvia, un diluvio de amoníaco en precipitación, parecido al granizo, que repiqueteó sobre el techo de su trineo, y después nubes de nieve compuesta por cristales de amoníaco impulsadas por el viento. El trineo siguió avanzando con dificultad. Burris jamás había visto caer tanta nieve ni tan deprisa. El viento la hacía girar en grandes remolinos, la arrancaba del suelo, la amontonaba en catedrales y bosques. Con un cierto esfuerzo, el trineo a motor evitó nuevas dunas y se abrió paso alrededor de repentinas barricadas. La mayoría de los pasajeros mantenían una expresión imperturbable. Burris, que sabía lo cerca que se hallaban de verse enterrados en una tumba, permaneció sentado en un lúgubre silencio. Quizá la muerte le trajera finalmente la paz, pero, si le fuera posible escoger su muerte, no tenía intención de elegir el ser enterrado vivo. Ya podía sentir el olor acre y rancio de la atmósfera a medida que el aire empezaba a viciarse y los zumbantes motores introducían sus humos en el compartimento de los pasajeros. Simples imaginaciones. Intentó disfrutar con la belleza de la tormenta.

Aun así, entrar nuevamente en el calor y la seguridad de la cúpula fue un gran alivio.

Lona y él volvieron a pelearse poco después de su regreso. Para esta pelea había todavía menos razones que para ninguna de las anteriores. Pero alcanzó muy rápidamente un nivel de auténtica malevolencia.

—¡Minner, durante todo el viaje no me miraste ni una sola vez!

—Estaba mirando el paisaje. Para eso hemos venido aquí.

—Podrías haberme cogido la mano. Podrías haber sonreído.

—Yo...

—¿Tan aburrida resulto?

Burris estaba harto de batirse siempre en retirada.

—¡Lo eres, la verdad! ¡Eres una niña aburrida, espantosa e ignorante! ¡No mereces nada de todo esto! ¡Nada! No puedes apreciar la comida, la ropa, el sexo, el viaje...

—¿Y tú qué eres? ¡No eres más que un fenómeno horrible!

—Pues ya somos dos.

—¿Soy un fenómeno? —chilló Lona—. No se nota. Al menos, yo soy un ser humano. ¿Qué eres tú?

Entonces fue cuando Burris se lanzó sobre ella.

Sus lisos dedos se cerraron alrededor de su garganta Lona le golpeó, le dio puñetazos, le arañó las mejillas con sus uñas. Pero fue incapaz de herir su piel, y eso la hizo enfurecerse todavía más. Burris la sujetó con firmeza, sacudiéndola, haciendo que su cabeza oscilara salvajemente al final de su cuello; y, durante todo ese tiempo, ella pateó y le propinó puñetazos. A través de sus arterias corrían todos los subproductos de la rabia.

Con qué facilidad podría matarla, pensó él.

Pero el mismo acto de hacer una pausa para permitir que un pensamiento coherente cruzara su mente le calmó. Soltó a Lona. Burris contempló sus manos, y ella le contempló a él. En el cuello de Lona había marcas que casi igualaban las manchas recién brotadas en la cara de Burris. Se apartó de él, jadeando. No dijo nada. Su temblorosa mano le señaló.

La fatiga le golpeó, haciéndole caer de rodillas.

Todas sus fuerzas se desvanecieron en un segundo. Sus articulaciones cedieron y resbaló, fundiéndose, incapaz ni tan siquiera de sostenerse con las manos. Se quedó tendido en el suelo, pronunciando su nombre. Jamás se había sentido tan débil anteriormente, ni tan siquiera mientras había estado recuperándose de lo que le hicieron en Manipool.

Esto es lo que se siente cuando te han dejado sin sangre, se dijo. ¡Las sanguijuelas se han divertido conmigo! Dios, ¿volveré a ser capaz de levantarme alguna vez?

—¡Socorro! —gritó, sin que nadie le oyera—. Lona, ¿dónde estás?

Cuando volvió a sentirse lo bastante fuerte como para levantar la cabeza, descubrió que ella se había ido. No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Se fue incorporando débilmente, centímetro a centímetro, y se quedó sentado en el borde del lecho hasta que lo peor de su debilidad hubo pasado. ¿Era un castigo por haberla pegado? Cada vez que se habían peleado había sentido este mismo malestar, idéntica debilidad.

—¿Lona?

Fue al vestíbulo, sin separarse de la pared. Probablemente todas las mujeres elegantes y bien educadas que pasaban junto a él le tomaban por un borracho. Sonreían. Burris intentó devolverles sus sonrisas.

No la encontró.

Sin saber muy bien cómo, horas después, dio con Aoudad. El hombrecillo parecía preocupado.

—¿La has visto? —graznó Burris.

—Ahora ya debe estar a medio camino de Ganímedes. Se fue en el vuelo de la cena.

—¿Se fue? Aoudad asintió.

—Nick fue con ella. Vuelven a la Tierra. ¿Qué le hiciste..., le sacudiste un poco o qué?

—¿La dejaste marchar? —murmuró Burris—. ¿Permitiste que se fuera? ¿Qué dirá Chalk de eso?

—Chalk lo sabe. ¿Acaso crees que no hablamos con él antes de hacer nada? Dijo que por supuesto, que si quería volver a casa la dejáramos marchar. Metedla en la siguiente nave que salga. Y eso hicimos. Eh, Burris, estás pálido. ¡Pensé que con tu piel no podías ponerte pálido!

—¿Cuándo sale la próxima nave?

—Mañana por la noche. No pensarás perseguirla, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—De esa forma nunca conseguirás nada —dijo Aoudad, sonriendo—. Deja que se marche. Este lugar está lleno de mujeres que se alegrarán de poder ocupar su sitio. Te sorprendería saber cuántas... Algunas de ellas saben que estoy contigo y vienen a verme, me piden que les prepare una cita. Es la cara, Minner. Tu cara les fascina.

Burris se dio la vuelta, apartándose de él.

—Estás afectado —dijo Aoudad—. ¡Oye, vamos a tomar una copa!

—Estoy cansado —replicó Burris, sin mirar hacia atrás—. Quiero descansar.

—¿Quieres que te mande a una de esas mujeres dentro de un rato?

—¿Ésa es tu idea del descanso?

—Bueno, a decir verdad, sí. —Rió afablemente—. No me importaría ocuparme personalmente de ellas, entiéndeme, pero es a ti a quien quieren. A ti.

—¿Puedo llamar a Ganímedes? Quizá pueda hablar con ella mientras la nave repone combustible. Aoudad apretó el paso hasta situarse junto a él.

—Se ha ido, Burris. Ahora deberías olvidarla. ¿Qué tenía, aparte de problemas? ¡No era más que una niña flacucha! Ni tan siquiera te llevabas bien con ella. Lo sé. Lo vi. Todo cuanto hacíais era gritaros el uno al otro. ¿Para qué la necesitas? Y ahora, deja que te hable de...

—¿Tienes algún relajante?

—Ya sabes que no te servirán de nada. A pesar de todo, Burris alargó la mano. Aoudad se encogió de hombros y depositó en ella un relajante. Burris apretó el tubo contra su piel. En esos momentos, la ilusión de recibir el efecto tranquilizante quizá valiese tanto como la sustancia en sí. Le dio las gracias y fue rápidamente hacia su habitación, solo.

Por el camino se encontró con una mujer cuyo cabello parecía hilos de cristal rosado y sus ojos amatistas. Llevaba un vestido castamente inmodesto. Su voz, suave como una pluma, rozó sus mejillas desprovistas de orejas. Pasó casi corriendo junto a ella, temblando, y entró en su habitación.

27 - El auténtico guardián del Grial

—Has arruinado un hermoso romance —dijo Tom Nikolaides.

Lona no sonrió.

—No había nada de hermoso en aquello. Me alegró marcharme.

—¿Porque intentó estrangularte?

—Eso fue al final. Las cosas ya iban mal mucho antes de eso. No hace falta que te traten de esa forma para que te hagan daño.

Nikolaides la miró a los ojos. Entendió, o fingió hacerlo.

—Cierto. Es una pena, pero todos sabíamos que no podía durar.

—¿Incluido Chalk?

—Especialmente Chalk. Predijo la ruptura. Es notable la cantidad de correo sobre eso que hemos llegado a recibir. Todo el universo parece pensar que es algo terrible el que os hayáis separado.

Lona le miró y sonrió, una sonrisa tan fugaz como vacía. Se puso en pie y empezó a recorrer la habitación con paso vacilante. Las placas añadidas a sus talones repiqueteaban sobre el pulido suelo.

—¿Estará Chalk aquí pronto? —preguntó.

—Pronto. Es un hombre muy ocupado. Pero en cuanto llegue al edificio, te llevaremos a él.

—Nick, ¿me dará realmente mis bebés?

—Esperemos que sí.

Lona fue hacia él. Su mano sujetó salvajemente la muñeca del hombre.

—¿Esperemos que sí? ¿Esperemos que sí? ¡Me los prometió!

—Pero tú abandonaste a Burris.

—Tú mismo has dicho que Chalk lo estaba esperando. No se suponía que el romance fuese a durar eternamente, ¿verdad? Ahora se ha terminado, yo cumplí con mi parte del trato, y Chalk tiene que cumplir con la suya.

Sintió temblar los músculos de sus piernas. Esos zapatos tan elegantes; era difícil permanecer de pie llevándolos. Pero la hacían parecer más alta, mayor. Era importante que por fuera tuviese el aspecto correspondiente a como había llegado a ser por dentro. Ese viaje con Burris la había envejecido cinco años en otras tantas semanas. La tensión continua..., las discusiones...

Por encima de todo, el terrible cansancio después de cada pelea...

Miraría al hombre gordo directamente a los ojos, sin vacilar. Si intentaba echarse atrás y no cumplir con lo prometido, haría que la vida le resultase difícil. ¡No importaba cuán poderoso fuera, no podía estafarla! Había cuidado de aquel extraño refugiado de un planeta alienígena durante el tiempo suficiente como para haberse ganado el derecho a tener sus propios bebés. Ella...

No, eso no estuvo bien, se riñó repentinamente a sí misma. No debo burlarme de él. No buscó tener todos esos problemas. Y yo me ofrecí como voluntaria para compartirlos.

Nikolaides interrumpió ese brusco silencio.

—Y ahora que has vuelto a la Tierra, Lona, ¿cuáles son tus planes?

—Primero, lo de los niños. Luego quiero desaparecer de la vida pública para siempre. Ya he tenido dos asaltos enteros con publicidad, uno cuando me quitaron los bebés, otro cuando me fui con Minner. Eso es suficiente.

—¿Adonde irás? ¿Te marcharás de la Tierra?

—Lo dudo. Me quedaré. Quizás escriba un libro. —Sonrió—. No, eso no resultaría muy adecuado, ¿verdad? Más publicidad. Llevaré una vida tranquila y callada. ¿Qué tal la Patagonia? —Se inclinó hacia él—. ¿Tienes alguna idea de dónde está él ahora?

—¿Chalk?

—Minner —dijo ella.

—Por lo que sé, continúa en Titán. Aoudad está con él.

—Entonces llevan allí tres semanas. Supongo que se lo estarán pasando muy bien. — Sus labios se curvaron en una mueca feroz.

—Estoy seguro de que Aoudad sí —dijo Nikolaides—. Dale un buen montón de mujeres disponibles, y se lo pasará bien en cualquier parte. Pero no lo garantizaría de Burris. Cuanto sé es que todavía no ha dado señales de querer volver a casa. Sigues interesada en él, ¿verdad?

—¡No!

Nikolaides se llevó las manos a los oídos.

—De acuerdo. De acuerdo. Te creo. Es sólo que...

La puerta situada al otro extremo de la habitación onduló suavemente y se abrió hacia el interior. Un hombrecillo muy feo de delgados labios entró por ella. Lona lo reconoció: era D'Amore, uno de los hombres de Chalk.

—¿Todavía no ha aparecido Chalk? —dijo inmediatamente—. ¡Tengo que hablar con él!

La desagradable boca de D'Amore creó la sonrisa más amplia que Lona hubiera visto jamás.

—¡Realmente, en estos últimos tiempos, sabes muy bien cómo expresar tu voluntad, milady! Se acabó la timidez, ¿eh? Pues no; Chalk todavía no está aquí. Yo también le estoy esperando. —Avanzó por la habitación, y Lona se dio cuenta de que había alguien detrás de él: un hombre de mediana edad que sonreía con expresión estúpida, el rostro más bien blanco y los ojos apacibles, totalmente feliz y tranquilo—. Lona, éste es David Melangio —dijo D'Amore—. Sabe hacer unos cuantos trucos. Dale la fecha en que naciste y el año; te dirá qué día de la semana era. Lona se lo dijo.

—Miércoles —dijo Melangio al instante.

—¿Cómo hace eso?

—Es su don. Suéltale una serie de números tan deprisa como puedas, pero con claridad.

Lona dijo una docena de números. Melangio los repitió.

—¿Correcto? —preguntó D'Amore, muy satisfecho.

—No estoy segura —dijo ella—. Los he olvidado. —Fue hacia el idiota sabio, que la contemplaba sin el menor interés. Cuando le miró a los ojos Lona se dio cuenta de que Melangio era otro fenómeno, todo trucos, pero sin alma. Helada hasta la médula, se preguntó si no estarían preparándole un nuevo amor.

—¿Por qué has vuelto a traerle? —dijo Nikolaides—. Pensé que Chalk no había querido renovar su opción.

—Chalk pensó que a la señorita Kelvin le gustaría hablar con él —replicó D'Amore—. Me pidió que trajera a Melangio.

—¿Qué se supone que debo decirle? —preguntó Lona. D'Amore sonrió.

—¿Cómo voy a saberlo?

Lona le hizo una seña al hombre de los labios delgados para que se acercara a ella y le murmuró:

—No está bien de la cabeza, ¿verdad?

—Yo diría que ahí dentro falta algo, sí.

—¿Así que Chalk tiene un nuevo proyecto para mí? ¿Se supone que ahora debo cogerle de la mano a él?

Era como preguntárselo a la pared.

—Llévale a otra habitación, siéntate junto a él, háblale —se limitó a decir D'Amore—. Es probable que Chalk tarde todavía una hora en llegar.

Había una habitación contigua a ésta, con una mesa flotante de cristal y varios sillones. Ella y Melangio entraron allí, y la puerta se cerró tras ellos tan inexorablemente como la puerta de una celda. Silencio. Miradas.

—Pregúntame algo sobre fechas. Cualquier cosa.

Se mecía rítmicamente hacia atrás y hacia delante. Su sonrisa no se había esfumado en ningún momento. Lona pensó que mentalmente tendría unos siete años de edad.

—Pregúntame cuándo murió George Washington. Pregúntamelo. O cualquier otro. Cualquiera que fuese importante.

—Abraham Lincoln —dijo ella con un suspiro.

—El 15 de abril de 1865. ¿Sabes cuántos años tendría si aún estuviese vivo el día de hoy? —Se lo dijo, al instante, incluidos los días. A Lona le pareció que la fecha estaba bien. Melangio daba la impresión de estar muy satisfecho de sí mismo.

—¿Cómo lo haces?

—No lo sé. Puedo hacerlo, eso es todo. Siempre he sido capaz de hacerlo. Puedo recordar el clima y todas las fechas. —Se rió—. ¿Me tienes envidia?

—No mucha.

—Hay gente que sí. Les gustaría poder aprender a hacerlo. Al señor Chalk le gustaría saber cómo se hace. Quiere que te cases conmigo, ¿sabes?

Lona dio un respingo. Intentando no ser cruel, preguntó:

—¿Te lo ha dicho él?

—Oh, no. No con palabras. Pero lo sé. Quiere que estemos juntos. Igual que lo estuviste antes con el hombre de la cara rara. A Chalk le gustó mucho eso. Especialmente cuando discutías con él. En una ocasión yo estaba con el señor Chalk, y se le puso la cara roja, y me echó de la habitación, y luego volvió a llamarme. Debió ser cuando tú y el otro estabais teniendo una pelea.

Lona intentó comprender algo de todo aquello.

—David, ¿puedes leer las mentes?

—No.

—¿Puede Chalk?

—No. Leer no. No viene en palabras. Viene en sensaciones. Lee las sensaciones. Lo sé. Y le gustan las sensaciones desagradables, cuando no se es feliz. Quiere que seamos infelices juntos, porque eso le hará feliz.

Perpleja, Lona se inclinó hacia Melangio y dijo:

—David, ¿te gustan las mujeres?

—Me gusta mi madre. Algunas veces me gusta mi hermana. Aunque me hicieron mucho daño cuando era joven.

—¿Has querido casarte alguna vez?

—¡Oh, no! ¡Casarse es para los adultos!

—Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Cuarenta años, ocho meses, tres semanas y dos días» No sé cuántas horas. Nunca me han dicho a qué hora nací.

—Pobre desgraciado...

—Me tienes pena porque nunca me han dicho a qué hora nací.

—Me das pena y punto —dijo ella—. Pero no puedo hacer nada por ti, David. Ya he agotado toda mi bondad. Ahora la gente tendrá que empezar a ser buena conmigo.

—Yo soy bueno contigo.

—Sí, lo eres. Eres muy bueno. —Le cogió la mano, siguiendo un impulso repentino. Tenía la piel lisa y fresca. Pero no tan lisa como la de Burris, ni tan fría. Melangio se estremeció ante ese contacto, pero dejó que le apretara la mano. Después de un segundo Lona la soltó y fue hacia la pared, y pasó las manos por ella hasta que la puerta se abrió. La cruzó, y vio a Nikolaides y D'Amore hablando en susurros al otro lado.

—Chalk quiere verte ahora —dijo D'Amore—. ¿Lo has pasado bien con David?

—Es encantador. ¿Dónde está Chalk? Chalk estaba en su sala del trono, suspendido en las alturas. Lona subió por los peldaños de cristal. Al aproximarse al hombre gordo sintió volver las viejas timideces. En los últimos tiempos había aprendido a tratar con la gente, pero tratar con Chalk quizá estuviera más allá de su alcance.

Chalk estaba meciéndose en su inmenso asiento. Su ancho rostro se frunció en lo que Lona tomó por una sonrisa.

—Qué agradable volver a verte. ¿Disfrutaste con tus viajes?

—Fueron muy interesantes. Y, ahora, mis bebés...

—Por favor, Lona, no corras. ¿Has conocido a David?

—Sí.

—Tan digno de compasión. Tan necesitado de ayuda. ¿Qué piensas de su don?

—Hicimos un trato —dijo Lona—. Yo cuidaré de Minner, y tú me conseguirás a un par de mis bebés. No quiero hablar de Melangio.

—Rompiste con Burris antes de lo esperado —dijo Chalk—. No he completado todos los acuerdos concernientes a tus niños.

—¿Vas a conseguírmelos?

—Dentro de poco. Pero todavía no. Se trata de una negociación difícil, incluso para mí. Lona, ¿querrás hacerme un favor mientras esperas a los niños? Ayuda a David tal y como ayudaste a Burris. Lleva un poco de luz a su vida. Me gustaría verlos juntos. Una persona tan cálida y maternal como tú...

—Esto es un truco, ¿verdad que sí? —dijo ella de repente—. ¡Jugarás conmigo eternamente! ¡Un zombi después de otro para que yo les haga mimos! Burris, Melangio, y luego, ¿quién sabe cuál será el siguiente? No. No. Hicimos un trato. Quiero mis bebés. Quiero mis bebés.

Los amortiguadores sónicos empezaron a zumbear para reducir el impacto de sus gritos. Chalk parecía algo sobresaltado. De una forma indefinible, daba la impresión de estar al mismo tiempo complacido e irritado por esta exhibición de temperamento. Su cuerpo pareció hincharse y expandirse hasta que pesó un millón de kilos.

—Me has engañado —dijo ella, ahora en voz más baja—. ¡Nunca tuviste intención de hacer que me los devolvieran!

Dio un salto. Arrancaría pedazos de carne de ese gordo rostro.

Al instante, del techo cayó una fina red de hebras doradas. Lona chocó con ella, rebotó, y volvió a saltar hacia delante. No podía llegar a Chalk. Estaba protegido.

Nikolaides, D'Amore. La sujetaron por los brazos. Lona intentó golpearles con sus pesados zapatos.

—Ha sufrido una tensión excesiva —dijo Chalk—. Necesita que se la calme.

Algo se clavó en su muslo izquierdo. Lona se derrumbó y quedó inmóvil.

28 - Llorar, ¿qué debo llorar?

Estaba cansándose de Titán. Después de la partida de Lona se lanzó sobre la luna helada como si fuera una droga. Pero ahora ya estaba entumecido. Nada de lo que Aoudad pudiera decir o hacer —o de lo que pudiera conseguirle—, nada le mantendría aquí por más tiempo.

Elise yacía desnuda junto a él. Por encima de ellos, la Cascada Helada colgaba suspendida en un desplomarse inmóvil. Habían alquilado un trineo a motor y habían venido solos, para estacionarlo en la boca del glaciar y hacer el amor bajo la iridiscencia de la luz de Saturno sobre el amoníaco congelado.

—¿Lamentas que haya venido hasta ti, Minner? —le preguntó ella.

—Sí. —Con Elise no necesitaba disimular.

—¿Sigues echándola de menos? No te hacía falta.

—Le hice daño. Inecesariamente.

—Y ella, ¿qué te hizo?

—No quiero hablar de ella contigo. —Se irguió en el asiento y apoyó las manos sobre los controles del trineo. Elise se irguió también, pegando su carne a la de Burris. En esta extraña luz parecía más pálida que nunca. ¿Había sangre en ese cuerpo opulento? Estaba tan blanca como una muerta. Burris puso en marcha el trineo, y éste se arrastró lentamente por el borde del glaciar, alejándose de la cúpula. Aquí y allá se veían estanques de metano—. ¿Te molestaría que abriese el techo del trineo, Elise? —dijo Burris.

—Moriríamos. —No parecía preocupada.

—Tú morirías. Yo..., no estoy seguro. ¿Cómo sé que este cuerpo no puede respirar metano?

—No es probable. —Se estiró, voluptuosa, lánguida—. ¿Adonde vamos?

—A hacer turismo.

—Quizá no sea seguro ir por ahí. Podrías romper el hielo.

—Entonces moriríamos. Sería un descanso, Elise.

El trineo dio con una lengua de hielo nuevo, frágil y quebradiza. El vehículo se estremeció levemente, y Elise también. Burris observó sin demasiada atención cómo la onda de la sacudida se desplazaba por su abundante carne. Ya llevaba una semana con él. Aoudad la había traído. Había mucho que decir de su voluptuosidad, muy poco de su alma. Burris se preguntó si el pobre Prolisse había llegado a saber qué clase de mujer tomó por esposa.

Elise acarició su piel. Siempre estaba tocándole, como si se deleitara con lo diferente de su textura.

—Hazme el amor otra vez —dijo.

—Ahora no. Elise, ¿qué hay en mí que tanto deseas?

—Todo.

—Hay un cosmos lleno de hombres que pueden hacerte feliz en la cama. ¿Qué me encuentras de especial?

—Los cambios de Manipool.

—¿Me amas por mi aspecto?

—Te amo porque no eres normal.

—¿Y los ciegos? ¿Los tuertos? ¿Los jorobados? ¿Y los hombres sin nariz?

—No existen. Ahora todos llevan prótesis. Todo el mundo es perfecto.

—Salvo yo.

—Sí. Salvo tú. —Sus uñas se clavaron en la piel de Burris—. No puedo arañarte. No puedo hacerte sudar. Ni tan siquiera puedo mirarte sin ponerme un poco nerviosa. Eso es lo que deseo en ti.

—¿El nerviosismo?

—No digas tonterías.

—Eres una masoquista, Elise. Quieres arrastrarte. Escoges al ser más extraño del sistema y te arrojas a sus pies, y a eso le llamas amor, pero no es amor, ni tan siquiera es sexo, no es más que torturarte a ti misma. ¿Verdad?

Elise le miró de una forma extraña.

—Te gusta que te hagan daño —dijo Burris. Puso la mano sobre uno de sus pechos, extendiendo los dedos para abarcar toda su masa cálida y suave. Después apretó. Elise dio un respingo. Sus delicadas fosas nasales se dilataron y sus ojos empezaron a lagrimear. Pero no dijo nada mientras él seguía apretando. Su respiración se hizo más jadeante; a Burris le pareció que podía sentir el trueno de su corazón. Absorbería cualquier cantidad de este dolor sin ni tan siquiera un gemido, aunque arrancara de su cuerpo la blanca esfera de carne. Cuando la soltó, había seis señales blancas destacando en la palidez de su carne. Apenas pasó un segundo empezaron a volverse rojas. Parecía

una tigresa a punto de saltar. Por encima de ellos, la Cascada Helada se lanzaba hacia adelante en su eterna inmovilidad. ¿Empezaría a fluir de repente? ¿Caería Saturno de los cielos y rozaría a Titán con sus veloces anillos?

—Mañana me voy a la Tierra —dijo. Elise se reclinó en el asiento. Todo su cuerpo estaba dispuesto a recibirle.

—Hazme el amor, Minner.

—Volveré solo. Para buscar a Lona.

—No la necesitas. Deja de intentar ofenderme. —Tiró de él—. Tiéndete junto a mí. Quiero mirar otra vez Saturno mientras me posees.

Burris pasó la mano por su carne sedosa. Los ojos de Elise ardían.

—Salgamos del trineo —dijo él en un susurro—. Corramos desnudos hasta ese lago y nademos en él.

Nubes de metano se agitaban a su alrededor. La temperatura del exterior haría que la Antártida en invierno pareciese tropical. ¿Morirían primero por congelación o por el veneno en sus pulmones? Nunca llegarían al lago. Burris les vio tendidos en la nevada duna, blanco sobre blanco, rígidos como el mármol. Él duraría más que ella, conteniendo su aliento mientras Elise se derrumbaba y caía dando vueltas, la carne acariciada por el baño de hidrocarburos. Pero no duraría mucho.

—¡Sí! —exclamó ella—. ¡Nadaremos! ¡Y luego haremos el amor junto al lago!

Alargó la mano hacia el control que levantaría el techo transparente del trineo. Burris admiró la tensión y el juego de sus músculos mientras su brazo se extendía hacia él al desplazar su mano, con los ligamentos y los tendones funcionando magníficamente bajo la suave piel que iba del tobillo a la muñeca. Una pierna estaba doblada bajo su cuerpo, la otra bellamente extendida hacia adelante para hacer eco a la línea de su brazo. Sus pechos estaban levantados; su garganta, que mostraba tendencia al aflojamiento, se hallaba tensa en ese instante. En conjunto era un hermoso espectáculo. Sólo necesitaba levantar una palanca y el techo se deslizaría, exponiéndoles a la virulenta atmósfera de Titán. Sus delgados dedos estaban sobre la palanca. Burris dejó de contemplarla. Cerró su mano sobre el brazo de Elise justo cuando sus músculos se tensaban y la apartó de ahí, lanzándola contra el acolchado del asiento. Elise se dejó caer en una postura lasciva. Cuando se erguía, Burris la abofeteó en los labios. La sangre goteó hacia su mentón y sus ojos centellearon de placer. Volvió a golpearla, una y otra vez, golpes feroces que hacían saltar la carne de su cuerpo. Elise jadeó, se agarró a él. El olor de la lujuria invadió sus fosas nasales.

La golpeó una vez más. Entonces, comprendiendo que no hacía sino darle lo que deseaba, se apartó de ella y le arrojó el traje que se había quitado.

—Póntelo. Volvemos a la cúpula.

Era la encarnación pura y simple del hambre. Se retorció en lo que podía haber sido una autoparodia del deseo. Le llamaba con voz enronquecida.

—Vamos a regresar —dijo él—. Y no vamos a volver desnudos.

Elise se vistió de mala gana. Burris se dijo que habría abierto el techo. Habría ido a nadar con él al lago de metano.

Puso en marcha el trineo para volver al hotel.

—¿Te irás realmente a la Tierra mañana?

—Sí. Ya he reservado el billete.

—¿Sin mí?

—Sin ti.

—¿Y si volviera a seguirte?

—No puedo impedírtelo. Pero no te servirá de nada.

El trineo llegó a la escotilla de la cúpula. Burris lo metió por ella y lo devolvió al puesto de alquiler. Elise parecía maltrecha y sudorosa dentro de su traje.

Burris fue a su habitación y se apresuró a cerrar la puerta. Elise llamó a ella unas cuantas veces. No le contestó, y acabó marchándose. Apoyó la cabeza entre sus manos. La fatiga estaba volviendo, el cansancio sin límites que no había sentido desde la última pelea con Lona. Pero pasó tras unos cuantos minutos.

Una hora después fue visitado por personal del hotel. Tres hombres de rostro ceñudo, que apenas si abrieron la boca. Burris se puso el traje que le dieron y salió al exterior con ellos.

—Está bajo la manta. Nos gustaría que la identificara antes de que la entren.

La manta estaba cubierta con delicados cristales de nieve de amoníaco. Cuando Burris la apartó, los cristales salieron despedidos. Elise, desnuda, parecía estar abrazando el hielo. Las marcas que sus dedos habían dejado en sus pechos se habían vuelto de un púrpura oscuro. La tocó. Como si fuera de mármol.

—Murió al instante —dijo una voz junto a él. Burris alzó la mirada.

—Esta tarde bebió mucho. Quizás eso lo explique.

Se quedó en su habitación el resto del día y toda la mañana siguiente. Al mediodía le llamaron para ir al espacio puerto, y cuatro horas después ya había despegado con destino a la Tierra vía Ganímedes. Durante todo ese tiempo, apenas si habló con nadie.

29 - Dona nobis pacem

Arrastrada por las mareas, había acabado llegando a las Torres Martlet. Vivía allí, en una sola habitación, sin salir casi nunca, cambiándose muy poco de ropa, sin hablar con nadie. Ahora conocía la verdad, y la verdad la había aprisionado.

...y, finalmente, él la encontró.

Ella se quedó inmóvil, igual que un pájaro, dispuesta a huir.

—¿Quién es?

—Minner.

—¿Qué quieres?

—Déjame entrar, Lona. Por favor.

—¿Cómo me has encontrado?

—Pensando. Unos cuantos sobornos. Abre la puerta, Lona.

Le abrió la puerta. No parecía haber cambiado en las semanas transcurridas desde que le vio por última vez. Burris entró en la habitación, sin sonreír con su equivalente de la sonrisa, sin tocarla, sin besarla. La habitación estaba casi a oscuras. Lona fue a encender la luz, pero él la detuvo con un gesto brusco.

—Siento que esté tan destartalada —dijo ella.

—Está muy bien. Está igual que la habitación en la que vivía yo. Pero ésa se encontraba dos edificios más allá.

—¿Cuándo volviste a la Tierra, Minner?

—Hace varias semanas. Te he estado buscando.

—¿Has visto a Chalk? Burris asintió.

—No obtuve gran cosa de él.

—Yo tampoco. —Lona se volvió hacia el conducto de la comida—. ¿Algo de beber?

—No, gracias.

Se sentó. Había algo maravillosamente familiar en su complicada forma de doblarse hasta encajar en la silla, moviendo con tanto cuidado todas sus articulaciones extra. Solamente el verlo hizo que se le acelerase el pulso.

—Elise ha muerto —dijo él—. Se suicidó en Titán. Lona no dijo nada.

—No le pedí que se reuniera conmigo —dijo Burris—. Estaba muy confundida. Ahora descansa en paz.

—Es mejor suicida que yo —dijo Lona.

—No habrás...

—No. No he vuelto a intentarlo. He estado llevando una vida tranquila y callada, Minner. ¿Tengo que admitirlo? He estado esperando a que vinieras.

—¡Sólo hacía falta que le hicieras saber a quien fuese dónde estabas!

—Es algo más complicado que eso. No podía anunciarme. Pero me alegra que estés aquí. ¡Tengo tantas cosas que contarte!

—¿Como cuáles?

—Chalk no va a hacer que me transfieran a ninguno de mis bebés. He estado haciendo averiguaciones. No podría hacerlo ni aunque quisiera, y no quiere hacerlo. Todo fue una mentira para conseguir que trabajara a su servicio.

Los ojos de Burris relampaguearon fugazmente.

—¿Para que me hicieras compañía, quieres decir?

—Eso es. Ahora no voy a ocultarte nada, Minner. Ya lo sabes, más o menos. Tenía que haber un precio antes de que me fuera contigo. Conseguir los niños fue el precio. Cumplí con mi parte del acuerdo, pero Chalk no va a cumplir la suya.

—Sabía que te compraron, Lona. Yo también fui comprado. Chalk descubrió mi precio para abandonar mi escondite y llevar adelante un romance interplanetario con cierta chica.

—¿El trasplante a un nuevo cuerpo?

—Sí —dijo Burris.

—No vas a conseguirlo, como yo tampoco conseguiré a mis bebés —dijo con voz átona—. ¿Estoy matando tus ilusiones? Chalk te engañó igual que me engañó a mí.

—Ya lo he ido descubriendo desde mi regreso —dijo Burris—. El proyecto de la transferencia corporal se encuentra como mínimo a veinte años de distancia, no a cinco. Quizá nunca puedan resolver algunos de los problemas. Pueden conectar un cerebro a un nuevo cuerpo y mantenerlo con vida, pero..., ¿cómo debo llamarlo? El alma se va. Todo lo que consiguen es un zombi. Chalk sabía todo eso cuando me ofreció su trato.

—Consiguió sacarnos el romance que deseaba. Y nosotros no conseguimos sacarle nada. —Lona se puso en pie y empezó a dar vueltas por la habitación. Fue hacia la pequeña maceta con el cactus que le había regalado a Burris, y pasó distraídamente la yema de un dedo por su espinosa superficie. Burris dio la impresión de fijarse en el cactus por primera vez. Pareció complacido.

—¿Sabes por qué nos reunió, Minner? —dijo Lona.

—Para hacer dinero con la publicidad. Escoge a dos personas destrozadas y las engaña para que vuelvan parcialmente a la vida, y se lo cuenta al mundo, y...

—No. Chalk ya tiene suficiente dinero. No le importa nada el beneficio.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó.

—Un idiota me contó la verdad. Un idiota llamado Melangio, que sabe hacer un truco con los calendarios. Quizá le has visto en los vídeos. Chalk le utilizó en algunos espectáculos.

—No.

—Le conocí en la oficina de Chalk. Hay veces en las que un loco dice la verdad. Dijo que Chalk bebe emociones. Vive del miedo, el dolor, la envidia, la pena. Chalk crea situaciones que pueda explotar. Reúne a dos personas tan maltrechas que no pueden permitirse sentir felicidad alguna, y luego mira cómo sufren. Y se alimenta. Y las absorbe. Y las deja secas.

Burris pareció perplejo.

—¿Incluso a grandes distancias? ¿Podía alimentarse incluso cuando estábamos en el Tívoli de la Luna? ¿O en Titán?

—Cada vez que nos peleábamos, ¿recuerdas?..., nos sentíamos tan cansados luego. Como si hubiéramos perdido sangre. Como si tuviéramos centenares de años.

—¡Sí!

—Eso era obra de Chalk —dijo ella—. Engordando con nuestro sufrimiento. Sabía que nos odiaríamos mutuamente, y eso era lo que deseaba. ¿Puede existir un vampiro de las emociones?

—Así que todas las promesas eran falsas —murmuró él—. Éramos títeres. Si eso es cierto.

—Sé que es cierto.

—¿Porque te lo dijo un idiota?

—Es un idiota muy sabio, Minner. Además, piénsalo por ti mismo. Piensa en todo lo que llegó a decirte Chalk. Piensa en todo lo que ocurrió. ¿Por qué Elise estaba siempre esperando cerca de nosotros para envolverte en su abrazo? ¿No crees que era deliberado, parte de una campaña para enfurecerme? Estábamos atados el uno al otro por nuestras diferencias..., por nuestro odio. Y a Chalk le encantaba.

Burris la contempló en silencio durante un largo instante. Después, sin decir palabra, fue hacia la puerta, la abrió, salió al pasillo, y saltó bruscamente sobre algo. Lona no pudo ver lo que estaba haciendo hasta que regresó con un tembloroso y convulso Aoudad.

—Pensé que estarías ahí fuera, por alguna parte —dijo Burris—. Entra. Entra. Nos gustará hablar contigo.

—Minner, no le hagas daño —dijo Lona—. No es más que una herramienta.

—Puede responder a unas cuantas preguntas. ¿Verdad que sí, Bart?

Aoudad se humedeció los labios. Sus ojos fueron con veloz cautela de uno a otro rostro.

Burris le golpeó.

La mano se alzó con una velocidad cegadora. Lona no la vio y Aoudad tampoco, pero la cabeza del hombre saltó disparada hacia atrás y se estrelló pesadamente contra la pared. Burris no le dio oportunidad de defenderse. Aoudad se quedó pegado a la pared, aturdido, mientras los golpes iban aterrizando sobre su cuerpo. Finalmente se desplomó, los ojos aún abiertos, el rostro ensangrentado.

—Háblanos —dijo Burris—. Háblanos de Duncan Chalk.

Después, salieron de la habitación. Aoudad se quedó en ella, durmiendo apaciblemente. Encontraron su coche en la calle, esperando en una rampa de salida. Burris lo puso en marcha y se dirigió hacia la oficina de Chalk.

—Estábamos cometiendo un error intentando convertirnos de nuevo en lo que fuimos —dijo—. Somos nuestra esencia. Yo soy el navegante estelar mutilado. Tú eres la chica de los cien bebés. Es un error querer escapar de eso.

—Aunque pudiéramos escapar.

—Aunque pudiéramos. Algún día quizá puedan darme un cuerpo distinto, sí; ¿y dónde me dejaría eso? Habría perdido lo que soy ahora y no habría ganado nada. Me habría perdido a mí mismo. Y a ti quizá pudieran darte dos de tus bebés, pero, ¿y los otros noventa y ocho? Lo hecho hecho está. La realidad de tu esencia te ha absorbido. Y la mía a mí. ¿Te resulta demasiado nebuloso?

—Estás diciendo que debemos enfrentarnos a lo que somos, Minner.

—Eso es. Eso es. Se acabó el correr. Se acabó el pensar en ello y darle vueltas. Se acabó el odio.

—Pero el mundo..., la gente normal...

—Se trata de nosotros contra ellos. Quieren devorarnos. Quieren meternos en el espectáculo de los fenómenos. ¡Tenemos que luchar, Lona!

El coche se detuvo. Ahí estaba el edificio, achaparrado, sin ventanas. Entraron y, sí, Chalk les recibiría si esperaban un poco en una antesala. Esperaron. Estuvieron sentados el uno junto al otro, sin mirarse apenas. Lona sostenía entre las manos la macetita del cactus. Era la única posesión que se había llevado de su cuarto. Podían quedarse con todo lo demás.

—Vuelve la angustia hacia fuera —dijo Burris en voz baja—. No hay otra forma de que podamos combatir. Leontes D'Amore apareció ante ellos.

—Chalk les verá ahora —dijo.

Subir los peldaños de cristal. Hacia la figura inmensa del trono en las alturas.

—¿Lona? ¿Burris? ¿Juntos de nuevo? —preguntó Chalk. Lanzó una atronadora carcajada y se palmeó el vientre. Sus manos se posaron en las columnas de sus muslos.

—Fuimos un buen banquete, ¿verdad, Chalk? —preguntó Burris.

La risa se apagó. De repente Chalk estaba erguido en el asiento, tenso, lleno de cautela. Ahora casi parecía un hombre delgado, listo para salir huyendo.

—Ya es de noche —dijo Lona—. Te hemos traído la cena, Duncan.

Se quedaron inmóviles frente a él. Burris pasó el brazo por la delgada cintura de Lona. Chalk movió los labios. De ellos no brotó sonido alguno, y su mano no acabó de llegar a la palanca de alarma que había en su escritorio. Los gordos dedos se abrieron en abanico. Chalk los contempló.

—Para ti —dijo Burris—. Con nuestros mejores deseos. Nuestro amor.

La emoción compartida brotó de ellos en relucientes olas.

Era un torrente que Chalk no podía soportar. Su cuerpo fue de un lado para otro, abofeteado por aquella furiosa corriente, y una comisura de sus labios se curvó hacia arriba, seguida luego por la otra. En su mentón apareció un hilillo de saliva. Su cabeza se agitó secamente por tres veces. Cruzó y descruzó sus gruesos brazos, como un robot.

Burris abrazaba a Lona con tal fuerza que sus costillas protestaron.

¿Había llamas bailando sobre el escritorio de Chalk? ¿Se habían hecho visibles los ríos de electrones, ardiendo ante él con un resplandor verde? Chalk se retorció, incapaz de moverse mientras ellos le entregaban sus almas con una apasionada intensidad. Se alimentó. Pero no podía digerir eso. Empezó a hincharse más y más. Su rostro brillaba de sudor.

No se pronunció ni una palabra.

¡Húndete, ballena blanca! ¡Lanza tus poderosos chorros y baja!

¡Retrocede de mí, Satanás!

Aquí está el fuego; ven, Fausto, extiéndelo.

Alegres nuevas del gran Lucifer.

Y Chalk se movió. Giró en su asiento, rompiendo su parálisis, estrellando una y otra vez sus carnosos brazos sobre el escritorio. Estaba bañado en la sangre del Albatros. Se estremeció, se agitó, volvió a estremecerse. El grito que abandonó sus labios no era más que un delgado y débil gemido pronunciado por unas fauces desencajadas. Ahora todo su cuerpo estaba tenso, latía con los ritmos de la destrucción...

Y entonces llegó la flaccidez. Los globos oculares giraron sobre sí mismos. Los labios se abrieron. Los inmensos hombros se encorvaron. Las mejillas se aflojaron.

Consummatum est; la deuda está pagada.

Las tres figuras se hallaban inmóviles: quienes habían lanzado sus almas y quien las había recibido. Una de esas tres figuras nunca volvería a moverse.

Burris fue el primero en recobrar. Incluso aspirar el aire suponía un esfuerzo. Darle energía a sus labios y su lengua era una tarea colosal. Se dio la vuelta, recuperando el conocimiento de sus miembros, y puso sus manos sobre el cuerpo de Lona. Estaba pálida como una muerta, paralizada. Cuando la tocó, la fortaleza pareció volver rápidamente a ella.

—No podemos quedarnos más tiempo aquí —dijo él con dulzura.

Se fueron, despacio, viviendo ahora en la más extrema ancianidad pero haciéndose más jóvenes a medida que bajaban los peldaños de cristal. La vitalidad regresó. Pasarían muchos días antes de que hubieran logrado recuperarse del todo, pero al menos ya no habría más pérdidas.

Nadie les molestó al salir del edificio. Mientras, había oscurecido. El invierno ya había pasado, y la calina gris de una noche de primavera cubría la ciudad. Las estrellas apenas si eran visibles. Seguía haciendo un poco de frío, pero ninguno de los dos se estremeció al notar el frescor de la atmósfera.

—Este mundo no tiene sitio para nosotros —dijo Burris.

—No haría más que intentar devorarnos. Como lo intentó él.

—Le derrotamos. Pero no podemos derrotar a todo un mundo.

—¿Adonde iremos? Burris miró hacia arriba.

—Ven conmigo a Manipool. Visitaremos a los demonios para tomar el té del domingo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Fueron andando hacia el coche.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Burris.

—Muy cansada. Tan cansada que apenas si puedo moverme. Pero me siento viva. Más viva a cada paso. Minner, por primera vez me siento realmente viva.

—Igual que yo.

—Tu cuerpo..., ¿te duele ahora?

—Amo mi cuerpo —dijo él.

—¿Pese al dolor?

—A causa del dolor. Demuestra que vivo. Que siento. —Se volvió hacia ella y le quitó el cactus de las manos. Las nubes se abrieron. Las espinas brillaron bajo la luz de las estrellas—. Estar vivo..., sentir, incluso sentir dolor..., ¡qué importante es, Lona!

Arrancó un trocito de la planta y lo apretó contra la carne de la mano de Lona. Las espinas se hundieron profundamente. Lona se encogió, pero fue sólo por un instante. Gotitas de sangre aparecieron sobre la carne. Lona cogió otro pedacito de cactus y lo apretó contra la piel de Burris. Era difícil penetrar aquella superficie tan resistente que le servía de piel, pero las espinas acabaron abriéndose paso. Burris sonrió mientras la sangre empezaba a fluir. Alzó la mano que Lona se había herido, se la llevó a los labios, y ella hizo lo mismo con la suya.

—Sangramos —dijo ella—. Sentimos. Vivimos.

—El dolor es instructivo —dijo Burris, y caminaron más deprisa.

FIN